ALBERTO DEL SOLAR

DIARIO DE CAMPAÑA

EDITORIAL FRANCISCO DE AGUIRRE

DIARIO DE CAMPAÑA

Alberto del Solar

Alberto del Solar Navarrete, autor de *DIARIO DE CAMPAÑA*, nació en Santiago de Chile, el 2 de octubre de 1859. A la edad de veinte años, se enroló como voluntario en el regimiento recién formado Carampangue, que después del día 21 de mayo (en cuanto se supo la noticia del heroico combate de Arturo Prat), cambió su nombre por el regimiento *Esmeralda*, en recuerdo del barco que se hundió en la rada de Iquique, luchando hasta el último momento contra el blindado peruano Huascar, que estaba a las órdenes del almirante Miguel Grau. El regimiento Esmeralda es conocido más en Chile por su nombre genérico de *Séptimo de Línea*, nombre que evoca muchos y grandes recuerdos en el alma del pueblo chileno.

Diario de Campaña, se escribió entre los años 1879-1881, aprovechando el autor todo momento disponible que tenía, mientras el *Séptimo de Línea* avanzaba hacia el Norte, desde Antofagasta hasta llegar al final a la toma de Lima.

Tiene este libro un excelente prólogo del gran historiador chileno Carlos *Morla* Vicuña, que es una página magistral de estudio y de erudición.

Después de la guerra el señor Alberto del Solar, ingresó al servicio diplomático, y tuvo la honra de actuar como se-

1

Diario de Campaña

Colección: Guerra del Pacífico



iii

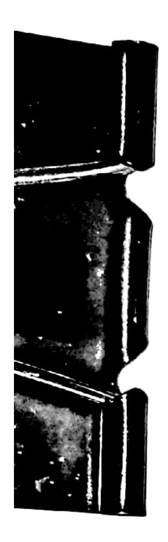
ALBERTO DEL SOLAR

Diario de Campaña

Recuerdos Intimos
de la Guerra del Pacífico / 1879-1884

Prólogo de Carlos Morla Vicuña

EDITORIAL FRANCISCO DE AGUIRRE

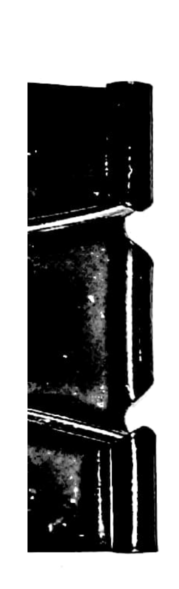


Primera edición, París, 1886
Segunda edición, París, 1910
Tercera edición, 1967

Impresión: Pía Sociedad de San Pablo
Avenida San Martín 4350 / Florida / Buenos Aires, Argentina
Impreso en la Argentina / Printed in Argentina
Se terminó de imprimir el 25 de agosto de 1967.

Diagramación y Portada: Gabriel Rummonds
Fotografía: Marcelo Gudiño, S.S.P.
Foto del Autor: Cortesía de la Sra. María Elena Green de Del Solar Dorrego
Ilustraciones: Cortesía del archivo del Dr. Armando Braun Menéndez

Contenido



Prólogo de Morla

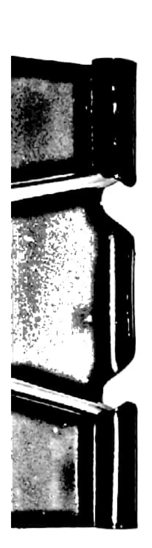
Edición Primitiva de 1886

Distinguido por el autor de este libro con el honroso cargo de presentarlo a sus lectores, me encuentro en el caso de quien es llamado a tener en la fuente bautismal una criatura de constitución sana, cuya viveza y lozanía están proclamando, así el brillante porvenir que le aguarda en el mundo, como el vigor y juventud de sus padres. El padrino concluye, en tales condiciones, por enorgullecerse del ahijado y, en vez de considerar que le extiende alguna protección, se pone a fundar espectativas de que algún día redunde en su provecho la segura gloria y popularidad del donairoso chicuelo.

Bajo el modesto título de Páginas de mi diario de Campaña, *es ésta una relación minuciosa y verídica de un joven oficial del ejército chileno desde el día en que, cediendo al entusiasmo patriótico, se enroló bajo los pendones nacionales, hasta aquel en que, rebelado el enemigo en reñida batalla, hizo, al frente de los suyos, con banderas desplegadas y al son de parches y clarines, su entrada triunfal en la ciudad cautiva que le deparara en galardón la victoria.*

De la masa de publicaciones que deja tras de sí toda guerra, procedentes de los más diversos orígenes, y destinadas todas a ser consultadas cuando el tiempo haya calmado las pasiones, por el sereno historiador, ningún género es más digno de aprecio ni encierra mayores atractivos que aquel de que es excelente modelo este pequeño volumen.

Las exposiciones de los jefes militares o de los hombres de Estado que intervinieron en los sucesos asumiendo graves responsabilidades, cuando no se proponen la refutación de cargos de que han sido blanco, adolecen del defecto de servir los planes de mal disimuladas ambiciones. Para desenmarañar la verdad en toda su pureza de entre tales escritos, necesitan los contemporáneos recurrir al tamiz del más prudente discernimiento, y los historiadores futuros una cautela tan rigurosa que acaba por cercenarles la mayor parte de su utilidad.



No sucede lo mismo con estas declaraciones voluntariamente hechas por oficiales subalternos que, libres de toda preocupación, han asistido a la contienda perdidos en las filas de sus regimientos y presenciado los hechos, no desde donde se ordenan y dominan, sino desde donde se realizan y se palpan. — La juventud y comprobada valentía del testigo revisten su declaración de todos los caracteres de la sinceridad, y la circunstancia de brotar ella de los ínfimos rangos, pudiera decirse de la muchedumbre militar, la dota de una multitud de rasgos que, apercibidos después por inteligencias expertas, permiten reconstituir no sólo la fisonomía, sino hasta el

espíritu de que iban animadas las masas de combatientes.

¿Cuán a menudo no se descubre en estos detalles la verdadera clave de un fenómeno histórico que no se logra explicar satisfactoriamente a la luz que arrojan más pretenciosas e interesadas relaciones?

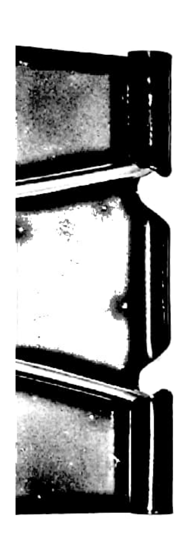
En tales documentos es en donde realmente se discierne si el conflicto fue obra exclusiva de gobiernos empeñados en seguir política que no trascendía más allá de la clase dirigente o si fue la explosión de animadversiones de pueblo a pueblo, por largo tiempo contenidas. Ellos son también los que dan el indicio del valor manifestado, de la iniciativa de que dieron prueba y de la parte que respectivamente tomaron en el esfuerzo común las diferentes clases sociales.

Por último, si no fuera por ellos, las generaciones venideras ignorarían cuál era el grado de cultura y de moralidad de oficiales y soldados, porque sólo en ellos se hace mención de la conducta observada en el curso de la invasión, en los terribles momentos de la refriega y, al día siguiente del triunfo, en el seno de las poblaciones sometidas.

Desgraciadamente estas relaciones hechas por oficiales independientes, interpretando al correr de la pluma su diario de campaña, preciosas como documentos para la historia, por tantos títulos, son excesivamente raras, porque cuando "los arreos son las armas y el descanso el pelear", difícil es escontrar el tiempo y la tranquilidad de espíritu suficien-

tes para consignar su testimonio por escrito. Un gran capitán puede holgadamente escribir, como Julio César, sus comentarios mientras conduce sus legiones a la victoria; no así un subalterno, cuyas múltiples atenciones le estrechan materialmente en su puesto absorbiéndole su vida entera.

En esta materia hemos sido los chilenos muy afortunados, porque desde los orígenes de nuestra existencia, desde los tempranos días del descubrimiento y conquista hemos contado con una serie no interrumpida de soldados-cronistas que nos han legado sus valiosas memorias de actores, preferibles aún a informes de simples testigos oculares. Desde Góngora Marmolejo y Mariño de Lovera, hasta Córdova Figueroa y Carvallo Goyeneche, fueron tenientes y capitanes los que, manejando la pluma con tanta soltura como esgrimían la espada, nos proveyeron de las fuentes históricas de nuestro período colonial.



Los diarios de Talavera y de Carrera, las cartas de O'Higgins, la autobiografía de Cochrane, el admirable libro del general Miller y las numerosas relaciones de nuestros hombres de guerra, preparadas a solicitud de nuestros escritores, han sido los materiales de la historia patria durante la lucha de la emancipación.

El autor de este libro ha seguido, por consiguiente, senda trazada por nobilísimos predecesores.

La manera como ha imitado el ejemplo acrecienta aún su mérito y da motivo para mayor elogio. La facilidad, corrección y galanura del estilo,

las originales observaciones sugeridas al autor por las anormales situaciones en que se ha encontrado, la sencillez del arte con que ha sabido interesar al lector en sus alternativas de penurias y de goces, la juvenil animación y el entusiasmo patriótico con que describe el combate con su séquito de horrores y peligros, para salir al fin de entre el humo espeso de la pólvora a la claridad del triunfo, la oportunidad de los episodios anecdóticos y de la graciosa chispa en que abunda, revisten su relación de atractivos tales que seduce como la lectura de un romance ameno y, una vez abierto, impiden cerrar el libro hasta haberlo terminado.

Carlos Morla Vicuña

París, 14 de Abril de 1886



Prefacio del Autor

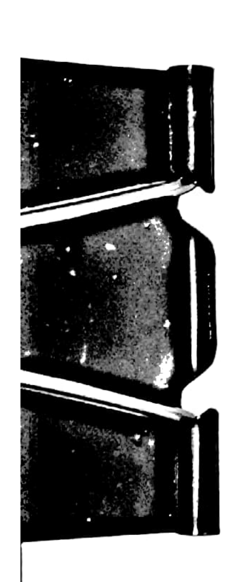
Al recorrer hoy con cariño las páginas de mi diario de campaña, para entresacar de ellas las que me parecen de algún interés, no puedo menos que vacilar indeciso, pues cada uno de esos toscos y desaliñados apuntes, escritos entre las horas monótonas de una guardia nocturna o el bullicioso rumor del batallón en marcha por el desierto, trae a mi memoria recuerdos vivos de hechos que fueron y que pasaron ya, dejando honda huella en mi espíritu.

La pasión por escribir impresiones, sean ellas de viajes, de campañas, o solo simples, pero constantes anotaciones de hechos de la vida, es tan frecuente, que su publicación y lectura no constituyen ya novedad.

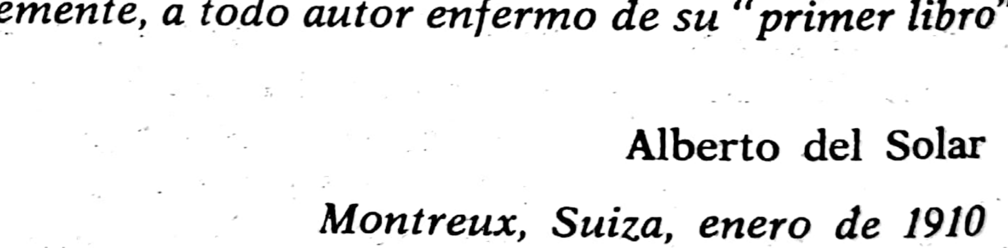
Cuando yo, como algunos de mis compañeros de armas, empleaba los minutos de descanso o los largos días de guarnición en este género de trabajo, estaba muy distante de pensar que el examen y compaginación de mis apuntes habría de interesar a alguien. Lo que observaba y anotaba debía ser sólo para mí. Sin orden y sin arte, dejaba, pues, constancia de las impresiones que iba experimentando y a que hoy me encuentro en el caso de dar forma. Conservarán, sin embargo, muchas de ellas la que tenían en el original.

París, 1885

Veinticinco años después he revisado el volumen a cuyo primitivo prefacio pertenecen los párrafos anteriores — y halládolo incompleto. Escrito el libro casi de memoria en París el año de 1885, fue publicado, ante todo, con el anhelo de no dejar pasar la palpitante oportunidad del tema, y sin más elementos que aquellos insignificantes apuntes tomados "entre las horas de una guardia nocturna o el bullicioso rumor del batallón en marcha". No me fue, pues, posible dar cabida entonces a muchos de los datos e impresiones que hoy, con mayor calma y mediante el auxilio de documentos del todo indispensables a la orientación dentro del "gran conjunto" en cuyo seno fui entidad humilde, me es dado reconstituir y amplificar, incorporándolos en la edición presente.



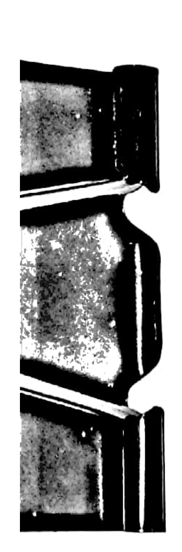
Lo más substancial, sin embargo, quedará tal cual fue escrito en aquella época; pues no he querido desnaturalizar ni la índole ni la forma de este trabajo de juventud, lanzado entonces a la publicidad en medio de la perturbadora excitación que, con el nombre de "fiebre de lo impreso", ataca, infaliblemente, a todo autor enfermo de su "primer libro".



Alberto del Solar

Montreux, Suiza, enero de 1910

Diario de Campaña



Años Atrás

Recuerdos de Colegio

En los primeros años de mi niñez, cuando, con motivo de la creciente afición que en la sociedad toda de mi país se notaba por el estudio de las lenguas extranjeras, fui enviado desde Santiago a Valparaíso para estudiar el inglés, aprendí a no querer a los peruanos.

Recuerdo que allá por los años de 1868 a 1869 gozaba de fama sin rival el excelente establecimiento de educación que, con el nombre de *Instituto Sud-Americano,* habían fundado, mucho tiempo atrás, en la última de aquellas ciudades, los Messrs. Goldfinch y Bluhm ,—inglés el uno "desde los pies a la cabeza", como suele decirse, y tan alemán el otro de nacimiento y costumbres, como chileno de corazón.

Goldfinch era alto, delgado, muy seco de cuerpo y de ademán; duro de fisonomía, severo hasta la exageración, intransigente respecto de nuestras faltas.

En su carácter de Director del Establecimiento, se hacía no sólo respetar sino temer: sus resoluciones en materia de disciplina eran inapelables. Solía apoyarlas con un látigo, que, indefectiblemente, lle-

vaba oculto, no se sabía cómo, debajo de la levita; pero que en el momento necesario hacía su brusca aparición —ágil y silbante como una culebra— para saltar sobre el lomo del que se había hecho reo de desobediencia o altanería. Nunca vimos reirse a Mr. Goldfinch.



Bluhm era el reverso de la medalla. Bajo, regordete, redondo de cara, meticuloso en los modales, tanto como en el vestir; sus camisas, sus trajes, resultaban irreprochables, no sólo por el corte, sino por el cuidadoso afán que ponía en llevarlos siempre inmaculados. Manso, humanitario y paternal, se encargaba, sobre todo, de la dirección de los alumnos pequeños cuyo alojamiento compartía, aunque separadamente, en la parte más moderna y más higiénica del edificio del colegio.

El aposento de Mr. Bluhm era como su persona: acicalado, limpio; gracias a los asíduos cuidados de Johan su fiel sirviente — otro bonachón, especie de Pipelet germánico, del cual cada uno de nosotros resultaba un Cabrión permanente e implacable.

El renombre de ambos socios databa más o menos del año de 1856, época en que habían sido ya favorecidos con la confianza de muchas de las buenas familias del país, quienes les enviaban sus hijos, seguros de que, a la vuelta de muy poco tiempo, mister Goldfinch se los devolvería dotados de perfectos conocimientos en su idioma natal; robustos de cuerpo, por la especial atención que en el Colegio se prestaba al desarrollo físico; enemigos acérrimos de la mentira; buenos boxeadores y excelentes aritméti-

cos. Allí aprendieron inglés Tomás y Carlos Eastman, Carlos Morla Vicuña, Agustín Edwards Ross; los Riesco, los Lamarca, y, más tarde, Salvador Vergara Alvarez; los Urmeneta, los Pérez Eastman y muchos otros. Hablar constantemente en inglés constituía la primera obligación del Colegio, y ¡ay de aquel a quien Mr. Goldfinch sorprendiese, durante los recreos o en cualquiera otra circunstancia, dirigiéndose a sus camaradas en el idioma patrio! Y como la tal obligación comenzaba a regir para el alumno desde el octavo día de su llegada al establecimiento, fácil será darse cuenta de que —por lo que respecta a nuestras primeras conversaciones— abrigué yo la duda de si, a haberlas escuchado, las hubiese entendido del todo, Shakespeare...

La enseñanza de los ramos elementales del curso de Humanidades —en inglés por supuesto—, quedaba reservada a Mr. Bluhm, con sus satélites Mr. Torres (quien con todo y ser más uruguayo que un charrúa, figuraba también entre los místeres; pero sólo por el denominativo, que se hallaba encargado de la única clase de castellano que existía en el establecimiento); Mr. Davies, el mejor calígrafo y dibujante conocido en Chile; Mr. Kean, Mr. Cavendish, etc., la mayor parte universitarios de Oxford o de Cambridge, trasplantados expresamente a Chile para el caso.

La parte del "cultivo de la moral, religión y buenos sentimientos", como no sin cierta originalidad lo expresaba el prospecto, corría por cuenta de un clérigo porteño y de una compatriota anciana;

solterona, de antiguo cuño, de esas de rosario al cuello y *manto* perpetuo, llamada doña Mercedes, y a quien complacíamos especialmente denominándola pura y simplemente "Merceditas".

Situado el edificio del Colegio en el antiguo barrio del Almendral, tenía su puerta de entrada por un estrecho callejón que iba a desembocar en plena calle de la Victoria, frente al "Crucero".



Los fondos daban al *puente de Jaime* —y uno de los costados abría sus ventanas sobre el mar, exponiéndolas al azote de los vientos bravíos del Norte; de tal modo, que durante los meses de invierno se encrespaban allí mismo las olas de la bahía alborotada, para deshacerse luego chocando con furioso embate casi sobre los propios muros del Instituto—, espectáculo soberbio con el cual nos familiarizamos a fuerza de verlo repetirse.

En las salas donde se nos daba clase oíamos el fragor de la tormenta, y desde los balcones de los "altos" nos era dado contemplar la rada.

Allí comencé a sentir por vez primera esa atracción irresistible que más tarde me ha hecho amar tanto el Océano, apasionarme de él, contemplarlo durante horas enteras sin cansancio, o navegarlo con deleite moral y bienestar físico.

A sólo unas cuantas toesas al frente, se mecían en inmenso balanceo las arboladuras de centenares de barcos de vela. Un poco más al Oriente, divisábanse los diques flotantes y algunos vapores de la P.S.N.C., tales como el *John Elder*, el *Britannia* o el *Cordillera*, desaparecidos más tarde uno tras otros

en las vorágines del mar. Cerca de éstos las corbetas nacionales *Esmeralda* y *O'Higgins*, la goleta *Covadonga*, la *Magallanes* o el *Abtao;* los vaporcitos de ruedas *Huanay, Paquete de Maule* o *Valparaíso* y el amarillento y vetusto casco del pontón *Thalaba.*

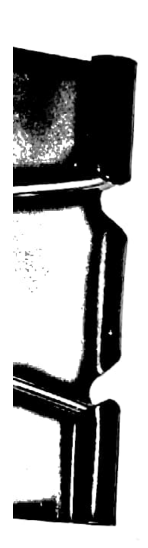
De tarde en tarde, solían llegar hermosos barcos de guerra extranjeros —franceses, alemanes, norteamericanos, ingleses y hasta japoneses. Las salvas con que saludaban a nuestro pabellón al entrar gallardamente en la bahía tenían la virtud de distraernos y alborotarnos casi tanto como a nuestros profesores, cada vez que se trataba de alguna nave de la Gran Bretaña.

El ¡hurra! formidable que lanzábamos en tal ocasión nos merecía, naturalmente, como recompensa inmediata la suspensión de la clase y el permiso de subir a la azotea para presenciar desde allí el interesante espectáculo.

Recuerdo, así, haber visto arribar a nuestra rada, luciendo a popa sus orgullosos pabellones, a la *Triumph,* la *Tourquoise,* la *Pensacola,* y la *Omaha,* pertenecientes a las flotas inglesa y norteamericana, y testigos más tarde, algunas de ellas, de las proezas de nuestros marinos en las costas del Perú. De ahí que nuestro paseo favorito los domingos de salida fuese la visita en "bote fletero" a bordo de los buques de guerra, placer que alternábamos con excursiones a pie a *Playa Ancha* o a la *Quebrada Verde,* cuando no preferíamos dedicar la tarde a celebrar las payasadas de Jerry Bell, el famoso clown inglés, que, con sus dos hermanos, Richard y James, hacía las

delicias de los colegios porteños en el improvisado *Circo de la Victoria.*

Allí mismo solían tener lugar unos horribles combates de animales que presenciábamos, a pesar de las protestas de "Merceditas", a vista y paciencia de las autoridades de entonces. Recuerdo, entre ellos, la lucha de un bull-dog contra un jabalí; la de un cóndor contra un águila —azurados unos y otros por la crueldad de dos mentecatos que servían como de banderilleros—, y, en fin, el de un enorme gato montés, especie de tigre o pantera, contra un robusto mastín casero, que resultó a la postre vencedor, con gran contento del público en general y muy en particular de algunos de nuestros flamantes y queridos profesores subalternos del Instituto, a quienes indefectiblemente sorprendíamos tratando de esconderse entre los asistentes al espectáculo.



Otra de las distracciones a que solíamos dedicar los domingos eran los "baños flotantes" situados entre el barrio del Almendral y el del puerto. La mayor parte de nosotros nadábamos a la perfección, pues durante la estación de verano entera (las vacaciones del Instituto de Mr. Goldfinch tenían lugar en setiembre y duraban sólo tres semanas) se nos llevaba al rayar el alba, ordenados en filas, al balneario más próximo, y una vez allí se nos obligaba a arrojarnos al agua, sin miedo y casi sin precauciones.

Agiles, de pie sobre un tablón cimbrante colocado a más de cuatro metros de altura, los que sabíamos ya nadar, recuerdo que expiábamos el más alta y lucífero penacho de una ola fugitiva y, dando vuelo al cuerpo, nos lanzábamos de bruces...

¡Qué deleite: revolverse allí flotando; zambullirse bajo la espuma; bregar; deshacer otra ola con el pecho; hundirse de pronto en el abismo y resurgir luego al sol, al aire, trayendo del fondo una guirnalda de *luche*, que agitábamos triunfalmente en la mano, como agita el soldado una bandera...!

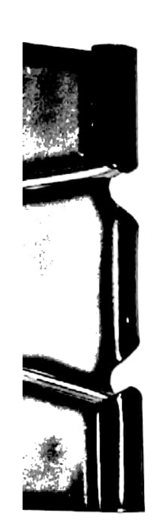
Goldfinch y Bluhm recibían constantemente alumnos que les eran enviados desde varias repúblicas hermanas; especialmente desde el Perú y Bolivia; al punto de que en el Colegio había casi tantos muchachos de esas nacionalidades como chilenos, siendo los demás hijos de ingleses en su mayor parte.

Muchos personajes a quienes, quince años más tarde, encontré figurando en la política o en los ejércitos del Perú y de Bolivía, fueron condiscípulos de mi padre: entre ellos, señaladamente, Billinghurst, coronel de infantería peruana; Granier, Basadre, Salinas y otros.

Entre los oficiales más jóvenes, tales como Barragán, Basadre (hijo), Cantuárias, Dermit, Loaiza, etc., he tenido noticia de varios de mis compañeros del año 1869, quienes, sea dicho en honor de la justicia, se manifestaron, al decir de los suyos, tan buenos soldados al frente de las balas, como excelentes sostenedores de su pabellón patrio en los reñidos partidos de pelota y de trompadas, tan frecuentes entre bandos escolares, como voy a narrarlo.

Dicen que el instinto de rivalidad se revela en el hombre desde los primeros pasos que da en la vida, como se revela en los animales de orden inferior. Si ello es verdad, nunca cumplióse mejor la

teoría que entre nosotros los colegiales del *Instituto Sud-Americano*. Chilenos y peruanos nos mostrábamos los dientes, aun entre los más pequeños, y formábamos, en bandos marcados, dos formidables partidos, que lo único que deseaban era un pretexto cualquiera para irse a las manos. Los edificios de nuestras ciudades, comparados con los de Lima; los circos de los domingos y días festivos (no se hacía cuestión de compañías teatrales, pues la *recogida* de las siete de la noche nos privaba de este placer, vedado siempre a todo colegial); los diferentes modos de hablar, referidos a la corrección del idioma; el monto de las propinas recibidas el día de salida, el tipo de las mujeres del país, los paseos públicos, las fiestas, todo era motivo de enojosas comparaciones que traían, necesariamente, como consecuencia, la *picazón* primero y el combate después.



No olvidaré jamás, entre muchos, un episodio que revelará mejor que otros lo que era el espíritu de rivalidad entre los futuros ciudadanos de ambos países enemigos.

El monitor *Huáscar*, recién salido de los astilleros ingleses, acababa de ser adquirido por el gobierno del Perú, que, con legítimo orgullo, lo hacía navegar por los mares del Pacífico, para darlo así a conocer de los vecinos y poner con ello de manifiesto el creciente poder naval de su nación.

Tocóle por el año de 1870, época a que se refiere el presente recuerdo, al pueblo de Valparaíso admirar, entre los primeros, la entonces poderosísima máquina de guerra.

Desde el día en que echó el ancla en las aguas

de la bahía, se vió visitada por un sinnúmero de curiosos que, después de minuciosa inspección, no podían menos que hacer justicia a su mérito y a las aventajadas condiciones de fuerza que revelaba.

Por muy gruesos que parecieran los muros del *Instituto Americano*, no lo fueron tanto que no dejaran penetrar hasta el recinto de sus espaciosos patios, aturdidos entonces por la algarabía de doscientos muchachos que jugaban a la *barra* y al *leapfrog*, los rumores que sobre la llegada del famoso monitor se oían en la ciudad.

Los peruanos, como era natural, se mostraban contentísimos y ufanos hasta la insolencia. Nos quitaban el sueño con su *Huáscar*, su *Manco Capac*, su *Tumbez* y su *Atahualpa*. De allí mil ponderaciones, mil ofensivos términos de comparación, picantes y chocarreros, con referencia a nuestra pobre escuadra, compuesta en aquel tiempo de algunos viejos cascos de madera, entre los cuales uno de los más notables, tanto por su estado como por la importancia de su nombre histórico y legendario, era la débil *Esmeralda*, espoloneada y echada a pique (¡caprichos de la suerte!) once años más tarde por ese mismo *Huáscar*, con el cual nuestra fiebre patriótica y loco entusiasmo infantil se atrevía a ponerla en parangón.

Se comprenderá que, herido nuestro amor propio, la catástrofe no se hiciera esperar.

Los peruanos nos llevaban a un terreno sin defensa, con argumentos de solución imposible. Preciso era devolvérselos con burlas o con excesos de soberbia, que no eran bastantes a contener las pala-

bras sensatas de los colegiales más grandes, quienes, tratando de conciliar los ánimos, apelaban a nuestro buen juicio:

"Concédanles", nos decían, "la superioridad del buque, pero dispútenles la de los hombres".

¡Palabras imprudentes que habría sido mejor no pronunciar!

"¡Dos chilenos valen por diez peruanos!" vociferábamos.



Una travesura, tan pueril como atolondrada, engendró por fin la chispa que debía poner fuego a toda la pólvora.

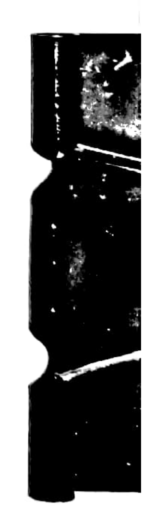
Mr. Bluhm tenía verdadera pasión por los animales. Frente a nuestros dormitorios existía un gran patio en cuyo fondo había hecho construir nuestro bondadoso director una especie de galpón, donde mantenía patos, pavos, gallinas, conejos y dos grandes y hermosas tortugas que, al decir de Mr. Kean, nuestro profesor de "*Natural History*", contaban ya más de un siglo de edad. Cuando queríamos hacer rabiar a Johan y a su patrón cometíamos la perfidia de poner a las pobres tortugas vueltas al revés, volcándolas sobre sus macizos y acorazados lomos. Sabido es que en tal posición estos pesados anfibios no pueden moverse, a pesar de los esfuerzos —traducidos en desesperantes pataleos— que hacen para recuperar su primitiva posición.

Una tarde en que la discusión entre chilenos y peruanos había llegado a su más alto grado de virulencia, comenzó de pronto a llover y llovió tanto

que el patio quedó completamente anegado, sobre todo en el rincón —especie de hondonada— donde moraban las gallinas, los conejos y las tortugas de Mr. Bluhm.

Llegó luego la noche y con ella la "tentación del crimen". Los chilenos habíamos ido a acostarnos "con sangre en el ojo", como dicen nuestros campesinos. Los peruanos habían baladronado de tal modo aquel día que era preciso hacerles alguna jugada, o, por lo menos, cualquiera burla, a modo de correctivo, mientras llegaba la oportunidad de darles la severa lección merecida.

Así lo resolvimos unos cuantos, en conciliábulo nocturno, celebrado de cama a cama durante horas de riguroso desvelo.



Tomada nuestra resolución, levantáronse dos de nuestro compañeros de dormitorio y aprovechándose de la obscuridad, del silencio y del sueño de Johan, se dirigieron furtivamente, y con el agua al tobillo, hacia la vivienda de los pollos y las tortugas.

Llegados allí, apoderóse, por asalto, el más listo, de una gallina medio dormida aún, y sin darle siquiera tiempo para decir ¡ay! le retorció el pescuezo, poniéndola luego a un lado. Mientras tanto, el otro cogía un conejo, con el cual hacía igual operación. Uniendo en seguida ambos sus fuerzas, volcaron las dos tortugas, y, así patas arriba e indefensas, las arrastraron hasta un charco — cuidando, naturalmente, de buscar el menos profundo, con el objeto de no hacerles daño.

Una vez empantanadas allí las inocentes vícti-

mas, atáronles en el vientre a modo de mástiles, sendas varillas de coligüe, coronadas por otras tantas flámulas de papel blanco, sobre el cual habíamos cruzado previamente con lápiz rojo los colores enemigos, que muy pronto quedaron enarbolados, no sólo al tope, sino en la popa de las tortugas, con las inscripciones siguientes: *"El Manco Capac"*, *"El Atahualpa"*.

Y luego al lado de ellas, los cadáveres del conejo y de la gallina, con este epitafio: "ilustres Almirantes después de la batalla".



¡Fácil será imaginar las consecuencias que tan insultante reto nos acarrearía poco después, a la hora del recreo, en el patio general, llamado "el patio grande" donde nos reuníamos habitualmente todos los alumnos del Colegio! Ya lo he dicho: como la chispa que cae sobre los saquetes de pólvora haciéndola saltar, bastaron las primeras palabras de vengadora revancha lanzadas por los peruanos —mientras nos desparramábamos bulliciosamente por los corredores al primer toque de campana que ponía término a la clase— para encender el furor, que cinco minutos después se traducía en el más encarnizado de los combates.

Inútiles, vanos eran los gritos de los profesores y la intervención de porteros y empleados del colegio. A la manera de la riña provocada por el arriero con Don Quijote y demás gente de aquella famosa aventura de la Venta, dábamonos de puntapiés y de trompadas, mezclados, ya sin distinción de nacionalidades, chilenos, peruanos, venezolanos y hasta un

chino de origen, nacido en el Perú de padres acaudalados y enviado, por tanto, al *Instituto Americano.*

Pasados los momentos más serios de la refriega, la intervención de la fuerza le daba fin, pudiendo entonces los espectadores, que en numero considerable se habían procurado entrada, admirar con verdadera emoción el aspecto del gran patio de recreo, convertido en campo de Agramante.

Dos días después, el arresto y expulsión de los cabecillas más empecinados y el castigo correccional de los que habíamos hecho el papel de sólo combatientes bajo las banderas nacionales, devolvían la calma al establecimiento más reputado por su orden interno, y cuyo buen nombre hallábase, por vez primera, comprometido por causa tan inesperada como grave.

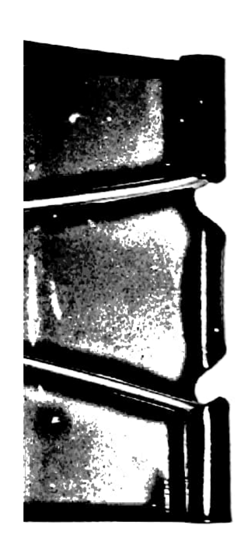


Durante mi permanencia, de más de dos años en él, ví, sin embargo, día a día, aunque en escala mucho menor, repetirse incidentes que me hicieron nacer la mala impresión, que sólo el tiempo y las desgracias de los que las motivaron han logrado atenuar en mí.

No concluiré esta página de recuerdos sin hacer memoria de otra circunstancia que contribuyó en gran manera a acentuar aún mi antipatía por los "hijos del sol".

Trátase esta vez de uno que, mejor se llamara hijo del infierno, si he de atenerme a su color y perversa índole. Era el tal un zambo limeño, zambo, muy zambo, horriblemente zambo, de cara de car-

bón, cabello de motas y jeta colgante, que había dado en la manía (muy frecuente por desgracia en los colegios) de mortificar a los más pequeños. Yo fui en muchas ocasiones la víctima elegida; de modo que, *por quitame estas pajas,* llovían sobre mi cabeza tales y tan desapiadados *coscachos,* que hasta hoy no puedo recordar sin horror la impresión que sobre mi cráneo hacían las robustas coyunturas del maldito negro, cuya pista nunca he logrado después descubrir.



Todo esto manifestará, pues, por cuánto estusiasmo vería yo llegar el día en que, formando parte de un grupo de amigos, dije adiós al hogar y a las playas queridas para embarcarme en un transporte nacional en busca del enemigo.

Este debía aguardarnos con una página, más útil que gloriosa, en el programa de sus proyectadas victorias: el triunfo del monitor sobre la débil corbeta en las aguas de Iquique, el 21 de mayo.

El fácil problema suscitado por las comparaciones de los colegiales del Instituto Americano quedaría resuelto en favor de nuestros adversarios.

¡Pero cuán caro debía costarles su pasajero triunfo!

La Declaración de Guerra

El Regimiento Esmeralda

En la mañana del 5 de abril de 1879, las calles de Santiago, y probablemente las de Chile entero, en aquel mismo instante, veíanse agitadas por una multitud alborotada y frenética.

El pueblo, siempre entusiasta, se estrechaba y confundía en tumultuoso desorden, pugnando por hallar acceso hacia el corro formado por la patrulla de soldados que constituían la escolta del funcionario civil designado para leer en voz alta el acta de declaración de guerra al Perú.

Las pocas líneas de que constaba esta importante pieza eran interrumpidas por atronadoras salvas de aplausos y gritos de vivas, cuyos ecos no tenían el tiempo de morir en el silencio que súbitamente se trataba de hacer para continuar escuchando, pues cortos instantes después nuevas exclamaciones de patriótica efusión venían a unírseles. ¡Era aquello un continuado y estrepitoso clamor semejantes al fragor de las olas del mar agitadas por el huracán y la tempestad!

Los balcones de las casas se adornaban con banderas y emblemas que la fantasía de sus moradores



sabía improvisar en un momento: los carruajes, los *tramways* cruzaban por entre la apiñada multitud colmados de animados ciudadanos que, a su paso, asomaban las cabezas por las portezuelas lanzando vivas y agitando los sombreros, o de pie en la imperial repetían estas mismas demostraciones con igual entusiasmo y alborozo.

Mezclados sin distinción de clases, el de poncho, el de blusa y el de levita, se hablaban, se animaban y fraternizaban, rivalizando en decisión y bríos.

La juventud, sobre todo, se hacía notar por sus manifestaciones. En pocas horas habíanse convocado reuniones en las cuales cada uno ofrecía, según su estado y condición, o su persona o su bolsillo, para contribuir con ello al triunfo en el combate que debía significar el castigo de la felonía.

El más humilde hijo de Chile conocía la historia verdadera del conflicto.

Trataré de reflejar aquí las impresiones que nosotros todos —juventud educada y pueblo analfabeto— experimentábamos en momentos tan solemnes. Un simple resumen de antecedentes —expuestos tales cuales habían ido llegando entonces a nuestro conocimiento, mediante boletines oficiales y artículos de prensa— bastará para justificar la fe que abrigábamos en la justicia de nuestra causa.

He aquí lo que sabíamos:

Dos pueblos vecinos, que durante largos años se habían llamado hermanos nuestros, rompían de pronto la vieja tradición de confraternidad, firman-

do entre sí pactos secretos destinados a reducirnos a la impotencia y a arrebatarnos el fruto fecundo de más de veinte años de incesante labor.

En una palabra: el progreso de Chile detenido; una de sus principales fuentes de recursos aniquilada; su porvenir económico, su propia vida, en peligro.

Explicaciones pedidas con lealtad y entereza habían dado por único resultado respuestas evasivas, pretextos absurdos destinados a disimular la verdad con el muy evidente propósito de ganar tiempo para poder, en seguida y en el momento menos pensado, asestarnos un golpe mortal y traidor.

Constituyéndose el más débil de esos vecinos en juez y parte al mismo tiempo, hallaba el apoyo interesado del otro, más poderoso, y juzgándose ambos suficientemente preparados para imponernos la ley, resolvían cortar de un solo tajo —¡con gesto a lo Alejandro el Grande!— el nudo que hasta entonces nos enlazaba. Bolivia rescindía "por sí y ante sí" el tratado salitrero solemnemente pactado con Chile desde años atrás.

El 12 de febrero, aniversario glorioso de la batalla de Chacabuco, había llegado a Chile la estupenda noticia que nos hiciera a todos arder la sangre.

Sin embargo, nuestro gobierno trató de negociar. Inútilmente. Fue preciso actuar. La ocupación de las Salitreras y del litoral de Antofagasta, con el propósito de defender los intereses chilenos, fue el primer paso dado en el camino de las reivindicacio-

nes. Desde ese momento había quedado iniciada la militarización del país. Los mineros del Norte empezaron a adiestrarse en el manejo del fusil; nuestra juventud corrió a alistarse en las filas de la Guardia Nacional; nuestros barcos de guerra limpiaron sus fondos; cada cual se preparó para empuñar un arma.



El enemigo, por su parte, "sorprendido", según decía, de tanta audacia, abrió tamaña boca. Se sabe hoy que el general Daza, que recibió la noticia de la ocupación de Antofagasta el 20, se la guardó en el bolsillo durante varios días para no perturbar en La Paz las fiestas de Carnaval y, sobre todo, para no perder el vistoso traje de disfraz que, según parece, le había llegado de Europa esa misma semana con tal objeto.

Pasadas las fiestas, lanzó aquél la noticia, acompañada de proclamas en las cuales nos llamaba "salvajes araucanos", "miserables piratas del Pacífico" y otras lindezas. Al mismo tiempo arengaba a sus 25 generales, 250 coroneles y 900 oficiales, anunciándoles que en menos de sesenta días se hallaría en las puertas de Santiago y nos haría añicos.

Manda, entonces, fuerzas a Calama, a orillas del río Loa. El 23 de marzo tiene allí lugar un encuentro, en el que 500 de nuestros soldados dirigidos por el bravo coronel Sotomayor despedazaban al enemigo. ¡Ha corrido allí la primera sangre chilena! El capitán San Martín —digno de su nombre— cae heroicamente, y junto con él varios soldados de cazadores. Pero nuestro pabellón corona las alturas. Cuatro de nuestros barcos de guerra ocupan las bahías de Cobija

y Tocopilla; los boletines, que se suceden sin cesar, nos comunican todo esto, entre vítores y aclamaciones brotados del pecho de nuestro pueblo que aplaude y pide armas para marchar al Norte. Se celebran numerosos mitines patrióticos en Santiago, Valparaíso y los pueblos de provincia, a los cuales responden —no ya los bolivianos— sino sus amigos los peruanos (con quienes aún no habíamos roto hostilidades, ni tenido nada que hacer) con uno "monstruoso" y virulento, celebrado en la Universidad de Lima.

Por lo visto, el Perú trata de mezclarse en nuestros asuntos con Bolivia. ¿Los rumores de pacto secreto entre esos dos pueblos, resultarán, acaso, justificados. . . ?

¡No es posible! El 22 de febrero había salido del Callao, y llegado poco después a Chile, un enviado extraordinario, el señor D. José Antonio Lavalle, con el propósito de asegurarnos que tal tratado no existía, que el Perú deseaba ofrecer su "mediación amistosa" en el conflicto, etc.



Y, a la sazón, se *trataba* con dicho señor plenipotenciario, se le escuchaban sus argumentos — a pesar de que la *vox populi* sostenía que todo era argucia, pretexto para ganar tiempo, y que la alianza existía real y verdaderamente. Prueba de ello los mitines celebrados en Lima, los insultos a Chile, el apresto de las fuerzas peruanas de mar y tierra, organizado con febril actividad en todo el país.

Nuestro pueblo clama por que se averigüe la verdad. Se celebran reuniones con tal objeto; el go-

bierno escucha al pueblo y acosa al enviado limeño, colocándolo entre la espada y la pared; mueve, al mismo tiempo, sus agentes secretos en el Perú, y cuando obtiene la certeza de que las sospechas populares, basadas en datos elocuentes, son efectivas, interpela categóricamente al plenipotenciario evasivo. Este, colocado en tan apremiante situación, no puede ya seguir negando... y confiesa por fin.

¡El tratado ofensivo contra Chile existe, y existe desde largo tiempo atrás!

El señor Lavalle es despedido.

Al día siguiente la guerra al Perú queda declarada.



Por ley de la República, todo ciudadano apto para llevar armas estaba obligado entonces a prestar sus servicios, aun en tiempo de paz, ejercitándose en la educación militar, a lo menos una vez a la semana, para lo cual existían en 1879 batallones llamados *cívicos* o de la Guardia Nacional. La juventud más distinguida de la capital formaba parte de su oficialidad, de suerte que, eligiéndose entre los de sus diversos círculos, constituían cuerpos especiales con jefes escogidos, que contribuían a hacer de sus batallones verdaderos grupos entusiastas de amigos íntimos que nada omitían para sostener a porfía el buen nombre y distinción de su insignia.

De allí que desde tiempo atrás se hiciesen notar, sobre todo en los días de las fiestas patrias, las oficialidades brillantes de la Guardia Nacional en las formaciones de gala, tales como el *Te-Deum*, la pa-

rada militar del 19 de setiembre en el Campo de Marte, la asistencia en cuerpo al teatro de la Opera en la noche del 18. En esta última ceremonia hacían su entrada al coliseo como lujosa escolta del primer magistrado de la nación y, después, formaban parte del cuadro de la República organizado en el proscenio para dar mayor realce al himno nacional que se cantaba en medio de animación especialísima.

Si hago mención de estas circunstancias, que a primera vista parecerán fútiles, y al criterio de la generalidad pueden dar ocasión de creer que no es este el caso de apuntarlas, por no ser ellas las que más en favor hablen del mérito y seriedad de esos cuerpos militares; si me fijo en cualidades superficiales, en apariencia, es precisamente con el objeto de justificar las palabras memorables de nuestro antiguo y querido jefe, el coronel Amengual, organizador del regimiento *Esmeralda* y héroe de *Puente Buin* y Tacna:



> Cuando en otra ocasión —decía el venerable anciano después de terminada la guerra—, se me confíe la formación de un cuerpo del ejército, no me fijaré en la gente tumultuosa del pueblo, ni en el atrevido *huaso,* ni en el heroico minero; preferiré colocarme en la puerta de uno de los salones opulentos de Santiago, e irme rodeando allí de los jóvenes que sucesivamente vaya viendo entrar, pues tengo para mí que son esos *elegantes*, esos que frecuentan la sociedad, los que, mejor que otros, cuando en nombre de la patria se les ha invitado a trocar el frac por la casaca militar, poseen la conciencia del honor y del deber.

Napoleón no pensaba de otra manera cuando llamó a la nobleza de Francia para formar con ella sus más brillantes regimientos. Creía él, y con justicia, que el saber morir está en la sangre de los hidalgos.

El batallón *Carampangue* era en aquel tiempo el escogido por la juventud santiagueña. Formaban en sus filas, como oficiales cívicos, los más conocidos, sin exceptuar a uno de los hijos del Presidente de la República, que lo era entonces el distinguido ciudadano D. Aníbal Pinto.



Con los primeros ecos de la guerra, la juventud del *Carampangue* dióse cita, y una hora después, entre el humo del *habano* y la espuma del *champagne* acordaba, por aclamación, presentarse al jefe de la República solicitando la movilización y acuartelamiento del cuerpo. Todos pensaban ir al lugar del peligro.

Digno apreciador de este arranque de nobleza, el Presidente accedió a la solicitud, sin que la responsabilidad que probablemente habría de crearle esta concesión ante las familias más relacionadas de la capital y sobre todo, ante las madres, siempre temerosas del peligro que corren sus hijos, fuera suficiente a hacerle vacilar. El daba el ejemplo de abnegación autorizando, el primero, a su hijo José María: los demás no podían ser menos generosos. No hubo en Santiago una sola madre de familia que se dejara vencer por el instinto maternal. Se trataba de la patria y semejantes a esas matronas

espartanas de que habla la historia, todas despidieron poco después a sus hijos con palabras de aliento, que recordaban las famosas de "Volved bajo vuestros escudos o encima de ellos".

Lo principal estaba hecho: quedaba terminar el proyecto. La oficialidad lista y equipada, sólo era menester escoger la tropa y llenar el número de ordenanza: mil doscientos hombres.

¿A quién encomendar esta delicada y difícil tarea?

El Gobierno vaciló.

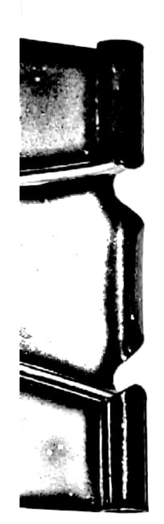
Se necesitaba un jefe distinguido, un militar a las derechas, capaz de convertir en cuerpo de línea, es decir, en un modelo de disciplina y cualidades, en poco tiempo y disponiendo sólo de elementos aún escasos, a esa agrupación de reclutas, excelentes ciudadanos, pero soldados de un día.



Entre los jefes más prestigiosos, destacábase un veterano septuagenario, inválido de un brazo, pero bordada la manga que lo cubría con el más glorioso de los parches, reliquia que sólo lucían dos nobles sobrevinientes de una jornada excepcional en la historia de la nación. El que en el choque de Puente Buin fue recogido como muerto, aun para los cirujanos del ejército; el que desde tiempos añejos había adquirido renombre especial para enseñar el arte de conquistar galones, el viejo Amengual debía ser incuestionablemente el más a propósito para dar vida y conducir a la victoria al joven *Carampangue*, con su bizarra oficialidad.

A partir de aquel momento, el coronel (hoy general) Amengual fue declarado su jefe.*

Acuartelados y dedicados exclusivamente al estudio de la táctica, mientras otros cuerpos veteranos se embarcaban y formaban la vanguardia de las operaciones, reducidas por entonces sólo a fáciles ocupaciones, gracias al tino de los generales chilenos, que se apresuraban a obrar sin dilación, los soldados del *Carampangue* hacían rápidos progresos en el manejo del arma, esgrima de la bayoneta, ataques en guerrilla y movimientos por batallones en ejercicios particulares por compañías y tiro al blanco.



Entretanto los oficiales, que a la par de sus subalternos, se acostumbraban a montar guardias y hacer largas excursiones, ejercicios todos tan opuestos a la facil y cómoda vida de sociedad, se esmeraban en hacerse antes soldados rasos para ser después verdaderos oficiales. De allí que a todo instante y en los momentos de descanso se les viera con el fusil al hombro, marchando, haciéndose mutuamente competencia en el manejo del arma y su esgrima.

* Entretanto, las noticias del Norte —hasta entonces favorables— se sucedían sin cesar, inflamando nuestro entusiasmo.

El mismo día 5 de abril se había establecido el bloqueo de Iquique. El 12 tenía lugar, frente a la boca del Loa, el combate naval de Chipana, en el que la corbeta *Magallanes*, al mando de D. Juan José Latorre, batía gallardamente a la *Unión*, después de afianzar al tope de su mástil de mesana el hermoso tricolor de Chile.

Se destruían los muelles de Pabellón de Pica y Huanillos; se cortaba el cable y se inutilizaba el telégrafo terrestre, que hubiera podido poner en comunicación a los aliados; se hostilizaba, en fin, al adversario en toda forma.

Veintiuno de Mayo

El día 23 de mayo despertamos con el rumor de una infausta nueva.

Nunca olvidaré la honda impresión que en mi ánimo y en el de todo chileno hizo la noticia de la pérdida de la *Esmeralda*.

La versión primera fue brutal, desesperante; algo así como una angustiosa pesadilla en la que el cuadro de la catástrofe —entrevisto entre sombras, a merced del resplandor fugitivo de un relámpago— domina toda otra sensación.

El telégrafo decía sólo esto:

> Combate naval en Iquique entre *Independencia, Huáscar, Covadonga* y *Esmeralda*. *Esmeralda*, viéndose perdida, pero sin arriar del tope su bandera, voló la Santa Bárbara, sepultándose en el mar con todos sus tripulantes...!



Pero luego vino la ampliación, y con ella la enmienda:

> *Independencia* a pique, *Esmeralda*, hundida por espolón *Huáscar*, después de una resistencia sin ejemplo. Prat, Serrano y varios marineros, abordaron el buque enemigo y perecieron combatiendo heroicamente sobre su cubierta. Más tarde detalles.

Los detalles no tardaron en llegar, deslumbrantes. El drama había durado tres horas. El mar estaba tranquilo. La ciudad, como el león que teniendo a corta distancia a su débil presa finge que duerme para dar de repente el golpe más rudo, más terrible, fingía también dormir...

Ni el menor ruido daba a entender que sus habitantes, con la vista ávida, clavada en el horizonte y el corazón palpitante de emoción y ansiedad esperaban de un momento a otro el espectáculo del sangriento drama...



Eran las nueve de la mañana. La *Esmeralda* y la *Covadonga* se mecían dulcemente sobre las aguas tranquilas de la bahía.

Dos humos se divisaron en el horizonte. Y oyóse un grito sobre la cubierta de las gallardas corbetas.

¡El *Huáscar!*

¡La *Independencia!*

El más profundo silencio siguió a estas exclamaciones de muerte.

Trascurrió una hora.

Se trabó el combate.

¡Combate horrible...!

En medio de los lamentos de los heridos, percibíanse mezclados el eco del cañón y de la bocina, el silbar de las balas, el choque del enemigo espolón sobre el débil casco de la sublime nave...

La figura del *Héroe,* fiera, majestuosa, domina entonces la escena...

Y se oye de repente su voz vibrante y sonora:

"¡Al abordaje!"

¡Luego el disparo de cien rifles, hierro sobre hierro, luego un nuevo choque... poco después un último cañonazo...!

Y la nave, destrozada en mil partes, pero con el tricolor chileno flameando siempre al tope del palo mayor, se inclina de proa y húndese suavemente, tras inmenso remolino, en las profundidades del mar.

Todo queda en silencio.

Varios buques de guerra extranjeros —entre ellos algunos de los que habían visitado las aguas de Valparaíso años atrás— presenciaron el homérico combate, proclamándolo, ante propios y extraños, como "no aventajado en heroísmo por otro alguno en la historia de las guerras navales del mundo".

Repuesto el pueblo chileno de las primeras emociones —traducidas en lágrimas de gratitud y en un silencio solemne, casi religioso—, dio rienda suelta a su entusiasmo, hasta entonces contenido, lanzándose bulliciosamente a las calles y plazas para vitorear y bendecir el nombre de sus héroes, enarbolar banderas, iluminar edificios y tributar un ardoroso voto de adhesión al Gobierno.

Oradores distinguidos arengaron al pueblo, ensalzando las virtudes y el sublime sacrificio de nuestros marinos. Se echaron a vuelo las campanas; dianas marciales, hurras frenéticos atronaron los aires; el nombre de Arturo Prat vibró en todos los labios.

Los poetas entonaron himnos en su alabanza, y tal fue el entusiasmo que su gloriosa muerte hizo na-

cer, aun entre los que no lo eran, que, como prueba de ello, copio a continuación las octavas reales, modesta flor, con que, a mi vez, quise contribuir a la corona poética dedicada a la memoria del ilustre marino.

Estrofas escritas a los veinte años, resiéntense de las incorrecciones propias de la edad y de los defectos inherentes a un gusto literario que empezaba a formarse.

Prefiero, sin embargo, no desnaturalizarlas hoy al reproducirlas aquí solo ligeramente retocadas, y como un recuerdo de aquella época:





A PRAT

¡Espíritu inmortal que ya en el cielo
Contemplas del Creador la Augusta Alteza,
Alma gigante que emprendiste el vuelo
Luciente de esplendor y de fiereza!
¡Sublime Prat a cuyo heróico anhelo
La patria debe honor, gloria y grandeza;
Deja que al labio frío y balbuciente
Tus hechos cante y tus hazañas cuente...!

¡Yo veo a la *Esmeralda* acometida
Por el coloso de blindado pecho
Que a cada instante nueva y honda herida
Abre en su casco, ya pedazos hecho...
Y veo entonces, tu figura erguida,
Serena, inmóvil, sobre el puente estrecho
Impávida arrostrar las andanadas
Que en todas direcciones son lanzadas!

¡Allí, en horrible, aterrador concierto,
Se escucha de la bomba el estallido,
Los ayes del que gime casi muerto,
El triste lamentar de un cabo herido...!
¡Allí se escucha, cual rumor incierto,
De la hélice al girar, el sordo ruido,
Mezclado al rechinar de los cañones
Que giran en abiertos portalones...!

¡Y veo al *Huáscar*, súbito, ligero,
Lanzarse, inmune, altivo, sin coraje
Y con su ariete de cortante acero
Partir tu nave en su crueldad salvaje...!
¡Tu voz, vibrante de entusiasmo fiero
Oigo entonces gritar... ¡al abordaje!
Y mírote, hacha en mano, ¡cruda suerte...
Buscando al enemigo... hallar la muerte...!

¡Dulce amor patrio, mucho más hermoso
Que el tierno amor de madre idolatrada,
Eres del cielo agente poderoso
Para endulzar la vida infortunada!
¡Por ti se vuelve a Dios el orgulloso,
¡Por ti abandona su familia amada,
Olvida de la paz el ejercicio,
Y, ciego el hombre, corre al sacrificio...!



¡Has muerto, has muerto, Prat...!
¡Ay! cuán temprano.
Suele un cáliz en flor perder su esencia!
Así lo quiso tu destino humano...
¡Cumplióse su decreto sin clemencia...!
Triste decreto...! mas ¡llorar es vano,
Que el llanto no ha de dar nueva existencia
Al que en la lid, muriendo como bueno,
Cumplió con la divisa del chileno...!

¡Has muerto, Prat! Tu cuerpo hoy sepultado
En extranjera playa, aquí mañana
Será por nuestros brazos trasladado
Con regio honor y pompa soberana...
Entonces, si se escucha el son pausado
La Patria, al recordarte, agradecida,
Pronunciará tu nombre conmovida...!

8 de Junio de 1879

Prat hacía inmortal el nombre de Esmeralda: *preciso era obtener la primicia de la idea, por pretenciosa que ella apareciese. Los oficiales del* Carampangue *se atrevieron a realizarlo. A condición de conservar incólume el nombre de la gloriosa corbeta, cambiaron el de su regimiento por el de* Esmeralda.



Hallábame en Valparaíso el 24 de junio —pues aún no me había incorporado a las filas del *Esmeralda*—, cuando llegaron a ese puerto los marinos de la *Covadonga* después de la gloriosa jornada de Iquique.

Condell, el vencedor de la *Independencia*, simpático "muchacho" con el cual, como con muchos otros marinos de aquellas época, tuve el placer de cultivar amistad, fue recibido con los honores que se tributaban a los héroes antiguos. Me tocó formar parte de una de las comisiones —la comisión de la juventud— designadas para recibirlo.

No recuerdo haber presenciado en mi vida entu-

siasmo más delirante. Cuando llegó el ilustre marino al muelle, y durante todo el trayecto comprendido entre el sitio del desembarco y la plaza de la Intendencia, lo alzamos literalmente en nuestros brazos, vitoreándolo sin cesar y defendiéndolo al mismo tiempo de que fuera sofocado por la presión de la muchedumbre.

Y luego, al seguir la comitiva hacia la iglesia del Espíritu Santo, una lluvia no interrumpida de flores cayó sobre las cabezas de los bravos que, con lágrimas de emoción en los ojos, se movían en medio de sus entusiastas admiradores, pudiendo avanzar apenas.

Los repiques de campanas, los hurras, se escuchaban de nuevo con la misma vibración sonora con que se habían escuchado el mes anterior, poco después de recibida la noticia de la gran epopeya.

El grumete Juan Bravo, niño de 16 años, que se había distinguido en el combate por su sangre fría y por la decisión con que había usado de su rifle, fue objeto de agasajos especiales.

Al poder respirar, por fin, horas más tarde, el intrépido y afortunado comandante de la *Covadonga,* dentro del ambiente desahogado de un salón de su propia casa, —donde nos preparábamos a dejarlo tranquilo— nos decía alborozado y sonriente:

"¡Qué ovación, amigos míos, qué ovación! Más peligro hemos corrido hoy de *marearnos*, que a bordo de la misma *Covadonga!*

Preparativos

Entretanto, la actividad desplegada por el Gobierno en la organización del ejército que debía atacar por tierra a los aliados, desarrollábase cada vez más ardorosa y eficaz. Se instruía a los reclutas, se formaban nuevos cuerpos, se confeccionaba uniformes y acumulábanse pertrechos de guerra.

Hombres y enseres, armamentos, ambulancias, eran transportados en seguida al Norte por la escuadra.

Antofagasta era el punto de cita donde iban reconcentrándose poco a poco nuestras fuerzas.

El *Carampangue*, cambiado ya su nombre por el de *Esmeralda*, como lo he dicho, recibía una instrucción especial. Con el objeto de alejar a su joven y brillante oficialidad de los placeres perturbadores de Santiago, se resolvió enviar el regimiento a la provincia de Aconcagua, en cuya capital, San Felipe, quedó acuartelado durante algunos meses, pudiendo allí entregarse con mayor esmero a los ejercicios cotidianos de instrucción y disciplina, que en breve tiempo debían colocarlo al nivel de los cuerpos de línea más afamados del ejército.

Sus dos dignos jefes —el coronel Amengual y

el comandante Holley— dedicaron a esta tarea todos sus desvelos, demostrando en la ocasión tacto y energía al par que espíritu militar.

El enemigo, por su parte, reconcentraba sus fuerzas en Tacna y Arica, fortificábase allí y seguía lanzando proclamas de matamoros.



Prado y Daza reunidos, sumaban sus generales, coroneles y capitanes, y viendo que pasaban éstos de dos mil, juraban que habrían de exterminarnos. Sus campamentos retumbaban con el fragor de retretas militares, hurras, banquetes y ecos de fiestas de todo género, con que fraternizaban incesantemente peruanos y bolivianos.

El *Huáscar* y la *Unión*, los dos buques más poderosos del enemigo, aprovechábanse entretanto de su rápido andar y de la superioridad relativa y momentánea que esta circunstancia les daba sobre los nuestros, para entregarse a correrías más emocionantes que útiles: pero que no dejaban de irritar los nervios de nuestros marinos, obligándolos a preocuparse seriamente del modo de añadir a los barcos de Chile alguna mayor velocidad.

El 10 de julio, entre otras, se tuvo una prueba palpable de la urgencia de esta medida.

El *Huáscar*, después de haber cruzado impunemente delante de nuestros buques en diversas ocasiones, no sólo de noche, sino de día, burlando luego su persecución, había desaparecido de repente detrás de la isla que enfrenta Iquique. Allí se hallaba fondeado un débil transporte de nuestra escuadra, el *Matías Cousiño*. El monitor peruano lo ataca. Al

ruido de los cañonazos acude la *Magallanes*. En los primeros instantes, huye el *Huáscar*, como de costumbre, creyendo tener que habérselas con alguno de nuestros blindados.

Pero, vuelto de su error, regresa y empieza el combate a la luz de la luna llena, que en aquellos instantes surge con esplendor en el purísimo cielo de esa región, ya tropical.

Al eco del creciente cañoneo acude a su vez y a toda prisa el *Cochrane*, que, como la *Magallanes*, se hallaba en las cercanías.

Pero inútilmente. Al verlo aproximarse, el enemigo pone proa al Norte y como siempre, favorecido por su andar, desaparece.

Al conocer esta noticia, no pude menos de traer a la memoria, la travesura aquella del colegio con motivo de los buques peruanos y las tortugas de Mr. Bluhm y decirme para mis adentros: ¡cáspita! ¿se habrán trocado, por desventura, los papeles? Nuestros marinos no tienen, en todo caso, la culpa.

Han hecho hasta ahora prodigios con el material de que disponen... pero, ¿y ese material...?

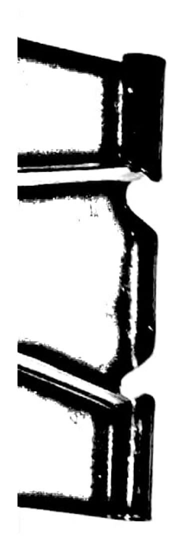
La sorpresa y toma del *Rimac* con el bizarro escuadrón de caballería (carabineros de Yungay) que llevaba embarcado a su bordo, pone un colmo a ese estado de cosas. El pueblo se impacienta, critica, pide lo que parece imposible: dar a nuestros barcos un andar mayor que el de los buques peruanos. En las cuadras de nuestros soldados se murmura de la escuadra: hay descontentos. El tema obligado de las conversaciones es el *Huáscar*, ese barco andariego,



destructor y fugaz, especie de buque fantasma que se va convirtiendo en nave de leyenda...

No se censura siquiera a Grau, su comandante; por lo contrario, se le justifica y hasta se le aplaude. En su lugar, haríamos nosotros lo mismo —se dice—. ¡A poner remedio a esto! ¿Qué hacen los directores de la guerra?

La respuesta no debía hacerse esperar.



A fines de agosto se levantó, por fin, el inútil bloqueo de Iquique, y nuestros barcos, por turnos, y a medida que las necesidades del servicio de transporte de tropas lo permitía, fueron entrando en los diques a reponerse y a limpiar sus fondos.

Riveros sucedió a Williams Rebolledo en el mando de la escuadra. El audaz y ya ilustre Latorre pasó al *Cochrane;* Condell a la *Magallanes*.

¡La escuadra iba a renacer!

A mediados de setiembre había ya más de tres mil hombres listos para salir a campaña.

El día 30 de aquel mes —¡fecha memorable!— tuvo lugar, por fin, la tan esperada partida del convoy que debía conducir al *Esmeralda*, de "Chile viejo" a "Chile nuevo", como llamábamos ya al litoral boliviano.

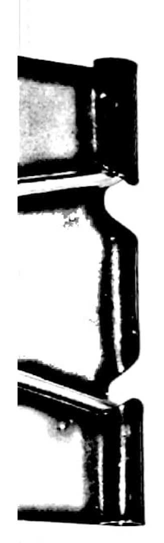
Al amanecer de la víspera salió el regimiento de San Felipe, acompañado hasta la estación donde iba a embarcarse, por todo su entusiasta pueblo: hombres y mujeres, viejos y niños, con sus autoridades civiles y religiosas al frente, entre los vítores de los unos, las lágrimas de los otros y las bendiciones de todos.

En el Mar

Los pertrechos y la gente a bordo, levada ya su ancla y temblando bajo la presión de sus calderas, nuestro hermoso transporte de guerra sólo esperaba embarcar a su primer piloto para largar las amarras. El convoy expedicionario se componía de doce barcos. La bahía de Valparaíso, de ordinario tan animada, presentaba aquella tarde un aspecto aún más interesante y pintoresco: multitud de pequeñas embarcaciones repletas de gente surcábanla en todas direcciones, deteniéndose a su paso alrededor del crucero cuyas cubiertas y entrepuente veíanse animados por el confuso vaivén de miles de soldados que tomaban posesión de sus respectivos sitios, arreglándose ordenadamente por grupos de compañías en toda la extensión disponible del buque.

Fleteros y patrones de bote, marineros del resguardo, obreros de distintas clases, mujeres, niños, todo un pueblo bullicioso agolpábase a los costados del transporte, y con animadas frases y sentidas exclamaciones de cordial despedida, daba sus últimos adioses a los defensores de la patria que partíamos al lugar del peligro con la alegría en el corazón y el entusiasmo en el semblante.

Los ancianos, sin embargo, menos optimistas, dejaban rodar lágrimas silenciosas al pensar que tal vez verían por última vez esos semblantes queridos de hijos cariñosos, único consuelo de su vejez enfermiza, consuelo a que renunciaban gustosos sacrificándolo en bien de la honra de la patria amenazada. ¡Sublime abnegación, propia sólo de corazones nobles como esos!



La escala de costado permanecía aún izada y por ella descendían los privilegiados que hasta el último momento habían podido permanecer al lado de los suyos.

Sobre las toldillas más elevadas, y en el recinto de popa, los oficiales con el *rollo* colgado aún a la espalda y el fiador calzado a la barbilla; alegres y decidores los unos, pensativos y melancólicos los otros: éstos, recostados sobre la jarcia al pie del cabrestante; aquéllos, paseándose de babor a estribor; todos, cual más, cual menos, formábamos proyectos de gloria sobre horizontes indecisos a que daban forma y colores mil ideas fantásticas y siempre románticas en tales ocasiones.

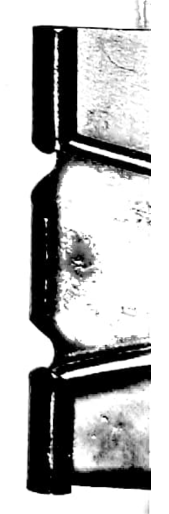
¡Y, sin embargo, no había uno solo de nosotros que, momentos más tarde, al sentir hundirse bajo sus pies el puente de la nave, balanceada fuera ya del abrigo de la bahía por brisas de alta mar, no se encontrase asaltado por una idea triste!

¡Partir a la guerra, decir adiós, quizás para siempre, a los placeres de una vida de dulce bienestar; trocar el embriagador murmullo de los salones

de baile y su atmósfera voluptuosa por el fragor del combate y el humo de la pólvora; abandonar, dejándolos sin más guardianes que el recuerdo y la esperanza, amores e ilusiones, ambiciones y triunfos; haberse sentido libre, dueño, y pasar de repente a subalterno y dependiente; cambiar, en una palabra, de carácter, de ser, por decirlo así, ¿no era esto una dura prueba de la que salían vencedores el patriotismo y el deber en lucha con la naturaleza?

Las últimas siluetas de los cerros que forman la ensenada, en aquella parte de la costa, habíanse ya borrado entre el velo de la bruma y la creciente oscuridad de la tarde, cuando me retiré del lugar que conservaba desde el instante de zarpar.

El agua azul de esas regiones hacíase más y más fosforescente y el casco de la nave, en su rápida carrera, trazaba sobre ellas el surco luminoso de su estela gigantesca.



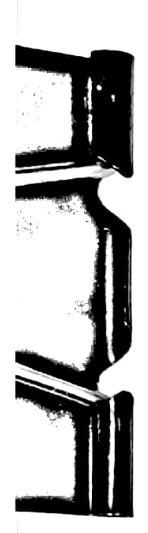
¡Cuántas ideas se agolparon en mi mente durante aquellas horas que jamás olvidaré...! ¡Cuántas ilusiones para lo futuro, que tal vez ¡ay! se desharían como se deshacían entonces a mi vista las espumas encendidas de las olas...!

Eran más de las ocho cuando me decidí a bajar a la cámara. Al abandonar mi sitio predilecto sentí por primera vez el frío penetrante de la noche. Tan abstraído había estado hasta ese momento en mis ideas, que sólo entonces me encontré verdaderamente a bordo. Mientras había permanecido en la popa parecíame aún vivir la vida de siempre, poetizada por la belleza de un paisaje nuevo y, ante la inmen-

sidad del mar, no tenía ocasión de apreciar la estrechez desesperante de mi nueva morada.

Y a la verdad que, lejos de la tierra querida, cuando mirando más allá del espacio real que palpamos, sólo vemos infinitos eternos y monótonos de cielo y agua, nos parece aquél tan pobre y reducido, que no podemos menos que considerarnos como encarcelados en un mundo microscópico.

Todo ese pequeño mundo, pues, de soldados aglomerados los unos sobre los otros, de marineros, oficiales y sirvientes debía serme conocido con sólo una mirada.



No me quedaba, por tanto, nada importante ni que atraer pudiera mi atención sobre cubierta. La soledad de mi camarote me tentaba más que el laberinto del puente y se amoldaba mejor al estado de mi ánimo.

Después de dar una vuelta por los compartimientos de proa y asomarme un instante a las claraboyas de la máquina, agitada por la fuerte presión que hacía palpitar y silbar los émbolos, bajé, no sin dificultad, las escaleras que conducían a la cámara de pasajeros y me encerré en mi camarote.

Para no extenderme en la relación de mi vida de a bordo, cansada y monótona como lo es siempre, vuelvo a la ligera, sin detenerme en ellas, algunas de las páginas de mi cuaderno, en las cuales hállanse religiosamente anotadas, día por día, mis impresiones de navegante.

Para la mayoría de los que han viajado no tendrán, en efecto, novedad alguna las reflexiones su-

geridas por la contemplación de los grandiosos panoramas del mar. Sólo diré, pues, que siempre las primeras luces del alba me encontraban ya sobre cubierta, forrado en mi pesado capote de capuchón y pieles, paseándome y respirando la dulce brisa impregnada de frescas y deliciosas sales. De cuando en cuando una vela, a veces muy próxima, destacábase en el horizonte; ¡y era hermoso entonces ver cómo los rayos del sol la doraban con sus tintas amarillas!

En otras ocasiones eran las sinuosidades de la lejana costa las que llamaban nuestra atención por sus caprichosas ondulaciones que afectaban formas fantásticas de seres reales o imaginarios. Los peces voladores pasaban a veces rozando el costado del buque en bandadas numerosas que parecían de diamante, iluminadas por el reflejo de la luz solar sobre sus escamas brillantes. Ora era una sábana inmensa de infusorios rojos como sangre que pintaban la superficie de las aguas: ora un lobo colosal que lejos, muy lejos, perseguía su presa asomando a trechos mital del cuerpo fuera de su elemento natural.



Todos estos cuadros, nuevos para mí, eran descritos de la mejor manera posible en mi cartera de apuntes, sin que dejase pasar uno solo.

El tiempo se mataba a bordo entre la charla y la lectura sobre el puente, o el jaleo en la cámara; esto último, gracias al clásico piano, mueble de rigor en ese departamento y que algunos oficiales ponían en tortura.

A falta de bello sexo el baile se hacía, aunque

un tanto chacotero, con parejas del propio, que tanto da como decir del feo. Lo demás del tiempo empleábanlo los que tenían obligaciones en atender al rancho de la tropa y vigilar por el orden.

Si me fuera dado hacerlo aquí, no dejaría también de anotar entre las distracciones más frecuentes la de permanecer algunos momentos cerca del espacio reservado a los soldados para escuchar desde allí su algarabía y reflexiones.



Campesinos rudos la mayor parte de ellos y en absoluto novicios, por tanto, en la navegación y aun en la vista del mar, se entregaban a comentarios tan cómicos y curiosos que hasta el más serio de los que tenían la fortuna de oirlos le habría sido difícil contener la risa.

¡También ellos, honrados y valientes corazones, tenían sus proyectos y daban rienda suelta a los sentimientos del alma! ¡Cuántos, pensaba yo, de los que en estos momentos, alegres y chanceros, cantan las canciones y *tonadas* de su provincia natal, quedarán muy pronto tendidos, víctimas del deber, en el suelo extranjero que por primera vez van a pisar!

Pasando por alto otros detalles de la vida flotante, llego al punto en que el primer batallón del regimiento *Esmeralda* hizo su desembarco, tranquilo y sin resistencia, en el puerto de Antofogasta. Sin hacer alto tampoco en él, ni en la relación de nuestro género de existencia durante un mes de campamento*,

* En el Salar del Carmen.

sólo dejaré constancia de que el servicio de guardias y avanzadas nos fue de mucha utilidad para acostumbrarnos a los rigores de aquel clima y a las fatigas del ejercicio por batallones y compañías en la pampa arenosa del desierto.

El orden más completo reinaba en la guarnición, recorrida durante sus noches por patrullas que interrogaban a su paso a todo individuo o grupo sospechoso, previniéndole con el *¡quién vive!* de ordenanza, a que seguía la operación de tomar el santo y seña, reclamado con bayoneta al pecho.

Esta ceremonia me pareció al principio imponente y fue mi verdadero estreno como oficial de infantería.

No puedo menos que recordar con cuánto empeño repetía en la memoria la clave que se me daba al salir del cuartel al mando de patrulla en el segundo relevo de la noche.



Cruzando la población con mi piquete de soldados estaba obligado a pedirla a las demás patrullas que encontraba, o darla si era interrogado antes, o si pasaba por frente a algún cuartel. *Dios y Patria* fue la primera, y estas sencillas palabras, de tan alta importancia en aquella ocasión, habrían parecido a cualquiera que me escuchara repitiéndolas incesantemente en la memoria, ser para mí en chino o japonés, tal era el temor que tenía de olvidarlas y arrostrar las consecuencias de ese olvido. ¡Era aquello el *Sésamo ábrete*, de la fábula! Confieso que sólo por no parecer ridículo ante mi jefe no las escribí en un papel antes de salir, cuando me las trasmitió. ¡Y

cuán natural no era, sin embargo, una emoción semejante en tales circunstancias...!

Otra de las cosas que me hizo honda impresión fue el ver aplicar por primera vez la pena de azotes, siendo yo el encargado de presidir su ejecución. La víctima era un soldado acusado de ebriedad y al cual, por vía de correctivo, se le administraban cincuenta varillazos al son de caja, como se estila en tales ocasiones.

Los lastimeros quejidos del infeliz dejaban impasibles a los cabos y sargentos, habituados ya a tal espectáculo, a la vez que hacían estremecer las más delicadas cuerdas de mis sentimientos compasivos. Si me hubiera dejado llevar por ellos, habría renunciado a mis galones en aquellos momentos. Y más tarde, ¡cuánta diferencia! ¡Cuán insignificante no apareció a mi severidad de soldado —como oportunamente tendré ocasión de narrarlo— esta pequeña prueba, comparada a los horrores del campo de batalla, a los cuales, siguiendo esa ley que hace al fin del hombre un animal de costumbres, llegué a habituarme como a lo más corriente...!

Antofagasta

Toma del Huáscar

Pisagua y Dolores

Poco más de ocho días habían transcurrido desde la internación de nuestro regimiento al Salar del Carmen, cuando en la mañana del 8 de octubre, al regresar del ejercicio cotidiano, comenzó a cundir en los cuarteles de la guarnición de Antofagasta —en las salas de oficiales primero, luego en las cuadras— un rumor sensacional.



"¡El *Huáscar* y la *Unión* están a la vista," se decía, "y hacen vapor a toda fuerza hacia el Norte! ¡Van perseguidos de cerca por nuestra escuadra! En efecto: los que han podido procurarse anteojos de larga vista se dan cuenta del caso. Esta vez la cosa va de veras; los barcos enemigos huyen, huyen a no dudarlo."

Los nuestros les dan caza y parecen estrechar poco a poco la distancia. Pero se alejan todos cada vez más. Dentro de algunos instantes será imposible cerciorarse *de visu* de lo que realmente ocurre.

¡Cuánta espectativa, cuánta ansiedad!

Un ayudante de Estado Mayor sale del cuartel general...

"¿Qué hay de nuevo?", se le grita.

"¡El *Huáscar,* la *Unión* perseguidos!" contesta

sin detenerse. "¡Avisan de Mejillones que el combate es inevitable...!"

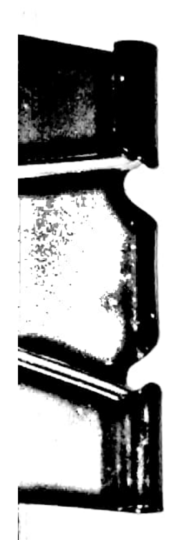
Y casi al mismo tiempo, como para dar razón a estas palabras, se oye a lo lejos, por el Norte, en dirección al mencionado Mejillones, un nutrido cañoneo sordo y lejano, pero del todo perceptible.

¡Por fin! ¡Loado sea Dios!

Y la ansiedad oprime todos los corazones.

Transcurre así una hora.

Hacia medio día, gran alboroto, gran animación.



Frente al cuartel general se reune apiñada y frenética una verdadera muchedumbre de oficiales, soldados y civiles.

¡Llegan ya noticias ciertas! El *Huáscar*, acorralado, hecho un arnero, ha sido tomado frente a Punta Angamos. La *Unión*, como siempre, escapa. Se la persigue encarnizadamente.

Fácil será comprender el entusiasmo que provocan estas noticias. Dianas, repiques, abrazos, kepis al aire, embanderamiento general, *cocktails* de pisco y de *champagne*...

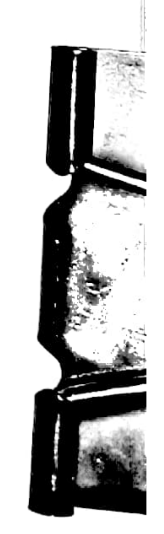
Los detalles precisos del combate empiezan a ser conocidos al caer de la tarde.

El *Huáscar*, acribillado, pero con su torre útil aún ,entra a la bahía de Mejillones, remolcado por el *Matías Cousiño*. Grau, muerto. El *Cochrane* y el *Blanco* han evolucionado admirablemente, logrando encerrar al enemigo en un círculo sin salida, dentro del cual se vio forzado a aceptar combate. De Grau sólo se encontraron las piernas y un brazo. La granada, que penetró estallando en la torre de combate

donde se hallaba, lo destrozó del todo y esparció sus restos en el mar. ¡Horrible detalle que no deja de conmovernos! Grau era un marino valiente y generoso. Esta es la opinión que domina en nuestro ejército.

Otra buena noticia: Con el *Huáscar* han caído muchos prisioneros.

El enemigo se resolverá, probablemente a canjearlos por los sobrevivientes de nuestra *Esmeralda*, espectativa, que, a mí sobre todo, me llena de júbilo, pues entre esos sobrevivientes se encuentra un primo hermano mío muy querido — el guardia marina Arturo Wilson*, salvado de entre las olas después del hundimiento de su gloriosa corbeta, por un bote del *Huáscar*.



El 12, cuatro días después del combate de Angamos, el buque cautivo, con nuestro hermoso tricolor enarbolado en la popa, hizo su solemne entrada en Antofagasta acompañado por el *Cochrane*.

Un pueblo entero, una muchedumbre frenética se agolpaba en el muelle para recibir al bravo Latorre y a sus compañeros de triunfo.

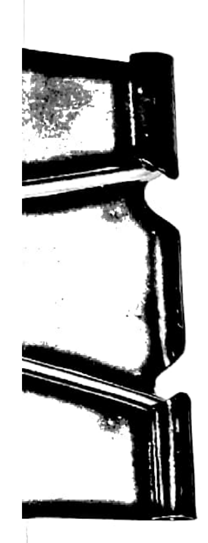
Las tropas oían misa a esa misma hora en la plaza principal del puerto, y aguardaron, arma al brazo, el final de la ceremonia religiosa para tomar parte en la manifestación, formando carrera de honor a los vencedores que debían desfilar por su frente.

Pocos momentos después, el general en jefe, los jefes de división, las autoridades todas, la oficia-

* Hoy almirante de la Armada.

lidad, el pueblo, daban el abrazo de bienvenida al guerrero, tan modesto como meritorio, que en Chipana y en Punta Angamos se había cubierto de gloria.

Nuestros bizarros marinos, respondiendo con gallardía el reto de "los Van Tromps", orgullosos y altaneros, que, parodiando al soberbio capitán holandés, habían jurado también "barrer los mares de buques enemigos", enarbolaban al tope de sus mástiles el gallardete vencedor, con que, a modo de látigo, habían correteado, hasta verlos esconderse debajo de sus lejanas baterías chalaquenses, a los restos inservibles de su mutilada escuadra, renovando así la hazaña del orgulloso almirante inglés que inventara aquella emblemática insignia, con idéntico propósito.*



Los acontecimientos debían precipitarse desde entonces.

El asalto de Pisagua —presentido por los marinos extranjeros de la *Thetis* y la *Turquoise* y calificado por ellos como un segundo Sebastopol— dio a las fuerzas expedicionarias la llave del desierto.

Mientras algunos de nuestros compañeros de armas llevaban a cabo esta empresa, a nosotros se nos dejaba con el *Santiago* de guarnición en Antofagasta, listos para partir a la primera señal.

Los detalles del combate nos llegaron poco a poco. La lucha allí había sido terrible. Protegidas por los fuegos de la escuadra, nuestras tropas habían

* *"Our pennant shall whip out Van Tromp's insolent broom".*

necesitado escalar alturas formidables, recibiendo a pecho descubierto el fuego mortífero de la altura.

Los zapadores y el *Atacama* tuvieron que sostener lo más recio del combate. Nuestros botes de desembarco debían luchar no sólo contra las balas sino también contra las rompientes y contra el embate de las olas arremolinadas. Los asaltantes, con el agua hasta la cintura, avanzaron sin embargo, impertérritos, tocaron la orilla y se precipitaron sobre las rocas.

Horas después Pisagua, sus aguadas y su ferrocarril quedaron en poder de los nuestros.

Ocupado Pisagua definitivamente, recibimos por fin orden de movernos. La vida de campamento, la familiarización con sus asperezas y rigores, los insultos de los peruanos, contribuían a aumentar grandemente nuestro deseo de que llegara, por fin, el momento de combatir.



Los *Esmeraldas* nos mostrábamos impacientes por salir al encuentro del enemigo.

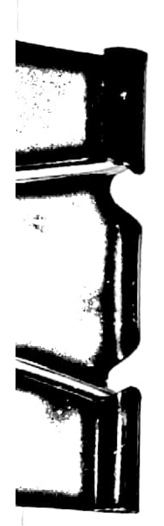
Debía tocar a otros compañeros, sin embargo, una vez más, antes que a nosotros, este privilegio y esta dicha.

Al desembarcar en Pisagua en compañía del *Santiago*, supimos con envidia, casi con despecho, que la mayor parte de nuestros hermanos de armas se habían internado ya en el desierto, con el objeto de apoderarse de la línea interior del ferrocarril y de posiciones estratégicas indispensables.

El enemigo, reconcentrado en Pozo Almonte, los aguardaba.

Pocos días después, tuvimos noticia de que un nuevo y glorioso triunfo añadía aún mayor gloria a nuestros estandartes. Seis mil chilenos, reunidos en las alturas de Dolores, al mando del coronel Sotomayor, se habían medido contra todo el ejército peruano de Buendía, compuesto de 12.000 hombres, salidos de Iquique varios días antes, en combinación con las fuerzas bolivianas de Daza, que, partiendo conjuntamente de Arica y Tacna, debían reunírsele allí.

Pero Daza había "contramarchado" —según supimos después— y regresado a Arica... ¿Por qué? ¡Misterio!



Nuestro general en jefe, señor Escala, habíase puesto a su vez en movimiento, saliendo aprisa de Pisagua con tres mil hombres más, después de haber ordenado al general Villagrán que mantuviera con nosotros y el *Santiago* la custodia de Antofagasta.

La acción de Dolores fue reñidísima.

Nuestra artillería hizo prodigios. El *Atacama* volvió a distinguirse, arrollándolo de nuevo todo ante su irresistible empuje. El *Coquimbo*, el *Valparaíso* y el 4º *de línea*, brillantes también.

Muy elogiados el mayor Salvo, el comandante Juan Martínez, el coronel Urriola y los ayudantes de Estado Mayor, Ramón Dardignac y hermanos Dublé Almeida, tan célebres estos tres últimos por la fama de audaces y valientes a toda prueba que habían adquirido en su vida privada.

Paréntesis

Recuerdos de un Duelo Célebre
y de una Hazaña Hermosa

Ya que he nombrado a los Dublé Almeida y a Ramón Dardignac, séame permitido, a modo de paréntesis y mientras llega el turno a la relación de importantes sucesos futuros, detenerme un momento ante los primeros de esos nombres, para recordar dos episodios del pasado —hechos reales, con contornos de leyenda— que parécenme de interés general, no sólo por referirse a compañeros de armas que en toda circunstancia supieron colocarse a la altura de su deber y de su reputación, sino porque, expuestos esos episodios en forma anecdótica, lograrán romper un tanto la forzada monotonía de esta parte de mis recuerdos militares.



Para nosotros los oficiales más jóvenes del ejército, y en especial para los del *Esmeralda,* dadas nuestra educación e índole, había algo de supremamente romántico —a lo Cid Campeador, a lo Dumas padre o a lo Espronceda—, en la envoltura de aquellos tres militares y hasta en el nombre de uno de ellos. "Dardignac" vibraba en nuestros oídos con toda la sonoridad y eufonía de un apelativo de mos-

quetero o espadachín célebre: de Jarnac, d'Artagnan u otro semejante.

El comentario de las traviesas fechorías del afamado buscador de aventuras —camorrista y altanero, pero bizarro y generoso en sus calaveradas juveniles—, distraía a menudo nuestras veladas de cuartel.

Las pasaré, sin embargo, por alto aquí, pues sería largo y prolijo el narrarlas en detalle. No así lo que atañe a los Dublé Almeida, cuya tradición de bravura, manifestada en forma y por causas del todo distintas de las de Dardignac, encuadra mejor dentro del género de estos apuntes, si bien por su índole, por su intensidad y gallardía, no deja de asociarse también en la mente con el recuerdo de héroes de capa y espada.



El Mayor de Ingenieros, D. Baldomero Dublé Almeida, muerto heroicamente en la batalla de Chorrillos, era, cuando le ví por última vez en la campaña, joven aún, de aire varonil y modales distinguidos. La expresión de su semblante había adquirido en el ejercicio de su profesión cierta severidad, acentuada por la fuerza de su mirada y por esa nobleza en el ademán que caracteriza siempre a nuestros militares de raza.

Su hermano Diego —que dichosamente aún vive— era por la misma época un apuesto comandante; ágil, delgado, erguido de cuerpo. Su rostro fino, ovalado, y por lo general enérgico también, solía revestirse de una sonrisa tan jovial, tan expresiva y tan simpática, que lo transformaba por completo.

Usaba —y sigue usando aún— perilla a la fran-

cesa, según la moda del segundo imperio, todo lo cual, agregado a la gracia de su persona y a la amenidad de su conversación lo hacían sobremanera atrayente a los que tenían la fortuna de tratarlo de cerca.

En semejante caso se encontraban algunos miembros de mi familia, con los cuales ambos Dublé hallábanse ligados por lazos de verdadera amistad.

Dentro de ese círculo íntimo escuché repetir y comentar muchas veces los hechos a los cuales he aludido más arriba y que narraré aquí, con pequeñísimas variantes, tal como me habían impresionado de niño y tal cual tuve ocasión de referirlos, diez años más tarde, a mis compañeros de armas, en algunas de aquellas recordadas noches de guarnición y de monotonía de cuartel.

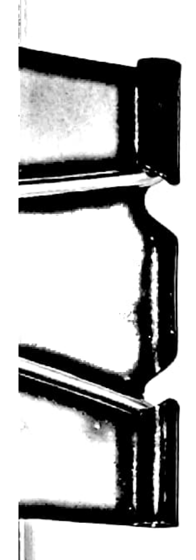


Corría el año de 1866, célebre por los acontecimientos que debían desarrollarse en el Pacífico, con motivo de la toma de las islas Chinchas por los españoles.

Por esa época llegó a la bahía de Valparaíso, entre otros buques extranjeros, una hermosa fragata de guerra francesa, que, echando el ancla allí, quedó destacada en nuestras aguas, probablemente en previsión de las graves complicaciones internacionales que nos amenazaban.

El antiguo *Café de la Bolsa*, servía en aquella época de punto de cita, a la hora de las comidas y del *cocktail*, a la juventud porteña y a los oficiales chilenos francos o de servicio que solían dirigirse a la Intendencia. La oficialidad de los buques de guerra extranjeros no dejaba tampoco de hacer su visita

al famoso *Café de la Bolsa.* Una tarde en que Baldomero Dublé Almeida, alférez de artillería a la sazón, se hallaba con otro compañero almorzando allí, o bebiendo alguna copa —no recuerdo exactamente el detalle—, entraron dos marinos del buque francés arribado la víspera, y dirigiéndose a una mesa, tomaron allí asiento.



No habían transcurrido dos minutos cuando Dublé y su compañero notaron que eran observados por los visitantes, no con el interés o siquiera curiosidad propios de militares entre sí, sino con cierta impertinencia y hasta con una sonrisita burlona, que no pudo menos de hacer subir la mostaza a las narices de los dos oficiales chilenos.

Los marinos franceses se hallaban cerca, tan cerca, que Dublé alcanzó a oir claramente de sus labios estas palabras, pronunciadas con todo socarrón y despreciativo por uno de ellos, en voz baja y en francés, idioma que él conocía tan bien como el propio:

"Regardez, mon cher, ou est venu se nicher la frange du pantalon de nos artilleurs!"

Lo que, traducido, quería decir: "Mire, compañero, dónde ha venido a parar la franja del pantalón de nuestros artilleros!"

Aludía, incuestionablemente, el que hacía la sarcástica burla, al uniforme chileno, muy parecido, en el arma de artillería, al francés, y hasta copiado. quizás, de éste, como no tendría nada de particular que hubiese sucedido.

Dublé hizo un movimiento para levantarse con el propósito de corregir al insolente, pero fue dete-

nido, no sin gran dificultad, por su compañero, que le demostró la necesidad de evitar por el momento un escándalo, en obsequio al uniforme que ambos vestían y en consideración al sitio donde se encon traban.

Pocas noches después, en el teatro principal de Valparaíso, el mismo Dublé tuvo, por segunda vez, que contenerse ante la petulancia de otro de los marinos extranjeros, que, a pesar de ser caballerescamente atendido por nuestro oficiales, no ocultaba su menosprecio por nuestro país, por sus costumbres y hasta por sus damas.



Estas impertinencias, aunque repetidas, no habían tenido consecuencia seria aún, pues los jóvenes chilenos habían resuelto no olvidar —hasta donde fuese ello posible— los deberes de cortesía a que les obligaba su carácter de anfitriones, cuando sobrevino la noticia de la toma de las islas Chinchas por la escuadra española.

Durante un té, al cual habían sido invitados los huéspedes franceses, el mismo marino del incidente del teatro, que, por lo visto, "andaba buscándole cuesco a la breva", como se dice vulgarmente entre nosotros, tuvo la indiscreción, tal vez hallándose algo bebido, de celebrar la desagradable nueva, exclamando textualmente, a pesar de haber sido llamado ya una vez al orden por el alférez Dublé: "*A la bonheure!* ¡Por fin comienza la reconquista de estos pueblos bárbaros!"

La medida se colmaba. El duelo, inevitable ya, quedó convenido allí mismo. Pero Dublé, al proponerlo, exigió que ese duelo fuera serio en absoluto.

Nada de pinchazos en la epidermis: el insulto así lo exigía.

"¡Y la réplica también!" contestó orgullosamente el marino francés, que haciendo honor, por fin, a sus galones y a su raza, aceptó de antemano y de lleno cualquiera condición.

Se eligió, desde luego, como arma, la pistola.

Pero... ¿y la policía? ¿y las leyes, tan severas en Chile, contra el duelo? Un lance a pistola no se verifica sin ruido en parte alguna del mundo.



Mucho menos podría pasar inadvertido en una ciudad tan pequeña como lo era Valparaíso entonces, máxime cuando lo motivaban causas tan notorias como el incidente recordado.

Dublé propuso resueltemente resolver la dificultad con un recurso que, al extranjero, según tuvo ocasión de manifestarlo momentos después, no pudo menos que parecerle un tanto feroz, un tanto salvaje e inusitado; pero que concluyó, no obstante, por aceptar también, ante la consideración de que se hallaba en tierra extraña, donde no le era lícito dar siquiera pretexto a que se creyese que retrocedía por pavor.

¡Era francés, era marino, y había sido sofrenado públicamente y estando de uniforme!

El lance se verificaría pues, a pesar de todo, según las "anormales" exigencias del artillero chileno: a muerte, al caer de la noche, sobre el mar, afuera de la bahía de Valparaíso y dentro de un bote — cualquiera de esas chalupas mercantes largas y angostas, pero que, en todo caso, no miden nunca más de cuatro metros de eslora.

Los duelistas debían colocarse, cada cual, en uno de los extremos de la embarcación. Se echaría luego a la suerte a quién correspondía disparar primero, ya que el disparo simultáneo, a distancia tan mínima, hubiera acarreado la muerte segura de ambos adversarios, y este sacrificio, a más de resultar estéril, tendría la desventaja de desnaturalizar la significación del lance, resumido en estas palabras: desaparecer uno de los dos.

Y todavía se convino en otro detalle más tétrico aún: el cadáver del que cayese sería atado por la cintura a una cuerda, dotada en su extremo libre de un peso suficiente para arrastrarlo al fondo del mar. De ese modo no quedaría rastro ni vestigio alguno de ese funesto lance presenciado tan sólo por los cuatro testigos de rigor.

Así se concertó.

"¡Duelo absurdo, sin embargo, duelo a la Araucana!" había observado nerviosamente el marino francés, como para dejar constancia de una protesta destinada a "salvar las formas".

"¡Duelo a muerte, verdadero duelo!" se limitó a replicar, impasible e implacable el oficial chileno.



Aquella misma tarde, a no larga distancia de la sombría silueta del navío de guerra francés, sobre cuyos masteleros blanqueaban inmóviles las jarcias enrolladas y las telas recogidas, a la vez que sobre la superficie de las aguas, rizadas apenas por una suave brisa, rielaban todavía en vibraciones de fuego los últimos reflejos de un sol de Otoño, deslizóse inadvertido el bote trágico, sobre el cual los dos duelistas

acompañados por sus padrinos —quienes hacían a la vez de fúnebres remeros —iban a tomar la posición pactada...

Un momento más, y el bote se detiene. Dos formas humanas se incorporan entonces. dirígense a los extremos opuestos de la embarcación e irguiéndose luego allí como esos marineros venecianos que, en la popa el uno y en la proa el otro, gobiernan sus góndolas en medio del silencio de las agua dormidas del Adriático, quedan un momento inmóviles y en actitud espectante...



Resuenan tres palmadas y luego el eco de un tiro... otro en seguida.

Una de las siluetas abre desesperadamente los brazos, vacila un segundo y cae pesadamente. Momentos después, el cadáver desaparecía en el mar, como había quedado convenido.

¡La suerte, justiciera en tal ocasión, había sido propicia al provocado...!

La embarcación pone proa hacia tierra. Una vez llegada al muelle, los tripulantes franceses —marinos ambos y compañeros del que ha caído en el lance— reembárcanse sin pisar tierra, en un bote propio que les aguarda atracado a las gradas de aquél y se hacen conducir a bordo de su buque.

Este leva anclas antes del amanecer y desaparece.

Su comandante, sin esperar la llegada de luz del día, resolvió, sin duda, hacerse a la mar en medio de las sombras de la noche, considerando que, dados

los antecedentes del fatal e inevitable caso —antecedentes que sus oficiales debieron comunicarle con todos sus detalles— la resolución de ahogar aquél en el silencio era el único partido razonable, sobre todo cuando las circunstancias del hecho no daban lugar ni a reclamaciones ni a represalias.*

Diego, el otro hermano, era poseedor de una medalla otorgada por la reina de Inglaterra, con motivo de un acto humanitario grande y hermoso, llevado a cabo por el distinguido artillero, también en su juventud, en las costas de Chile, a bordo de un



* Sólo en detalles tengo que rectificar hoy esta relación. Debo esos detalles a la gentileza del propio hijo del protagonista, don Diego Dublé Urrutia, secretario de nuestra legación en Austria y poeta ya ilustre. Escrita esta parte de mis recuerdos, quise confirmar, veinte años después, los datos que poseía por simple tradición familiar, como lo he dicho, y me comuniqué en tal sentido con el joven Dublé. He aquí algunos párrafos de su carta íntima. Me perdonará el que los publique en obsequio al interés que entrañan:

La historia anecdótica de ambos hermanos Dublé Almeida, que vivieron unidos por una fraternidad extraordinaria, ha continuado confundiéndose después de muerto mi padre en Chorrillos. Mi padre, como usted sabe, murió muy joven, pero no sin dejar recuerdos personales, algunos de los cuales, como el legendario duelo, han pasado a la tradición.

En cuanto a las anécdotas que corren en Chile sobre la vida juvenil de ambos, están mezcladas de errores y confusiones, pero todas son en el fondo verdaderas. El duelo, pues, corresponde efectivamente a mi padre... Y aquí una explicación.

Una vez en alta mar, los remeros del bote, en que debía llevarse a efecto el duelo, se metieron debajo del banco; al francés, como de más alta graduación, se le cedió la popa, y mi padre ocupó la proa, que es, sin duda, la parte más incómoda de un bote. La chalupa con los padrinos se alejó un poco y se dio orden de disparar. Designado el francés por la suerte, disparó primero, exclamando con un gesto a la francesa: "Así tira un francés". La bala rozó el kepis de mi padre, porque ambos duelistas habían conservado su cubrecabeza. "Así tira un chileno", exclamó a su vez mi padre, y su bala fue a herir al teniente entre los ojos, matándole en el acto. Volvieron las chalupas al puerto, pasando ante el buque de guerra

buque de marina mercante británico, en beneficio de un súbdito de la misma nacionalidad.

Siendo Dublé pasajero en dicho buque, y hallándose un día sobre cubierta, ya en alta mar, oyóse de súbito el grito aterrador de ¡hombre al agua!

El vapor marchaba a toda fuerza de máquina, ocho o diez nudos en aquel tiempo. La víctima era una linda criatura de cinco años de edad, caída al mar durante un fuerte balance y mientras jugaba con ella el médico de a bordo, muy cerca de un portalón y a corta distancia del sitio donde Dublé, sentado en un sillón de hamaca, leía tranquilamente.



francés, que ya tenía sus fuegos encendidos, para dar parte del hecho y dejar a los testigos del muerto. El comandante guardó a mi padre, que subió a bordo, toda clase de consideraciones. Lo invitó a asilarse en el buque y a partir con él, porque se temía que, una vez sabedor el Gobierno de lo acontecido, pudiera perseguirse al duelista.

Le ofreció asimismo una copa de coñac; pero mi padre, aunque terriblemente impresionado por la tragedia, no aceptó ni el asilo ni la copa, dando por ello las gracias.

El buque levó anclas de allí a poco.

El secreto no había trascendido al público, hasta que la aparición inesperada del cadáver, al tercer día, vino a hacer pública la tragedia en Valparaíso. Hubo que enterrar el cadáver con los honores del caso. El pueblo, las señoras, el ejército, todo el mundo, se puso de parte de mi padre, aunque se le cambió de guarnición mandándosele a Ancud, donde se ocupó durante algún tiempo en dibujar y levantar los fuertes del puerto.

Desde ese día, este duelo sin precedente pasó a la tradición y leyenda popular, las cuales lo adornan a su antojo, ignorantes como han estado siempre de los detalles del suceso.

El efecto producido en mi padre —que era todavía un muchacho— por esta tragedia fue enorme.

Cambió de carácter, transformándose instantáneamente en un hombre reposado y prudente. Nunca conversó con ningún extraño de este asunto. Durante los años de matrimonio de mi madre jamás le habló de su duelo, que ella ignoró siempre, hasta después de la muerte de su marido.

Yo mismo lo he sabido por la voz pública en los colegios o en las reuniones populares a que he sido aficionado cuando muchacho.

Sólo hace un año le oí contar a mi tío Diego, los detalles verdaderos.

Al desaparecer el niño, el doctor, que no sabía nadar, perdió la cabeza, atinando sólo a echar a correr dando voces despavoridas de auxilio.

Dublé Almeida, excelente nadador, no vaciló un segundo: arrojó al puente su chaqueta, deshízose de sus botines y de un salto se lanzó al mar.

Cuando al cabo de cinco minutos pudo, por fin, detenerse el vapor, los náufragos se divisaban atrás a larga distancia...

Se había preparado, entretanto, un bote, pero no sin que esta operación hiciese perder algunos momentos más, — momentos de angustia suprema, sobre todo para la pobre madre del chico, que loca de dolor lanzaba gritos desesperados.



Los remeros, después de prolongada y vigorosa brega contra el oleaje contrario, lograron llegar hasta donde, jadeante ya, extenuado por el esfuerzo inaudito, se hallaba el arrojado nadador, bregando a su vez, pero con la cabeza de la criatura sostenida triunfalmente a flote, fuera del agua, merced al abundante cabello por el cual la tenía asida.

El ropaje suelto del niño, inflado un tanto por el aire, el caer éste al agua, había contribuido a sostener el cuerpecito durante algunos instantes, dando lugar a que su salvador pudiese desde los primeros momentos arrebatárselo al abismo.

Terminado el viaje y una vez ya en tierra, la alborozada madre y el atribulado doctor pidieron juntos la *"Victoria Cross"* —si no me equivoco— para el bizarro oficial chileno, distinción que, como queda dicho, le fue otorgada.



De Iquique a Pacocha

El 23 de diciembre ocupamos el puerto de Iquique, abandonado por su guarnición y autoridades, después de las noticias del desastre de Dolores.

Los cónsules extranjeros, reunidos en junta, se habían trasladado la víspera a bordo del *Cochrane*, buque bloqueador, con el objeto de hacer entrega formal de la población.

Inmediatamente se dispuso que un batallón de nuestro regimiento se trasladase allí, con el objeto de custodiar la plaza y mantener el orden, durante la proclamación de las nuevas autoridades chilenas.

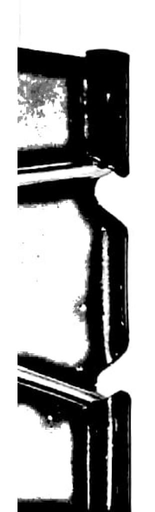
El caballeresco capitán de navío D. Patricio Lynch, quedó designado como Jefe Político y Comandante General de Armas.

¡Iquique! ¡Con cuánto orgullo hicimos flamear allí nuestra bandera!

La misma población, que había contemplado ensoberbecida el hundimiento de la corbeta *Esmeralda*, veía ahora, respetuosa y humillada, relucir por primera vez los botones amarillos de estrellas chilenas sobre las casacas del regimiento de idéntico nombre, cuyos oficiales y soldados acudían a estrechar entre sus brazos a los heroicos sobrevivientes de la gloriosa nave. Sólo el día anterior habían po-

dido ser arrancados por sus propios camaradas —los marinos del *Cochrane*—, de los inmundos calabozos en que se les tuviera hasta entonces.

Lo primero que hicieron nuestras autoridades fue dirigir una proclama a la tropa y un bando al pueblo. En ambos documentos se recomendaba el mayor orden, la disciplina más absoluta, con el objeto de exhibir una muestra elocuente de nuestra cultura y nuestra civilización.



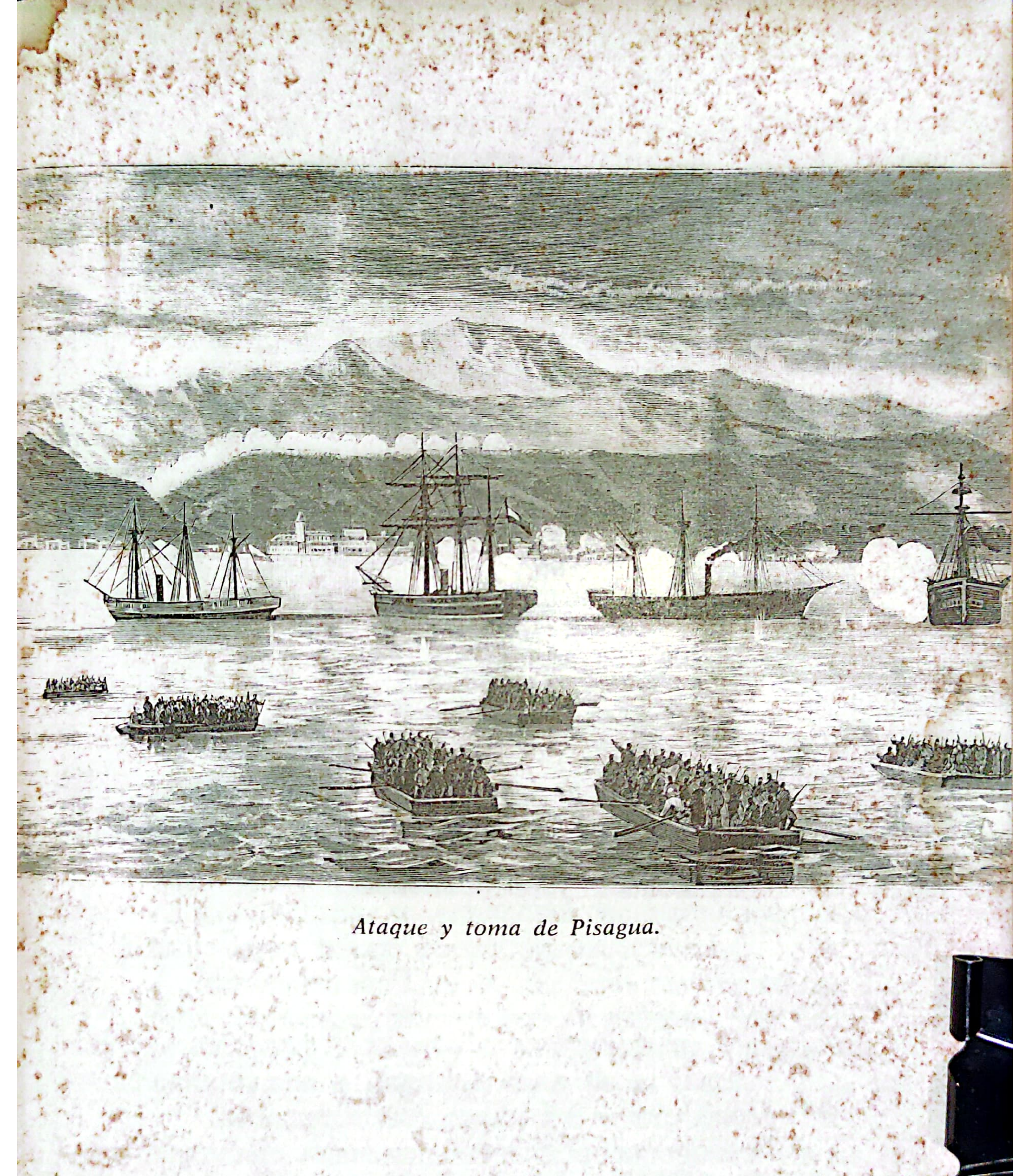
El señor Lynch —que poco después debía conquistar tanta gloria en el ejército por sus actos— comenzó a demostrar desde aquel momento, y con aplauso general, su espíritu organizador, su tacto, su energía, sus altas cualidades de jefe. Durante nuestra permanencia en Iquique se le hicieron con tal motivo repetidas manifestaciones de simpatía, demostraciones que él recibió con aquella actitud deferente, pero desinteresada, que le era peculiar.

Entre los extranjeros que residían en Tacna tuve la suerte de encontrar a un matrimonio inglés, Mr. y Mrs. Ryder, respetables comerciantes que durante largos años habían vivido en Chile y a quienes conocía yo con cierta intimidad.

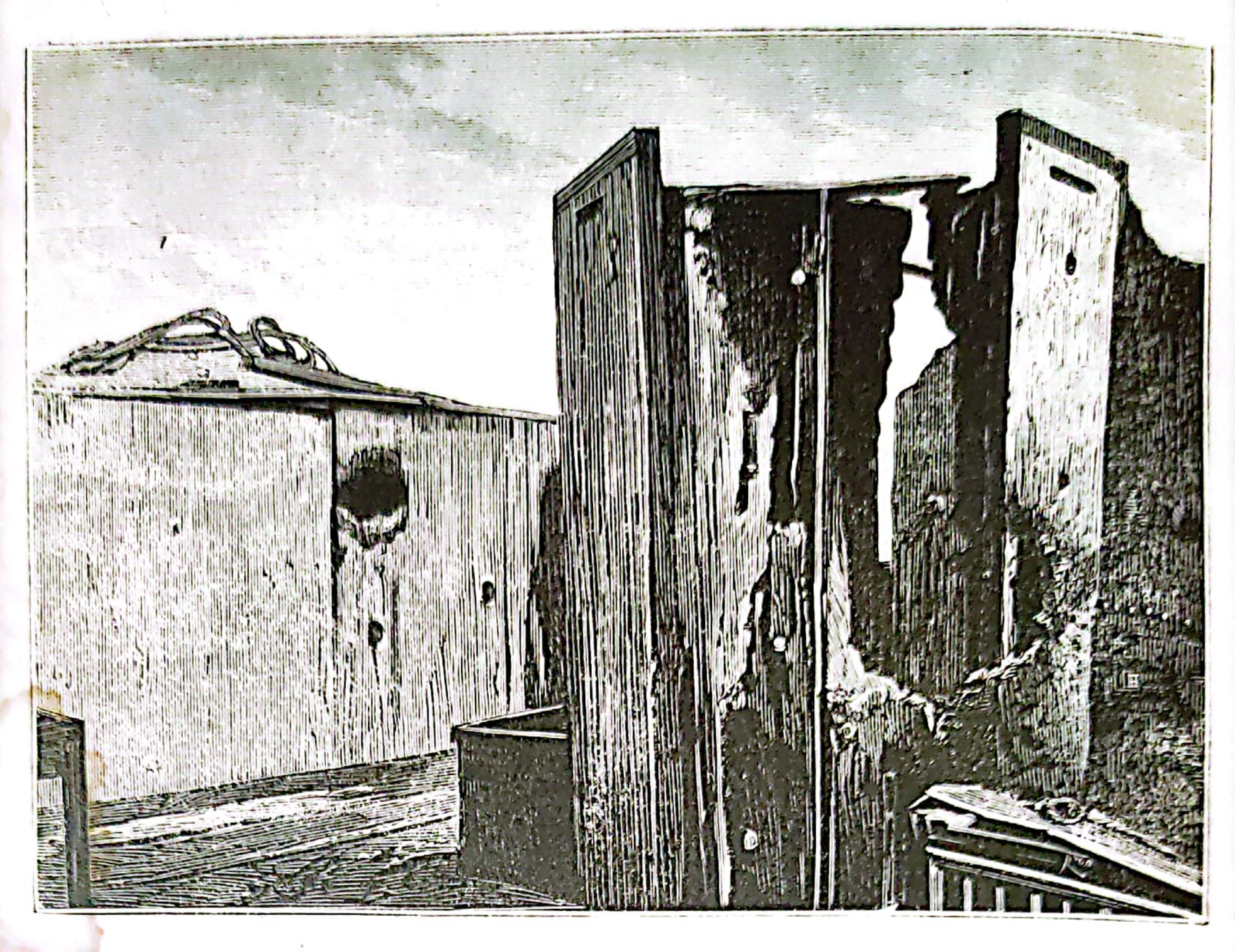
Difícil me sería describir el entusiasmo de estos viejos a la vista de nuestros soldados. Habían presenciado desde la azotea de su casa el combate y hundimiento de la *Esmeralda*, cuyos detalles me repetían con lágrimas en los ojos.

El teniente Simpsón*, del *Cochrane*, conocía

* Hoy Almirante.



Ataque y toma de Pisagua.



El Huascar en Valparaíso, después del combate, semi destruido.

también mucho a estos honrados extranjeros y los visitaba a menudo conmigo.

"*¡Chile, Chile! ¡for ever!*" — era la exclamación favorita de Mr. Ryder, cada vez que juntos alzábamos una copa en recuerdo de la tierra querida.

Los rastros dejados por la permanencia del ejército peruano no se habían borrado aún. El más evidente era la desmoralización de las costumbres. Una plaga —plaga en todos los sentidos— de mujeres de mala vida, infestaba la población. Porta-estandarte de éstas era la famosa Anita Buendía, linda chilena de 18 años de edad, llamada así en recuerdo del famoso general de este apellido, cuya pasión por la muchacha se hizo célebre, al punto de haberla explotado en descargo de la derrota enemigos políticos de aquel personaje, dentro de su propio país, muy particularmente algunos corresponsables en campaña.



Estos aseguraban que Anita era nada menos que espía de nuestro ejército y que el general Buendía, reblandecido por la edad y por los vicios, fue durante largo tiempo su víctima inconsciente.

La verdad del caso es que Anita no sólo no negaba su antigua relación con el general, sino que se enorgullecía de ella, si bien resultaba innegable también que la chica era digna de su fama.

Linda, picaresca, vivaracha y provocativa, hubiera sido capaz de trastornarle los cascos al mismísimo ejército de Godofredo de Bouillón, con toda la austeridad de su destino.

Las noticias del combate de Tarapacá vinieron a

perturbar durante algunas horas nuestras juveniles alegrías de cuartel y nuestro orgullo de "invencibles".

Los primeros rumores se referían a "una sorpresa de consecuencias graves". Pero pronto supimos la verdad: el resultado del combate de Tarapacá —no tan brillante como el de Dolores— estaba sin, embargo, muy lejos de significar una derrota. Retiradas en orden nuestras fuerzas, después de resistir horas enteras contra un enemigo muy superior en número, la impresión que nos quedó definitivamente en el ejército fue la de un sangriento drama de la guerra, con actos de heroísmo sublime, seguidos de pérdidas dolorosas.



La del comandante del 2º *de línea,* don Eleuterio Ramírez, nuestro "bravo entre los bravos", fue sobre todo muy sentida.

Los españoles residentes en Iquique nos dieron pruebas de confraternidad que no es posible pasar en silencio y que el señor Lynch tomó en cuenta muy especialmente. Ellos fueron los promotores más decididos de esas demostraciones de respeto y de buen propósito que tienden a suavizar asperezas y facilitar la acción de los que hacen la guerra con el propósito sincero de llegar a la paz. Ellos, los españoles, dieron cristiana y digna sepultura a los restos de Prat y sus compañeros, y con su eficaz concurso contribuyeron constantemente a mantener el orden.

Haciendo honor a la tradicional hidalguía y generosidad de su raza, supieron, los que eran comer-

ciantes, mostrarse honrados y justos en los beneficios a que lícitamente creían deber limitarse cuando se trataba de vender artículos de diverso género a nuestros soldados, conducta que contrastaba singularmente con la de mercachifles de otra nacionalidad, establecidos allí como verdaderos vampiros...

Pero, todo eso ha pasado ya y mejor será hoy no menearlo.

Así termina el mes de noviembre.

Los primeros días de diciembre nos traen dos ecos de bulto. ¡Prado, el Presidente del Perú, ha huido vergonzosamente a Europa, abandonando el campamento de Arica! Piérola, nuevo "Bonaparte" aparece entonces en la escena, y con un gesto olímpico recoge para sí la corona de los Incas, que ha rodado por el suelo, proclamándose, *ipso facto*, "Protector de la Raza Indígena".



Su lema será: "Guerra a muerte a los chilenos bandidos".

Diez días después el contraalmirante Montero, para no ser menos, y en su afán de soplarle la dama a su compadre boliviano Daza, con el propósito evidente de gobernar solo en el campamento aliado de Arica, maniobra de tal modo y tan bien que, al llegar Daza de Tacna, se encuentra con que ha sido reemplazado en el mando supremo, no sólo "aquende" sino también "allende".

El único derecho que le queda es el de pataleo, al cual se entrega en cuerpo y alma.

Se susurra, sin embargo, que Campero, proclamado Presidente provisorio de Bolivia, saldrá de La

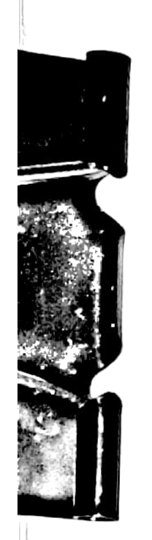
Paz a poner las cosas en orden y a Montero en su sitio.

Veremos.

Y "vemos" en efecto: no tardan en precipitarse los sucesos. Campero llega y asume el mando en jefe.

Tendremos, pues, que habérnoslas —según es fama— con un verdadero general en lo futuro. Dícese que Campero es ilustrado, hábil y enérgico.

Otra vez: veremos:



El año de 1879 termina, por fin, pero no con él nuestras impaciencias.

¡El momento de combatir no llega aún para nosotros! Nuestro regimiento se halla convertido, sin embargo, por su instrucción, su disciplina y su marcial talante, en un verdadero cuerpo de línea, reputado ya como uno de los mejores del ejército.

Nuestros ejercicios llaman la atención de nacionales y extranjeros, por la seguridad, la precisión en los movimientos, el bizarro aspecto de la oficialidad y de la tropa, el intachable pulimento de las armas y la limpieza del uniforme, llevado por nuestros soldados con corrección tan rigurosa que el ojo más exigente no podría descubrir en él la menor falta, ya sea en el conjunto, ya en los detalles.

Cada uno de nosotros se esmera en rivalizar en este sentido y en exhibir, ante la inspección del jefe inmediato, su mitad, su compañía, su batallón o el regimiento todo como modelo en su género.

Una sola nota discordante había venido en cierta ocasión a perturbar toda esta armonía.

La narraré aquí detalladamente, no por lo que tiene para mí de personal, sino para probar cuán estricta era la severidad de nuestros jefes y, también, para demostrar al final de la narración, cuánta hidalga nobleza hay en el alma del soldado nuestro y en qué grado sabe éste apreciar, pasado el primer momento de fiereza irreflexiva, el verdadero sentimiento de justicia.

Me hallaba yo de guardia un día, cuando, al amanecer y poco antes de diana, se me presentó al cuarto de banderas de mi compañía, muy emocionado, un sargento para prevenirme que había "conato de sublevación en las cuadras" y que el movimiento —empezado en mi propia compañía y encabezado por el soldado Francisco Canchú, cuya reputación de díscolo, poco sobrio y altanero eran proverbiales—, amenazaba cundir y tomar proporciones alarmantes.



El pretexto era el rancho y quejas relativas a él, expuestas en forma de sordas murmuraciones desde días atrás por los más descontentadizos, y sobre todo, por Canchú, que en esos momentos aconsejaba en alta voz la resistencia formal y absoluta a seguir recibiéndolo.

Es de notarse que, por aquellos momentos, tropezaba nuestra Intendencia General con grandes dificultades para procurarnos víveres frescos, por motivos plenamente justificados y que habían entorpecido momentáneamente el funcionamiento normal del servicio de transportes.

Me trasladé en el acto a la cuadra designada y

me encontré con que allí se preparaba un verdadero motín.

Sin perder tiempo hice formar desarmada a la tropa, avanzaron los cabos al frente, varilla en mano y, después de identificar al promotor principal del desorden (que habría podido tener consecuencias fatales para la disciplina del cuerpo, sino se le hubiera sofocado en el acto), hice aplicar a Canchú, por cuenta propia y bajo mi grave responsabilidad de subalterno, cincuenta azotes, ya que no había tiempo para aguardar órdenes superiores, dada la circunstancia de que a esas horas me hallaba yo como oficial de guardia y único responsable de la tranquilidad del cuartel.



Los jefes y la mayor parte de los capitanes, como acontece en guarniciones improvisadas, no tenían alojamiento, por falta de acomodo, allí, y se hospedaban en la vecindad, en distintas casas u hoteles.

El enérgico correctivo produjo el efecto moral deseado en la tropa que lo presenció, dominada, aunque nerviosa.

Pero no así en el culpable, quien, después de recibirlo, protestó entre dientes, irritado y altanero, murmurando, en voz perfectamente perceptible, que el castigo no le hacía variar de opinión.

Otros cincuenta varillazos concluyeron por hacerlo entrar en vereda.

Pero no quise disolver la formación: hice bajar la compañía al gran patio del cuartel y la dejé allí de "plantón" a cargo de sus sargentos, mientras mandaba el parte detallado del caso a mi jefe inmediato,

para que éste lo transmitiera a su vez a la superioridad.

No habían transcurrido veinte minutos después del toque de diana, cuando se presentaron el comandante y el coronel — este último, según su temperamento, sobremanera irritado y nervioso.

Sin decirme una palabra sobre el asunto, y después de haber oído de mis labios la confirmación del parte, el coronel ordenó al corneta que tocara a reunión, y una vez listos los oficiales, hizo formar el batallón íntegro, con sus armas, en el vasto patio, donde se hallaba aún de pie la compañía, en cuyo seno había brotado el conato de sublevación.



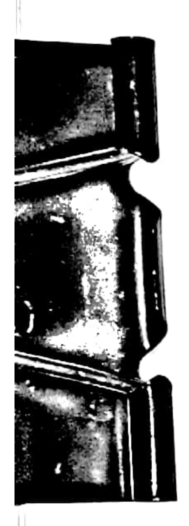
En presencia entonces de los oficiales de servicio arengó a la tropa con voz sonora y vibrante, condenando el hecho y no sólo aprobando en absoluto mi actitud, sino disponiendo que el insubordinado cabecilla y sus cómplices avanzaran al frente para recibir otros cincuenta varillazos "por cuenta del señor coronel".

Concluyó manifestando que a la primera tentativa de motín haría formar consejo de guerra "sobre el tambor" al culpable o los culpables, para que fueran inmediatamente pasados por las armas.

Tal fue el único desorden que tuve ocasión de presenciar en el regimiento durante los dos años y medio de mi permanencia bajo su glorioso estandarte.

La reflexión respecto a la grandeza de alma de nuestro *Roto*, prometida para el final de este capítulo, quedará suficientemente anunciada con la simple

mención del detalle que la motiva: ese mismo Canchú que en los primeros instantes de irritación y de despecho había jurado ante sus camaradas —sin que, por lo que a mí respecta, atribuyera yo mayor importancia a la denuncia— había jurado que me fusilaría por la espalda en la primera batalla, fue quien, por lo contrario, como se verá más adelante, acudió al final de ella en mi auxilio, cuando extenuadas ya mis fuerzas por el cansancio, después de cuatro horas de marcha y otras tantas de incesante lucha, desfallecía ya, por fin, en una hondonada solitaria y desierta, quedando tendido en el suelo, a merced de una bala cualquiera, enemiga o traidora.



Primera Expedición

Campamento de Pacocha

En el mar, 24 de Febrero de 1880.

¡Por fin estamos en marcha!

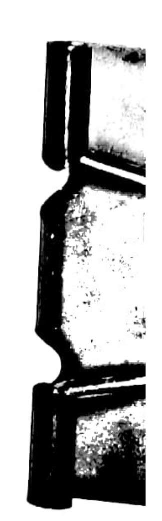
Después de los largos meses de guarnición en Iquique, entramos ya de lleno en las operaciones militares.

Hoy se ha embarcado el ejército expedicionario, compuesto de catorce mil hombres, más o menos, de las tres armas.

Ocupan los diversos batallones y regimientos dieciséis navíos, que navegan en convoy, resguardados por los acorazados y las corbetas de la escuadra. Nosotros vamos en el Loa.

El rumbo que llevamos es constante y, al decir de los marinos, el más seguro y directo para llegar al puerto de Pacocha, donde debemos efectuar el desembarco.

El reconocimiento practicado por el coronel Martínez ha debido manifestar a los generales peruanos cuál será el punto elegido por los nuestros para preparar la expedición a Tacna. Nada sabemos aún sobre el número y calidad de las tropas que defenderán las costas rechazando nuestro asalto. La opi-



nión más general es, sin embargo que nos opondrán sólo una débil resistencia sostenida por avanzadas, las cuales se retirarán después para reunirse al grueso de su ejército.

La animación y el entusiasmo son grandes entre los soldados, ansiosos ya de recibir su bautismo de fuego: todos deseamos que se nos dispute el desembargo y aprontamos nuestro ánimo para imitar el arrojo de los asaltantes de Pisagua. El tema de las conversaciones es el próximo encuentro, y nuestro único anhelo divisar por fin los uniformes enemigos.



26 de Febrero de 1880.

Son las tres de la tarde.

En este momento el convoy, muy cercano a la costa, pone proa hacia tierra, y el Blanco Encalada, *que ha avanzado gran trecho, toma posesión de la bahía de Ilo.*

Un cuarto de hora después llega al Loa *la orden de enviar a tierra un piquete del* Esmeralda, *que llevará la misión de explorar la costa, escalar los cerros y plantar allí nuestro pabellón.*

Todos nos precipitamos al frente, solicitando de nuestro querido comandante Holley el privilegio de llevar a cabo tan tentadora comisión.

Resulta favorecido por la suerte Martiniano Santa María, el distinguido y bizarro teniente de la cuarta compañía del primer batallón.

Se le ve radioso saltar al bote y tomar su puesto allí con diez soldados que le acompañan. A poca distancia se le reune otro bote tripulado por gente

del Blanco Encalada, *desprendida casi al mismo tiempo del costado de la nave capitana, Ambos bogan aceleradamente hacia la costa.*

Con los anteojos de larga vista examinamos la playa y las elevadas colinas que forman el puerto y no distinguimos señales de tropas peruanas. Todo anuncia que nuestras esperanzas serán defraudadas de nuevo y que el desembarco y posesión de la plaza se hará tranquilamente, como en Iquique. Las pérdidas ocasionadas por la resistencia de Pisagua han debido probar al enemigo que más le vale presentar resistencia con el grueso de su ejército. De esta opinión son los jefes del buque y los del regimiento embarcado.

Una hora más tarde.

¡Abandonada! ¡La plaza se halla abandonada! Martiniano Santa María ha plantado el pabellón nacional sobre el más alto de los morros y se procede al desembarco que se lleva ordenadamente a término.

Nótase en la tropa el descontento ocasionado por una ilusión perdida. ¡Todos hubieran deseado un triunfo menos fácil!

Una vez en tierra, protegido por la escuadra, nuestro ejército se instalará y levantará allí su campamento.

¿Cuándo comenzará la marcha por el desierto? Ninguno de nosotros lo sabe aún.

Con motivo de haber trascurrido muchos días sin que nuestras divisiones abandonaran su última ins-

talación e ignorantes nosotros los subalternos de los planes de los conductores de la guerra, comenzamos por tratar de hacer lo más llevadera posible la vida de nueva guarnición que el estado de cosas nos imponía.

Nos hallábamos en un puerto miserable y privado de los recursos más indispensables. En efecto, el pueblecillo de Pacocha no merece ni el nombre de tal: sóbrale el de villorrio o caserío.

A nuestra llegada entrábamos como en una ciudad de muertos: ni una sola de las casas estaba habitada, de modo que los regimientos hospedáronse en ellas de rondón. El sólo edificio medianamente importante era el ocupado por el general en jefe y su séquito.



Sometidos a la abundante, pero poco variada ración de campaña, carecíamos en absoluto de los placeres de la mesa, que por primera vez echábamos de menos. ¡Ni *restaurants*, ni fondas, ni siquiera la más ordinaria de las *cocinerías* en qué regalar el paladar con algún plato nuevo! Nuestra cocina era servida por los *asistentes*, convertidos a la vez en panaderos y lavanderos, pues en muchas ocasiones no nos era posible obtener en tiempo oportuno el "amasado" del ejército.

¡Primeras privaciones y primeros sufrimientos!

El tiempo iba a deslizarse otra vez entre ejercicios militares y monótonas guardias de cuartel, que harían más pesados aún los insoportables calores de la estación en aquella atmósfera siempre ardiente e impura.

El día 28 vimos con sobresalto, que la *Magallanes* entraba al puerto con bandera a media asta, señal de mala noticia.

Poco después supimos lo ocurrido.

El bravo comandante Thompson había sucumbido heroicamente combatiendo con el *Huáscar* contra las fortalezas de Arica.

Temerario, como siempre, quiso acercarse tanto a ellas que una bala enorme de cañón lo arrolló, arrojando su cadáver destrozado al mar.

La espada que llevaba al cinto quedó profundamente incrustada de punta en las planchas de madera de la cubierta, en el sitio mismo que ocupaba el Jefe cuando fue azotado por el proyectil.

Esta pérdida, como es natural, nos emocionó grandemente. Thompson era otra de las figuras de leyenda de nuestra tradición militar.

Joven aún, hermoso de figura, alto, fornido; de ojos claros, grandes y serenos, a pesar de la firmeza de la mirada, recuerdo que cuando le ví y hablé por vez primera, una tarde en Iquique, a bordo del *Amazonas*, en cuya cubierta se hallaba, de pie, apoyado sobre un mástil, con la gorra del uniforme echada atrás sobre el cabello rubio y abundante, me hizo el efecto de uno de esos Wikings descritos en el Edda escandinavo, no sólo por la gallardía del talante, sino también por la altivez del ademán, por cierta brusquedad soberbia —ruda pero franca— que sentaba bien a su tipo especial y al rango que ocupaba a bordo.



Los meses de marzo y abril nos parecieron eter-

nos. Acampados al pie de montes de arena, que daban principio a un desierto de desesperante aridez, nuestra vista carecía por completo de la delicia, no comprendida hasta entonces, de poder posarse sobre las verdes alfombras de la campiña y las hojas de los árboles.

¡Ni un helecho, ni una flor, ni el más pequeño vestigio de vegetación!

¡Cómo pensaba yo en aquellos momentos en los lindos paisajes ofrecidos a cada paso por los hermosos campos de la patria lejana! No podía darme cuenta del por qué hasta entonces, viviendo la vida de las grandes ciudades, no había notado jamás la falta que hace al hombre la contemplación de las lozanías de la naturaleza. ¡Preciso era vivir en el desierto, respirar el aire seco y quemante de sus arenas para sentir la sed del perfume refrescante de una flor y la brisa embalsamada de una tarde de primavera!



Nuestros temas de conversación, agotados casi, por la falta de variedad en los acontecimientos, no nos distrían ya. Sabíamos de memoria, a fuerza de leerlos, los pocos libros, propios y ajenos, que lográbamos tener en las manos; de suerte que la llegada de los periódicos de la patria, con la correspondencia de la familia, era un acontecimiento colosal que nos volvía locos de placer a la vez que nos prestaba materia para unos cuantos días de charla. Pero ¡ay! esta satisfacción no nos visitaba, por desgracia, con frecuencia y apenas si cada semana nos era dado saborearla una sola vez.

Volvían a ponernos nerviosos de vez en cuando las correrías de la *Unión*, sus entradas furtivas a los puertos ocupados por nuestras armas, semejantes a las del zorro que aprovecha de la oscuridad de la noche y del sueño del gallinero para robar un pato o comerse un pollo.

Pero el hecho es que nos molestaban y que tales "hazañas" —la de Villavicencio sobre todo— contribuían a llenar de júbilo y a envalentonar a nuestros enemigos.

En los días más insoportables de calor y de fiebre, recuerdo que solíamos reunirnos en grupo de amigos bajo las tiendas de campaña y allí tratábamos de inventar algo que pudiera distraernos. Las ideas más locas y más peregrinas se nos ocurrían entonces, y era de verse cómo celebrábamos hasta lo más trivial y ridículo.



Convertidos en verdaderos colegiales, nuestros gustos hacíanse pueriles, de suerte que nos acontecía lo que al prisionero que tras largos años de calabozo encuentra placer en la observación del objeto más insignificante: una piedra de la muralla que se va desgastando, un insecto que trabaja su agujero o, como *Picciola* en el delicioso romance de Saintine, una flor que crece entre las rendijas del pavimento.

Por eso no es de extrañarse que al fin jugáramos, como los muchachos, a *las sesiones de congreso* o al *cargaburro,* faltándonos poco para entretenernos con soldaditos de plomo, ¡que hasta ese recurso hubiéramos tentado si le tuviéramos a mano!

Como prueba de ello, voy a consignar aquí, a

la manera de anécdota, un recuerdo que dará mejor idea de lo que digo:

Entre las circunstancias que hacían más insoportable aún nuestro campamento de Pacocha, destacábase como muy principal la de una horrible plaga de moscas y mosquitos que poblaban el aire en tan enorme cantidad, que durante las horas más ardientes del día penetraban por millares en nuestras tiendas y nos mortificaban de mil maneras, especialmente en la comida, en el sueño de la tarde y en la lectura.



Al caer de la noche, afortunadamente, se recogían, pero sin abandonar el interior de las tiendas. En el estrecho espacio superior de la tela que, como se sabe, tiene generalmente la forma de un cono, se reunían agrupados en masa compacta, haciendo el efecto de tapizar de negro toda esa región.

Por supuesto, que era este momento el elegido para nuestra venganza. Cerrando herméticamente la entrada de la tienda, nos armábamos de uno o dos periódicos, a los cuales poníamos fuego, suspendiéndolos hasta mitad de la altura sobre al punta de los sables. Esta sola operación bastaba para hacerlos caer al suelo a nuestros enemigos, mutilados y, por consiguiente, sin medios de escaparse. Allí eran barridos por los asistentes y arrojados al exterior, donde quedaban sepultados por la arena, quemante aún. ¡Horrible suplicio, digno de los tiempos de la Inquisición, pero que no alcanzaba, por cierto, a igualar a las torturas que ellos durante todo el día nos habían hecho sufrir...!



Eleuterio Ramírez.



ARICA. — *La corbeta "Unión" fuerza el bloqueo del puerto el 17 de marzo de 1880.* — *Unión* y *Manco-Capac* (peruanos). — *Huascar* y transportes chilenos. — *Lord Cochrane.* — Buques neutrales. — Baterías del Morro. — Lanchas desembarcando pertrechos. — Aduana. — Isla Alacrán.

Pero estos recursos extremos no bastaban: al día siguiente el suplicio era aún mayor, pues el número de los enemigos parecía aumentar. ¿Qué hacer en tales circunstancias? Nuestros medios de defensa no nos bastaban, de modo que la derrota sería segura. Forzoso era a toda costa arbitrar medidas supremas.

"¡Un congreso extraordinario!", nos dijimos. "¡Preciso es convocar un congreso que discuta el punto y dicte alguna medida salvadora!"

La idea pareció perfecta y fue aceptada por unanimidad. Una hora después se ponía en ejecución.

Los damnificados por la invación acudieron graves y silenciosos y tomaron sus asientos. Constituyóse rápidamente la mesa directiva, compuesta, como de ordinario, de presidente, secretario, redactor, etc.; abrióse solemnemente la sesión, un orador pidió la palabra y empezaron los discursos.



En el momento que escribo tengo aquí sobre mi mesa el extracto de esas piezas curiosas, que he conservado con la escrupulosidad digna de archivo tan original. Al pasar mi vista por ellas las celebro aún y río como reía entonces cuando, haciendo a la vez de taquígrafo y redactor de sesiones, las iba anotando.

En medio de lo burdo de la forma, dictada por el más grotesco de los asuntos, ¡cuánto rasgo chispeante, cuántas ocurrencias saladas, con no escaso acopio de reflexiones verdaderamente inteligentes no hallaría quien, como yo, pudiera leerlas...! Pero no: para apreciar esos discursos se necesitaría conocer

el carácter y las genialidades de quienes los pronunciaban, el recinto en que se celebraba la sesión y, en fin, haber presenciado aquella reunión de una docena de jóvenes, entre los cuales once a lo menos tenían talento, reunión propia de muchachos y que, por unos de esos caprichos de la índole humana, ocasionaba en aquel momento de ocio supremo placer positivo a hombres cuya solemne misión les tenía allí agrupados para jugar muy en breve la más seria de las partidas! Sin su color local, sin el marco especialísimo que lo encerraba, aquel cuadro no tendría, por tanto, el atractivo que yo solo puedo ahora encontrarle. Me limitaré, sin más detalle, a declarar que, terminado el interesante debate, en el cual lleváranse la palma los oradores Martiniano Santa-María, Joaquín Pinto Concha y Juan de Dios Santiagos —el primero como el último muertos víctimas del deber en aquella misma campaña—, fue adoptado por aclamación el proyecto de Pinto, que obtuvo, por tanto, el premio.

Estas y otras candideces por el estilo sirviéronnos en muchas ocasiones para matar el tiempo. La suprema ley del aburrimiento, como lo he dicho, imponía a veces recursos que en cualquiera otra circunstancia habrían parecido absurdos y ridículos.

La Noticia de una Victoria



El valle de Moquegua, explorado poco antes por el coronel D. Arístides Martínez, era, al decir de los que lo conocían, un deliciosísimo oásis en aquel desierto implacable.

Sin embargo, se tenía por muy peligroso aventurarse en él sin haberse rodeado antes de mil precauciones. Aparte de las probables emboscadas, la tropa destinada a cruzarlo debía temer la falta de abrigos y tiendas. En toda esa región el aire que se respira, mezclado con las emanaciones envenenadas de la selva y sus pantanos, ocasiona esas terribles fiebres palúdicas llamadas *tercianas*, enfermedad tan cruel como rebelde a todos los tratamientos.

En aquellas circunstancias hablábase, no obstante, del valle de Moquegua y de la ciudad del mismo nombre como de una tierra de promisión. Sabíase que la vegetación, abundante, rica en frutas y legumbres de diversas especies, brindaba a los vencedores mil promesas que significarían el fin de las penalidades por entonces.

Pero no se podía llegar definitivamente a Moquegua, defendida por un respetable ejército, sin apoderarse antes de la llave de la ciudad: la formi-

dable posición de los *Angeles.* Era ésta una empinada cuchilla, árida y pedregosa, que desde largo tiempo atrás gozaba de fama sin igual como sitio de atrincheramiento inexpugnable.

¡Cuál no sería, pues, nuestro regocijo cuando al amanecer del día 23 las diversas bandas de música del campamento, que repetían sin cesar y de una manera inusitada el toque de *diana,* hicieron pública la noticia tan esperada!

El cuartel general acababa de recibir el despacho que comunicaba el asalto de la cuesta de los *Angeles,* llevado a cabo durante la oscuridad de la noche, con arrojo imponderable, por los cuerpos de la división a las órdenes de Baquedano.



El ilustre general (entonces aún no lo era en jefe del ejército) había combinado un ataque a la ciudad con el asalto de la guarnición que defendía la fortaleza.

Un solo regimiento podía llevar a cabo esta última empresa, más que temeraria: el *Atacama,* compuesto de jóvenes mineros de Copiapó, habituados a escalar precipicios y diestros en el manejo del cuchillo, como ayuda importante para tal efecto.

Cúpoles, pues, a ellos la gloria de la jornada que será siempre una de las más brillantes páginas de la historia de la primera campaña.

Agazapados y recatándose en las sombras de la noche, unas veces arrastrándose, otras clavando el *corvo* entre la maleza para sostenerse, los atacameños seguían la rápida pendiente y ganaban cada vez más terreno.

Hacia el amanecer, y después de largas horas de fatigosa ascensión, llegaban ya a la cumbre cuando fueron descubiertos por un centinela de la guarnición.

Dióse entonces la señal y comenzó el ataque, apoyado por los fuegos de nuestra artillería, colocada a distancia conveniente y en ventajosa posición por el general Baquedano.

Sólo una hora duró el combate, al cabo del cual el pabellón tricolor, clavado por la mano de un soldado del bizarro regimiento copiapino, flameó en la cumbre de la montaña.



Entretanto, la caballería cargaba con ímpetu en el valle y ponía en fuga al resto de los defensores, muchos de los cuales caían prisioneros.

El resultado de esta acción debía necesariamente ser de alta trascendencia para la armas de Chile: dejando el camino abierto y al ejército peruano cortado y sin comunicación posible, el día de la tan suspirada marcha tenía que llegar pronto para los soldados, aprisionados, por decirlo así, en Pacocha.

Así lo entendimos todos, y por eso desde el primer momento en que se tuvo la noticia de la victoria, tan honrosa para el pabellón nacional como significativa por las consecuencias que debía producir, la alegría y la animación volvieron a aparecer nuevamente en las tiendas de campaña.

A la vez que se comentaban los detalles de la jornada, celebrándolos con ruidosas manifestaciones, se hablaba de partida, se ponía orden en el equipo y armamento de los batallones, se afilaban las espa-

das y pulían las bayonetas hasta dejarlas relucientes y ¡ay... se quemaban para inutilizarlas las cartas de los seres queridos, papeles tantas veces releídos durante las mortales horas de inacción! El campamento lucía entonces aquel aspecto de fiesta y de agitación que precede al día de una marcha o de una batalla.

El próximo capítulo será consagrado a describir la penosa travesía por el desierto y sus horas de agonía y fatiga.



El Desierto

El mes de abril de aquel año comenzaba. Diferentes jefes del ejército habían regresado al campamento, después de reconocer minuciosamente los diversos caminos que al través del desierto conducían a las posiciones en que debería, según todas las probabilidades, aguardarnos el enemigo.

De la futura expedición sólo sabíamos que debía llevarse a cabo por el desierto, venciendo un sinnúmero de dificultades; que partiríamos por ferrocarril hasta un punto vecino, llamado el Hospicio, para seguir desde allí a pie en jornadas de algunas leguas, con dirección a Locumba, Sama y Tacna y, por último, que nuestro equipo habría de ser lo más ligero posible, por lo pesado de las marchas, durante las cuales estaríamos obligados a llevarlo personalmente en un simple rollo a la espalda.

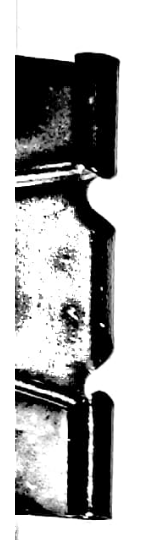


Tomadas estas últimas precauciones y bien provistos de charqui, pan y otros alimentos, ocupámonos en seguida de pasar revista a la tropa, a la cual teníamos especial encargo de hacer toda clase de recomendaciones para evitar, sobre todo, la carencia de agua y víveres, que no obtendríamos ya en abundancia, pues era preciso transportar el *rancho* en

mulas, lo que naturalmente hacía necesaria la parquedad.

La una del día sería cuando nos pusimos en marcha, almacenados, por decirlo así, en los vagones del ferrocarril insuficientes para contener las numerosas divisiones.

Los oficiales que tenían deberes de *semana* se acomodaban de la mejor manera posible entre los soldados de sus compañías, quedando así privados del privilegio que gozábamos los demás de poder instalarnos más o menos cómodamente en los departamentos reservados en época normal a pasajeros de segunda y primera clase.



Con el corazón feliz y llenos de entusiasmo, hacíamos resonar cien *¡hurras!* que se perdían entre el ruido de la locomotora y su tren y el murmullo del mar, del cual nos separábamos dejándolo a cada momento a mayor distancia.

Haciendo *zig-zags*, y trepando una empinada cuesta, apenas bastaban las fuerzas de dos poderosas máquinas para arrastrar el convoy compuesto de mayor cantidad de carros que los que ordinariamente hacen el servicio de la línea, destinada por los peruanos al trasporte de pasajeros y de mercaderías, consistentes estas últimas principalmente en azúcares, cereales y vinos, elemento principal del comercio de cabotaje y del tráfico entre las poblaciones interiores y puertos de la costa.

La dificultad de la ascensión, a cada momento más lenta, hízose después de dos horas insuperable, pues a fin de aumentar la presión, los maquinistas

habían agotado su depósito de agua (provisión indispensable y preciosa en aquellas circunstancias por la escasez que de ella había) hasta el extremo de ser necesario interrumpir la marcha por falta de vapor.

Este contratiempo que, por otra parte, veníamos previniendo desde que observábamos cómo las ruedas de la locomotora, sin fuerzas para prenderse a los rieles, resbalaban furiosamente agitadas por el violento empuje de los pistones que imprimían convulsiones bruscas al convoy entero, nos dejaba, por consiguiente, en mitad de nuestro camino, destinados o a pasar en él la noche, o a seguir a pie la marcha hasta llegar a la planicie de Hospicio, donde nos aguardaban ya las otras divisiones.



Con la nuestra se había querido hacer el ensayo de facilitar la traslación; pero, por lo visto, el ferrocarril de que podía disponerse —dada la distancia, lo reducido del material y la escasez del agua— no servía para el caso.

Dióse, por tanto, la orden de formación, y momentos después nos pusimos en marcha al *paso de camino*, es decir, sin compás alguno; pero manteniendo siempre la distancia y llevando, para más comodidad, el fusil terciado a *discreción*.

¡Primera marcha! ¡Cómo nos sentíamos orgullosos de emprenderla y de probarnos mútuamente nuestra resistencia!

El suelo que pisábamos era movedizo y ardiente de modo que nuestros pies caldeados por la arena, que en aquel momento recibía aún casi de lleno los

rayos del sol tropical, sufrían verdaderamente.

Ignorantes de lo que son las largas caminatas por tales regiones, no habíamos querido escuchar los consejos de los más prácticos, que nos recomendaban la conveniencia de cambiar nuestras delicadas botas de cuero fino por el tosco calzado de la tropa.

Pero, a pesar de todo, nuestro amor propio, vencía y ninguno de nosotros, por todo el oro del antiguo Perú, habría consentido en ser el primero que confesara el cansancio y el malestar que visiblemente se iba apoderando de todos.



Libres de hablar o no, ya que durante la marcha puede ello hacerse sin inconveniente, desde nuestros puestos nos disimulábamos nuestras sensaciones con estos o parecidos diálogos:

"¿Teniente, ¿cómo va el cansancio?"

"Estoy como una pluma".

"¿Y el capitán X...? ¡parece que comienza a darse por vencido...!"

"¿Yo...? ¡ni aún con dos leguas más! Estoy acostumbrado: en la *hacienda* hacía todos los días excursiones iguales..."

"Sí; pero no con este maldito rollo a la espalda, que ya me carga como si fuera una montaña..."

Y aquí lo bueno:

"¡Ah! ¡Ah...! ¡ya apareció aquello: el hombre lo confiesa...!"

El sorprendido en tal *lapsus*, fatal para su prestigio, se disculpaba, trataba de explicarlo; pero sin convencer del todo a los demás.

Entretanto los soldados, a su vez, se daban mil bromas en su estilo propio y especial...

"¡Qué hay, *Rafel*...,ya *váis* arrastrando una pata! ¡Cuidado, que hay que guardarlas para corretear a los *cholos*...!"

Y otro:

"¡Bien haya en el *potrero*, largo y *repelao!* ¿Y no hallaremos *por éi* una *ramadita* para *despuntar* el vicio...?"

Se hacía, pues, gasto de buen humor y se marchaba riendo y chanceando todavía, pero bajando poco a poco el diapasón, que al fin de una hora alcanzaba el tono del reniego *in pettore,* para concluir por una maldición al maquinista y su máquina, al Perú y al desierto y sus arenales...

Al caer la tarde, es decir, después de más de cuatro horas de marcha, que nos habían parecido eternas, no era posible disimular más: todos confesábamos el cansancio y esperábamos con ansiedad el momento de hacer alto.



Según nuestros cálculos, lo más largo de la jornada debía estar ya hecho y, por consiguiente, la distancia que nos quedaría aún que recorrer no podía ser muy considerable.

Desde nuestros puestos en las filas nos era imposible darnos cuenta cabal de lo que adelantábamos en la marcha.

Juzgándolo, sin embargo, por el estado de nuestras piernas, el espacio avanzado debía ser enorme; pero ateniéndonos a lo que la vista nos indicaba, los cerros de la costa, que hacía tantas horas habíamos

dejado a retaguardia, parecíannos aún de igual dimensión, sin que uno sólo de sus detalles se borrase o atenuase siquiera ante el poder de la distancia.

Por una circunstancia semejante, las sinuosidades de los pequeños montículos que se destacaban al frente en el horizonte y en la dirección que seguíamos, presentaban el mismo aspecto constantemente. A lo lejos, envueltos en una atmósfera espesa y temblona los veíamos dibujarse con mil cambiantes e indecisas ondulaciones que nos hacían el efecto de las aguas de un río correntoso. Este curioso fenómeno, debido a la rarefacción del aire por la distancia y el calor de los rayos del sol que enardecen la arena reflejándose en ella, nos llamó la atención entonces por ser la primera vez que lo veíamos. Más tarde hízosenos, sin embargo, familiar; pero no sin darnos, de cuando en cuando, la oportunidad de observar alguna nueva circunstancia que nos sorprendía y admiraba.



El brillo del reflejo de la luz sobre la arena se atenuó de pronto, pero esa arena y el ambiente adquirieron juntos una tonalidad más subida, más profunda, algo del amarillo anaranjado, con tintes de oro, aquí y allá, en el cielo y en el suelo. . .

El horizonte, hacia el lado del mar, se divisaba envuelto en una especie de nimbo color de lila y color de malva. ¡Cuán hermoso!

Continuamos marchando y haciendo conjeturas sobre la distancia recorrida, sin que nuestras opiniones resultaran de acuerdo sobre el último punto.

Las indicaciones de los guías no nos eran conocida, pues estando ellos al servicio del Estado Mayor y de los destacamentos de avanzadas, a los cuales acompañaban, no podíamos verlos. No debían tardar, sin embargo, en desvanecerse nuestras ilusiones y con ellas las esperanzas de llegar pronto al término de la caminata.

Un oficial ayudante del Estado Mayor pasaba en aquel momento por el costado de las filas comunicando a los jefes una orden superior. Suponiendo, y con razón, que por él podríamos salir de dudas, le interrogamos al punto:

"¿Qué distancia nos queda aún...?"

"'Otro tanto de lo andado..."

"¿Para llegar a Hospicio...?"

"Para hacer el primer alto y descansar".

"¿Acamparemos entonces en despoblado...?"

"A lomo de arena... y ¡abur! ¡que voy de prisa...!"



Se comprenderá el efecto que en nuestro ánimo hizo tal noticia: ¡Otro tanto...! ¡y habíamos andado más de cuatro horas...! ¿Cómo podía ser que, caminando a buen paso, constantemente, y sin hacer otras paradillas que las necesarias para dejar que las filas de adelante tomaran su distancia, sólo hubiéramos llegado a mitad de camino?

Este problema, sin solución para mí entonces, pude resolverlo sencillamente más tarde con la experiencia, que me demostró que cada paso que se da sobre la arena profunda y movediza equivale sólo a medio paso sobre terreno firme, a causa de que el pie

resbala hacia atrás haciendo que el cuerpo se incline involuntariamente, todo lo cual contribuye a fatigarlo y aun a extenuar las fuerzas en poco tiempo.

Comenzaba ya a anochecer cuando empezamos a descender un plano inclinado de terreno que, haciéndose más y más irregular, convertía la marcha en un verdadero tormento. El rollo en la espalda, el revólver con sus cien tiros y el sable del cinto aumentaban poderosamente la dificultad, sobre todo por haber tenido nosotro la fantasía de proveernos en la maestranza de artillería de Santiago de unas hojas toledanas de tamaño sólo apropiado al uso de la tropa de caballería, que habían formado parte del armamento de la fragata española *María Isabel.* ¡Este sable pesadísimo, con su vaina de metal, nos había parecido más eficaz para el caso de un combate cuerpo a cuerpo! Su inutilidad y sus inconvenientes sólo se nos ponían de manifiesto cuando ya no había remedio.



Sin lo excepcional, pues, de mi situación, habríame sido dado admirar, en toda su imponente grandiosidad, el espectáculo de la puesta del sol en el desierto. Más tarde, acampado sobre las altas mesetas que forman muralla a los valles profundos, únicos oasis de ese cruelísimo despoblado, no podía menos que reflexionar en lo poco que valen para el hombre los esplendores de la naturaleza y la magnificencia de sus más sublimes manifestaciones, cuando para admirarlos fáltanle a la vez la tranquilidad del espíritu y el reposo del cuerpo. Según mis ideas de entonces, ni Horacio, ni Quintana, ni

Fray Luis de León, ni Rioja, debieron sentirse cansados y hambrientos, cuando entonaron sus cantos magistrales en alabanza de la creación.

Por una peculiaridad rara y enteramente especial de aquel desierto y su clima caprichoso, al caer de la tarde la temperatura cambia bruscamente, de modo que de insoportable por lo ardiente, pasa a ser intensamente fría, y tanto que durante la noche las brisas heladas entumecen el cuerpo, no bastando el abrigo más denso para entibiarlo.

La marcha en tales casos es el mejor preservativo; pero allí, lenta, como forzosamente tenía que ser por la fatiga y la debilidad, no producía el resultado benéfico que habría sido tan útil. Fue necesario, pues, desenrollar el capote y cubrir con él las espaldas, alzando el capuchón, con lo cual, más que de soldados parecía el regimiento una peregrinación de silenciosos frailes franciscanos.



Muy pronto la oscuridad hízose absoluta: las constelaciones brillaban en un cielo purísimo cuya limpidez no enturbiaba una sola nube, pero sin que su luz pálida y ténue alcanzase a despejar el manto de negras tinieblas tendido en toda su inmensa extensión sobre la superficie del suelo arenoso.

El silencio absoluto e imponente de la noche, turbado sólo por el ruido uniforme de los yataganes que chocaban con las caramayolas de metal daba aún mayor sombra a ese cuadro de tintas negras y monótonas digno de un agua fuerte a lo Raffet, y que no se borrará jamás de mi memoria. En esos mo-

mentos por vez primera me sentía preocupado y pensaba en la posibilidad de una sorpresa, que hubiera sido de fatales consecuencias para los nuestros.

Instintivamente clavaba la vista en el horizonte, hundiéndola en la oscuridad y mantenía el oído atento al menor ruido, que en ocasiones me parecía como el de un lejano y nutrido tiroteo de fuego graneado. ¡Curioso poder de la imaginación, bajo cuyo imperio, no obstante, han confesado después haberse encontrado la mayor parte de mis compañeros, sobre todo durante los servicios de avanzadas en puestos cercanos al enemigo...!



Pasaron dos horas más sin la menor novedad. Al cabo de ellas, por el rumor que desde la cabeza de las filas venía trasmitiéndose sucesivamente hasta las de mi compañía, pude cerciorarme de que tocábamos el término de la jornada de aquel día y que el punto en que debíamos acampar estaba cercano. Esta idea me dio nuevas fuerzas, cosa que debió suceder igualmente a los demás, pues las hileras comenzaron a redoblar el paso.

No me había equivocado: cinco o diez minutos después recibíamos la orden de hacer alto y acampar.

Los ayudantes abandonaban su colocación al lado del coronel y trasmitían la orden de descansar, recomendando el silencio y la abstención de fumar, sacrificio bien penoso para los soldados, que hubieran dado meses de *suple* por el permiso de *una puchadita,* como decían.

Hecho el orden en la tropa y seguros ya de que todos quedaban en sus puestos, nos ocupamos en arreglar nuestra cama para entregarnos al sueño que tanto necesitábamos... ¡Nuestra cama...! ¿Podían merecer este nombre una mala manta y un capote...? Y, sin embargo, era lo único de que disponíamos, pues el resto del equipo hallábase, con el de los demás cuerpos de la división, a mucha distancia aún, trasportado por las mulas que conducían los arrieros destinados a este trabajo, bajo la custodia de los piquetes designados para el caso.

A poca distancia de nosotros, en medio de la oscuridad, divisábase un bulto de forma regular, pero que no podía distinguirse bien. Como hasta aquel momento habíamos seguido la línea férrea, se nos ocurrió que sería la casucha de algún guarda y, en tal caso, ¡qué recurso...! A lo menos algunos de nosotros podríamos pasar la noche bajo techo.



Un capitán, dos tenientes y tres subtenientes de los que pertenecíamos a las compañías cuya colocación correspondía al lugar en que se hallaba aquello que suponíamos ser hospedaje —y quienes, por tanto, quedábamos en situación de alejarnos unos pasos sin inconveniente y sin faltar a nuestro deber—, nos dirigimos hacia el bulto con la intención de tomar tranquila posesión de él, pues debía hallarse abandonado.

No tardamos en convencernos de nuestra buena suerte; el objeto que veíamos servía para el caso maravillosamente: el descuido de la administración de los ferrocarriles del Perú nos favorecía, procurán-

donos un alojamiento inesperado. Con efecto, por una casualidad grande y atribuida sólo a negligencia, hallábase a poca distancia de los rieles, medio enterrado en la arena, un vagón de carga, desmantelado de puertas y ruedas, pero techado aún y más o menos exento de rendijas y aberturas en las paredes.

Arreglamos nuestras mantas, que a la vez nos servían de colchón y frazadas —pues las doblábamos en el extremo para cubrirnos así los pies— y, haciéndonos mutuamente almohadas de nuestros cuerpos, nos tendimos, forrados en los capotes, con el capuchón calado hasta las orejas. Sin más preámbulos, tras de cuatro o cinco chanzas con que celebrábamos los diversos incidentes que iban haciendo poco a poco, y a medida que nos colocábamos, más cómicas y curiosas nuestras posiciones respectivas, nos quedamos profundamente dormidos.



Por lo que a mí toca, sentíame tan molido y fatigado que hoy me admiro de cómo tuve aún ánimos para tomar mi parte en el jaleo, y sólo recuerdo que un minuto después me dormí con un sueño tan pesado como no lo he tenido en mi vida. Debí, soñar, sin duda, porque a la mañana siguiente, al abrir los ojos, aún me creía muellemente engolfado entre las sábanas de mi cama y renegando de no haber notado que las persianas de mi cuarto quedaban abiertas la noche anterior... !tanta era la luz del sol que entraba "como por su casa" por entre las rendijas del vagón providencial...!

En Marcha

La detención en la llanura de Hospicio fue brevísima: el tiempo suficiente para renovar la provisión de agua y víveres. En esta nueva jornada, la más larga y penosa de toda la campaña, debíamos especialmente observar las instrucciones recibidas al abandonar Pacocha: mucha economía de agua y de raciones, fusiles listos para todo evento, orden absoluto en la marcha y silencio completo durante las noches en que debíamos acampar sobre las armas.



Hasta Hospicio el terreno había sido, aunque un tanto accidentado en partes, generalmente plano y tapizado de arena: a partir de esta última estación, por lo contrario, las cadenas de cerros pedregosos, elevados muchos de ellos y abundantes en inmensos precipicios y horribles desfiladeros, deberían sucederse continuamente agregando nuevas dificultades a la marcha.

Todo esto se nos hacía saber de antemano para encarecernos la adopción de las medidas más severas con el fin de obtener de la tropa la mayor disciplina y la mayor regularidad posibles en la formación.

No ignorábamos las fatales consecuencias que la falta a estas recomendaciones debía traer a la expedición, siendo las principales de ellas, la sed, el hambre y la probable sorpresa en el paso de los estrechos caminos por donde tendríamos forzosamente que cruzar, pues, aunque el servicio de avanzadas se hacía con perfecto tino y precaución, era del todo imposible evitar un ataque nocturno, si el enemigo, como era natural creerlo, tenía noticia de nuestra salida.



Penetrados, así, de todas estas circunstancias, partimos al ponerse el sol del día siguiente, abandonando la dirección que constantemente habíamos seguido hasta entonces y siguiendo, por tanto, una perpendicular a la línea férrea que unía a Pacocha con Maquegua y cuya estación, casi central, era Hospicio. Esto equivalía internarnos en el desierto, protegidos sólo por las divisiones de retaguardia y separados absolutamente de la escuadra, único centro de nuestros elementos y recursos.

Continuando la expedición en el mismo sentido, debería encontrarse a la mañana siguiente, después de una noche entera de penosa marcha, en pleno país enemigo, sin más defensa y protección que sus fuerzas propias, y condenada, en el caso de derrota, a buscar su salvación en una retirada desastrosa por la distancia que debía separarla de las fuerzas hermanas.

Tanto valía, pues, esta aventura como la de Hernán Cortez cuando, al frente de Méjico, hizo quemar sus naves del Golfo para hacer imposible toda reti-

rada. "Vencer o morir" debía ser nuestro lema, y a vencer o morir estábamos todos dispuestos.

¡Por eso no había uno solo de entre esos hombres de hierro que, treinta horas más tarde, al gemir bajo el peso de la mochila, el rifle y los tiros; abrasada la frente por el calor del sol de mediodía; quedándoles para saciar su sed devoradora sólo media pinta de agua en el fondo de la caramayola y una rebanada de pan y charqui seco para matar el hambre; viéndose obligados a subir y subir sin descanso por cuestas escarpadas y resbaladizas, verdaderos caminos de cabras montesas; acampando en las noches, heladas por un frío glacial, para tenderse y reposar breves instantes la cabeza sobre la dura roca o enterrar el cuerpo en la arena —medio tibia aún en sus entrañas—, como único recurso de abrigo, no había uno solo de ellos, repito, que sufriendo estas torturas, con otras mil más, se sintiera desfallecer!



Acontecióme durante las jornadas llegar medio muerto de sed y fatiga al punto elegido para el momentáneo descanso, arrojarme sobre la arena casi desfallecido y sin fuerzas aún para cavar un hoyo en ella con el objeto de cubrir mis pies hinchados, y en el momento de ir a entregarme al sueño bienhechor recibir del ayudante de semana la orden de partir al mando de un piquete al morro lejano —cuya negra silueta apenas alcanzaba a divisar, destacándose sobre la llanura—, para permanecer allí en "guardia de centinela" durante dos horas, que significaban otras tantas de vigilancia absoluta, con la responsabilidad de la vida de todo un ejército.

¡Ay del oficial que fuera sorprendido durmiendo, rendido por la fatiga! El jefe de ronda, al dar parte de tal y tan indisculpable falta, hubiera, al mismo tiempo, indicado el punto en que a la mañana siguiente debería ejecutarse la sentencia de pena capital recaída sobre el reo.



!Y durante esas horas mortales, en que sólo el chasquido monótono y regular con que los centinelas golpean las manos para pasarse la voz de alerta, turbaba el silencio majestuoso y desesperante de un desierto sin fin, silencio que según la expresión del poeta "es ya un ruido", cuántas veces no creí caerme sin fuerzas, rendido por el poder de esa necesidad que se llama el sueño! ¡Mis párpados se cerraban, doblábanseme las piernas y zumbábanme los oídos...! ¡Era preciso, sin embargo, recorrer la línea, observar el horizonte y responder con voz entera y firme al *quién vive* del centinela, cuando la intensidad del frío, que calaba hasta los huesos, hacía tiritar el labio y castañetear los dientes...!

Y para el enemigo, ¡qué diferencia! Acampado en las alturas de Tacna, a las puertas de la ciudad, lleno de recursos de toda especie, con provisiones frescas a toda hora y agua en abundancia, tenía la oportunidad diariamente de bajar al pueblo para, durante algunas horas, descansar de la vida de guardias y ejercicios, encontrando allí (como lo supimos después por boca de los mismos habitantes) toda clase de pasatiempos, tales como teatros, comidas y aun bailes, con que se celebraban mútuamente, fraternizando hasta entonces peruanos y bolivianos.

¡Para el ejército atrincherado comodidades, glorias, fiestas, amores fáciles; todo esto en su propia casa: para el ejército expedicionario fatigas, insomnios, hambre, sed; todo ello en mitad de un desierto cruel y horroroso, en que a veces era preciso acudir a recursos supremos y de tal naturaleza que no es posible nombrarlos aquí, cuando se trataba de saciar aquellas últimas e imperiosas necesidades de la vida...

Durante los largos días que debieron emplearse, con sus noches íntegras, para trascurrir la inmensa distancia que nos separaba del que debía ser campo de la gloriosa acción del 26 de mayo, multitud de soldados, atacados por toda clase de enfermedades —en especial fiebres ocasionadas por exceso de ejercicio, por insolación y por la falta de agua—, quedaron tendidos en la arena sin socorro posible.



A pesar de las admirables disposiciones del Estado Mayor, consistentes en la provisión de retaguardias encargadas de asistir a los rezagados con prontos socorros de toda especie, el poder de la enfermedad, ocultada hasta el último instante por los desgraciados que sólo se dejaban vencer cuando las fuerzas los abandonaban del todo, hacía inútiles los recursos, prodigados generalmente demasiado tarde.

Por otra parte, no era posible suplir con nuevas raciones de agua a los que las habían concluido, pues el único punto donde podría obtenerse el precioso elemento aún a gran distancia —y en el caso de que se le encontrase, como sucedió varias veces, defen-

dido por el enemigo—, cuyo número no era aún dable conocer, —habría que combatir para procurárselo— y ¿quién sabía de antemano cuánto tiempo duraría ese combate...?

Recuerdo que en muchas ocasiones, cuando sólo me quedaba ya en la caramayola una ínfima cantidad de agua medio caliente por el sol, sentía mi garganta hirviendo, la lengua seca y pegajosa, la voz ronca y la frente encendida: síntomas todos que acompañan a una sed devoradora; y, sin embargo, no me atrevía a beber una gota, temeroso de no tener a mano este último recurso si llegaba más tarde a necesitarlo absolutamente.



¡Cuánto hubiera dado entonces por divisar al alcance de mis afiebradas manos uno de esos arroyos límpidos y cristalinos, al lado de los cuales tantas y tantas veces en la vida había pasado indiferente! ¡Los miraba con la imaginación, sentía en el oído, claro y musical, el murmullo de sus aguas, y esta idea, lejos de refrescar mis labios abrasados, los encendía más aún con el deseo!

Y si veía en aquel momento a un soldado de mis filas caer revolcándose sobre la arena y medio loco enterrar su boca en ella para buscar instintivamente la humedad que le negaban sus quemantes entrañas, apartaba de él la vista y apretaba convulsivamente, como si fuera necesario defenderla, la caramayola que aún encerraba algunas gotas de esa vida, que así rehusaba a un semejante! ¡No sé, no sé si a los demás les pasaba en tales casos lo que a mí; pero yo me sentía tan frío ante el espectáculo de la

muerte, tan egoísta ante el atroz sufrimiento de los que me rodeaban, que temía haber perdido para siempre hasta el más insignificante impulso de un sentimiento humanitario, hasta la última fibra de un corazón de hombre!

Hay momentos como esos, sin duda alguna (y otros deben haber pasado por ellos), en que la intensidad del sufrimiento y el instinto de propia conservación quitan a un ser compuesto de dos esencias distintas llamada cuerpo y alma cuánto hay en esta última de generoso y de noble, para dejarle únicamente lo que tiene de egoísta y de mezquino, asemejándole, por tanto, el bruto cuyo instinto le obliga a matar para vivir. Por eso en ocasiones semejantes ha habido hombres que, por salvar el último destello de la existencia que les ha quedado tras larga y dolorosísima lucha con la muerte, se han arrojado desesperadamente el uno sobre el otro para tratar de devorarse mútuamente y obtener, como resultado, una vida siquiera de los restos de dos que se extinguían... ¡Oh, yo sé que hubo momentos en los cuales me sentí casi tan miserable como esos, y sé que entonces me desconocí a mí mismo!



La artillería, que había tomado otro camino, tu- a su vez, todo género de dificultades. Erale necesario en ocasiones, para continuar su trayecto, abrirse paso por entre las colinas escarpadas, trabajando senderos artificiales, a barreta y azada; suspender por ellos las pesadas piezas de campaña, arrastrándolas por medio de series de parejas de mulas y caballos, a la vez que los zapadores, dirigidos por los in-

genieros del ejército despejaban aún los tropiezos que de nuevo se presentaban.

Al cabo de algunos días, después de haber cruzado cadenas de cerros altísimos, por desfiladeros estrechos y profundos en cuyo fondo era preciso marchar de uno en uno sobre terrenos pedregosos, sembrados de rocas de todos tamaños —que en el silencio de sus noches sin estrellas debían haberse despeñado rodando en avalanchas estrepitosas desde la altura—, en la mañana del día veintiséis, con los primeros rayos del sol, al descender de nuevo de la planicie eterna, un grito unísono salido del pecho de más de diez mil hombres rasgó los aires.

¡El valle! ¡el valle a la vista...!



A la distancia, en efecto, más allá de los mirajes del desierto —que en aquel instante simulaban lagos cristalinos y ríos cuyas agua serpenteaban dulcemente— verde, inmensa, esfumada entre la bruma y las nubes confundidas, dibujábase, bordeando el horizonte, una línea accidentada y umbría...!

¡Era el oasis de Locumba!

Un Oasis

Nadie que no haya permanecido durante larguísimo tiempo en medio de una pampa miserable podrá comprender lo que significaba para nosotros el descender, algunas horas más tarde, desde la altura de las mesetas arenosas hasta el lecho del río en el fondo del delicioso valle.

Desde Iquique hasta Locumba habían transcurrido más de seis meses y durante ellos no nos había sido aún dado recrear nuestros fatigados ojos en la contemplación de una verde campiña, de un prado, de un árbol siquiera.

¡Por fin había llegado el día tan esperado!

Precipitándonos (esta es la palabra) como una cascada por el despeñadero desde el alto borde en que acaba el desierto y principia el oasis, oficiales, clases y soldados, sin orden ni distinción de jerarquías, locos de contento y olvidándonos en absoluto de nuestra fatiga, nos abalanzábamos hacia la orilla del río en cuyo seno hundíamos la cabeza toda, bebiendo con ansia, con delicia indescriptible, de sus aguas claras y dulcísimas.

¡Mirar lo verde, oir el murmullo del follaje, sentir la frescura de su sombra bienhechora y poder

arrojarse sobre el suelo, tapizado, de blanda hierba; divisar a lo lejos caballos, mulas de carga revolcándose sobre ellas y celebrando con relinchos salvajes el inmenso bien que inesperadamente les llegaba; una fogata aquí, más allá una choza de ramas secas, medio sepultada en la verdura: de un lado un bosque de cocoteros y plátanos amarillos como el oro; del otro un cañaveral; chirimoyos, olivos, guayabos, parras, castaños, todas las maravillas de la vegetación tropical, ¿no era esto un paraíso en medio de la aridez eterna...?



En un instante, y pasados los primeros alborozos del entusiasmo, tendíamos nuestras tiendas en el sitio que nos parecía más pintoresco, y allí arreglábamos nuestro alojamiento, seguros de que a la mañana siguiente podríamos regalarnos con algunas horas más de sueño, pues no deberíamos emprender nueva marcha hasta haber refrescado completamente la tropa y las bestias de carga.

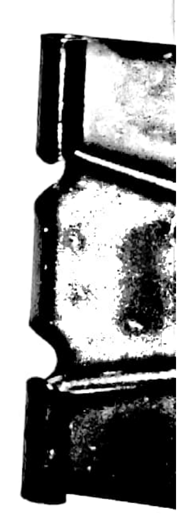
Toda esa tarde la empleamos en descansar a la sombra de los árboles y cuando, ya un tanto reparadas nuestras fuerzas, nos fue posible movernos, nos dispersamos en pequeños grupos explorando el bosque y el lado opuesto del río, pero sin apartarnos del campamento más de lo conveniente, en cumplimiento de las órdenes estrictas que sobre este punto habíamos recibido. Aunque se sabía que el enemigo no aparecía por los alrededores, era prudente, sin embargo, precaver las emboscadas y sorpresas.

Para ello se había redoblado la atención y aumentado el número de destacamentos de avanzada.

Una parte del ejército, también, quedaba acampada en las alturas, lista para dar, con la anticipación debido, la menor señal de alarma.

Aún no teníamos noticias ciertas del enemigo; pero sabíamos, más o menos, por lo que hasta entonces había podido observarse, que no abandonaría sus posiciones estratégicas, cuidadosamente elegidas y pacientemente reforzadas para resistir al ataque del invasor.

Eran conocidos, sin embargo, en el cuartel general —y hasta los conocíamos nosotros— los siguientes datos: el famoso Albarracín, bien montado y con no despreciables fuerzas de caballería, merodeaba por los alrededores: su objetivo principal era destruir los elementos que pudieran sernos de alguna utilidad; su anhelo, atraernos a emboscadas y atacarnos por sorpresa.



Sin pérdida de tiempo, solicitó y obtuvo el teniente coronel D. Diego Dublé Almeida (tan especialmente recordado en estos apuntes) la misión de internarse en el valle, a la cabeza de treinta cazadores, con el propósito de explorarlo, estudiar sus recursos, y obtener informes exactos sobre el enemigo.

El comandante Dublé regresó a los pocos días, después de haber recorrido varias leguas, con la noticia de que Albarracín se hallaba, en efecto, por ahí; que se había internado algo hacia el Oriente, no sin dejar algunos de sus secuaces escondidos en la vecindad, con motivo de lo cual él (Dublé) y los suyos acababan de escapar, gracias sólo a su energía y a la excelencia de sus cabalgaduras, de una cobarde

celada tendida y llevada a cabo con verdadera ruindad y felonía.

Los hechos habían ocurrido del modo siguiente:

Llegados los treinta cazadores a las vecindades del caserío del pueblo de Locumba, obtuvieron allí noticias de que el enemigo se había alejado.

Un supuesto cónsul italiano, y otro individuo disfrado de sacerdote, se adelantaron a recibir a los expedicionarios y, después de haberles dado su palabra —humana y "divina"— de que el pueblo se hallaba desprovisto en absoluto de fuerzas militares, los atrajeron a su guarida, invitándoles a almorzar.



Con todo género de precauciones aceptaron los chilenos, pero por orden estricta de su jefe, mantúvose la tropa de pie y sin abandonar la brida de las cabalgaduras una vez que hubo echado pie a tierra.

En el momento menos pensado, y mientras el comandante y sus oficiales almorzaban tranquilamente, confiados ya casi del todo y distraídos por la conversación, los dos Alibabas peruanos, hicieron brotar de pronto y conjuntamente, sacándolos de los escondites donde los tenían ocultos, no ya cuarenta, sino doscientos o más de sus ladrones, quienes cayeron de improviso sobre los descuidados jinetes, haciéndoles fuego por todas partes.

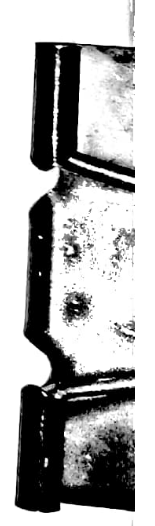
Estos, sin embargo, pasado el primer momento de sorpresa, lograron saltar sobre sus monturas y batiéndose desesperadamente, consiguieron escapar en corto número por el fondo del valle.

El comandante Dublé, acompañado de su ordenanza y de un sargento, tuvo que habérselas con

ocho o diez montoneros que le salieron al encuentro para cerrarle el paso, pero el bizarro jefe no se intimidó. Resuelto a abrirse paso a todo trance, cargó briosamente con sus dos compañeros y arrollando a los que le interceptaban el camino, llegó a un estrecho sendero que conducía a las serranías del Norte, en las cuales se internó, pudiendo sólo allí bajarse del caballo, cuyos ijares chorreaban sudor y sangre, pues a más de extenuado se hallaba éste herido.

Continuó a pie el comandante durante largas horas, arrastrando al noble bruto por la brida para no fatigarlo más, y llegó así al cuartel general.

No era posible que tamañas felonías quedaran sin castigo. Por lo demás, Albarracín y los suyos constituían una amenaza permanente para la tranquilidad de nuestro campamento.



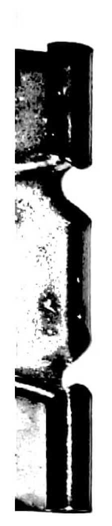
Era preciso organizar otra expedición más numerosa y suficiente, para dar caza al audaz montonero, reputado desde tiempo atrás como intrépido y feroz, vencedor en diferentes jornadas, altanero e implacable con el vencido.

El distinguido coronel de Guardias Nacionales, más tarde Ministro de la Guerra, don José Francisco Vergara, quedó designado para tal empresa.

Al mando de todo un escuadrón de jinetes bien montados y decididos, partió este inteligente jefe, tomó el camino del Valle, recorrió en varias direcciones el territorio, hostilizó por todas partes al enemigo y, sabedor, por fin, de que el caudillo peruano no debía hallarse lejos, cierta tarde, resolvió atacarlo.

Aprovechando la oscuridad de la noche, para no ser descubierto, tomó la dirección que le fue indicada, y después de una fatigosa marcha detúvose, sólo al amanecer, cerca de un pueblo vecino.

Hizo forrajear a sus caballos, dio un pequeño descanso a los jinetes y se dirigió en seguida al pueblo.



Con la impetuosidad de su carácter y sin esperar otras medidas, cayó de sorpresa sobre el enemigo, atrincherado tras de las casas. La infantería auxiliar peruana trató en vano de rechazar el ataque, y después de una corta defensa, se vio obligada a abandonar la plaza, dando lugar a que se trabara el combate cuerpo a cuerpo entre los soldados de caballería.

Una formidable carga de los nuestros, dirigida con todo acierto y resolución, puso en completa fuga a los contrarios, que dejaron el campo sembrado de muertos y heridos y gran número de prisioneros entre las manos de los asaltantes. El coronel Albarracín pudo escapar sólo gracias a las condiciones ventajosas de su cabalgadura, que no se detuvo hasta dejarle sano y salvo entre las tropas atrincheradas de Tacna.

Esta victoria nos daba cierta seguridad, de modo que el veintisiete nos hallábamos ya felizmente instalados cerca del mismo Locumba.

Era éste un caserío miserable con algunos centenares de habitantes, muchos de ellos trabajadores de las haciendas vecinas, entre las cuales figuraba como

la más notable la del coronel limeño D. Mariano Pío Cornejo, militar aguerrido y propietario opulento.

Distribuidos por divisiones los diferentes cuerpos, quedaron alojados en las casas, desocupadas de antemano, como es fácil comprenderlo, por los empleados e inquilinos desde el momento en que se supo la proximidad de nuestras tropas.

Tocóle a mi regimiento hospedarse en las magníficas posesiones del coronel Cornejo, donde, sea dicho de paso, encontramos una considerable cantidad de víveres frescos que nos fueron distribuidos por disposición superior, como justo impuesto de guerra a que quedaban obligados sus dueños, según es costumbre en tales circunstancias.



Por nuestra parte hicimos cumplido honor a las exquisitas provisiones con que, tan sin imaginárselo, nos festejaba nuestro ausente anfitrión; pero no sin que algunos pusieran mala cara hasta a los tarros de conservas, que se imaginaban encontrar rociados previamente de algún activo veneno, por la mano de sus dueños precavidos.

Pero como transcurriesen más de veinticuatro horas sin otra novedad que la de dos o tres indigestiones de langostas y sardinas, al día siguiente el ataque a los restos de los apetitosos comestibles comenzó con nuevo ahínco y con la seguridad, esta vez, de precaver en absoluto las malas consecuencias de la víspera, gracias a unos cuantos tragos de un deliciosísimo *pisco*, de que abundaban las bodegas de Locumba.

En efectos, nos llamó la atención, entre muchas

otras cualidades que hacía de la propiedad del señor Cornejo, un inmueble valiosísimo, el alambique de destilación y los espaciosos sótanos admirablemente dispuestos y en los cuales había almacenadas miles de pipas de la última cosecha.

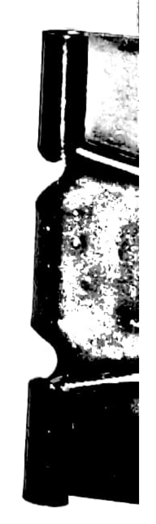
Hago notar intencionalmente este hecho para dejar constancia de que nunca como en esta ocasión se puso a mayor prueba la moralidad y disciplina de los soldados del *Esmeralda.* En efecto, a pesar de la oportunidad, que muy pocos otros habrían desperdiciado —dada la inclinación a la bebida innata en la gente de nuestro pueblo bajo—, apenas si uno que otro de esos *rotos* abnegados, hallóse a la mañana siguiente preso en la prevención por delito de embriaguez. Al tomar posesión de su alojamiento, el coronel Amengual dispuso terminantemente que se guardaran las entradas de los depósitos de licores, recomendándonos a los jefes y oficiales la más estricta severidad y el inmediato castigo de toda falta relativa a la destrucción o maltrato de la propiedad ajena que, al mismo tiempo, ponía bajo la salvaguardia de nuestro honor y delicadeza.



Y, sin embargo más tarde he visto, con la indignación que es fácil imaginarse, en periódicos y panfletos peruanos, que por desgracia han encontrado fácil acceso y aun reproducción en el extranjero, consignadas todo género de calumnias mezquinas con tendencia a afear la conducta de nuestro ejército en aquellas circunstancias y en las que siguieron después de la toma de la ciudad de Tacna y la entrada triunfal en Lima.

Tranquilos y sin novedades de ningún género trascurrieron los días de Locumba. Nuestra vida, esencialmente rústica, nos indemnizaba con excesos de un orden opuesto los sufrimientos del desierto.

De nada carecíamos, pues el Valle, abundante en legumbre y caza salvaje, nos brindaba toda clase de regalos, sin que nos faltara aun lo accesorio. De allí, pues, que volviéramos a gozar de una cama con sábanas y frazadas (las cuales nos procurábamos en las casas y en el pueblo), de una mesa con cubiertos y manteles, de muebles de todos los usos y hasta de un buen piano, dos o tres guitarras y otros instrumentos musicales que hacían la delicia de nuestras tardes de fiesta.



En ocasiones nos solíamos llevar la banda de música (una de las más completas del ejército) a la terraza del magnífico *chalet* del señor Cornejo, y allí deleitábamos el oído con los trozos de ópera que nos eran favoritos y cuyo estudio dirigía con admirable inteligencia y constancia el subteniente Santiagos, de mi compañía, valiente y malogrado oficial, herido después gravemente en la acción de Tacna y muerto como héroe al volver porfiadamente a luchar contra su destino en la cruda batalla de Chorrillos.

Se acercaba el momento de la pelea, sobre la cual sabíamos ya lo suficiente para no hacernos ilusiones.

El enemigo, se nos decía, ocupa posiciones ventajosísimas, casi inexpugnables, y no las abandonará por ningún precio; de modo que la acción tendrá que

ser necesariamente muy reñida. ¡Cuántos proyectos hacíamos entonces! Cada uno soñaba de antemano con un rasgo especial de heroísmo y saboreaba la idea de volver a la patria lleno de gloria para recibir los laureles preparados por manos cariñosas y queridas.

A este propósito, ¡qué de chascarrillos que recordaban un episodio de la vida de la patria; cuántos epigramas de que eran víctimas infelices conocidos! Todo ello en medio de mil chistosas bromas y chacotas. Ninguno más fuerte para este género que Ignacio Carrera Pinto, el héroe de más tarde.



Aún era oficial del *Esmeralda*, y cada uno de nosotros le quería y distinguía entre todos, adivinando a través de sus genialidades humorísticas y carácter afable y bondadoso el corazón de hierro que dos años más adelante, en la homérica epopeya de la *Concepción*, sabría manifestarse del temple que, con el más noble de los nombres, le legaron sus antepasados.

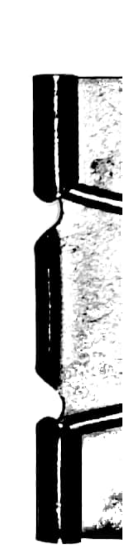
De paso citaría cien anécdotas sobre Ignacio Carrera, que no podrían menos que interesar por lo originales y curiosas. Resistiendo, sin embargo, a la tentación de narrar muchas de las que recuerdo, sólo haré apunte de una que dará idea de cómo sabía él sacar partido de todo, cuando se trataba de mostrarse oportuno y ocurrente.

Con motivo de una braveza de mar en la caleta de Ite, por donde, hallándonos ya en Yaras, se desembarcaban los víveres para el consumo del ejército, nos encontramos repentinamente privados de alimen-

tos frescos durante algunos días y reducidos a una escasa ración de charqui que, por cierto, no bastaba a saciar nuestro apetito, avivado por la brisa tónica del valle. La caza salvaje de *cuyes* y aves silvestres estaba agotada por completo, a lo menos en las regiones que quedaban dentro del radio permitido a nuestras excursiones; no era posible tampoco acudir a las bestias de carga y asnos que en abundancia nos habíamos procurado, ya que el estómago se resistía a ello. En semejante extremo, ¿qué hacer?

Tenían los soldados una cabra que había hecho el viaje como compañera desde Sama, y que por su mansedumbre y bondad se había convertido en favorita de todos.

"¡Matarla para saciar el hambre!". Tan perversa idea cruzó, sin embargo, por las mentes de muchos, y por uno de esos sentimientos diabólicos que son el atributo de todo lo malo, aferróse más y más en ellas, *encabritándose*, por decirlo así, en los pensamientos, sin que nada bastara a dominarla...



Pero lo difícil no consistía en concebir la idea; lo verdaderamente atrevido era manifestarla, darla a conocer, y nadie habría querido ser el primero que arrostrara las consecuencias de tan perversa audacia.

Ignacio Carrera tuvo ese heroísmo.

Para disimular, no obstante, su premeditación, érale forzoso rodear la propuesta de cierta forma aceptable que, como suele decirse, dorara la píldora.

Tal recurso debía considerarse de difícil éxito, pues la vida de la supuesta futura víctima era sim-

pática para todos y sólo en caso extremo habría sido lícito sacrificarla.

No había, sin embargo, más que un remedio, y fue el que se le ocurrió a Carrera: formar un consejo de guerra a la cabra, acusada por el *hambre* como martirizadora de los *estómagos*, todos los cuales se presentarían en calidad de víctimas o testigos.

La idea fue aceptada, y un momento después quedaban distribuidos los cargos.



El *hambre,* personificado por Ignacio Carrera, hizo su acusación en discurso monumental, que fue una verdadera apoteosis, no ya tan sólo del carnivorismo, sino hasta del canibalismo.

Siguieron los testigos en sus declaraciones; dio después su dictamen el fiscal; hizo un brillante alegato el defensor, quien conmovió al auditorio en masa, y por fin sentenció el tribunal después de deliberar en vista de los antecedentes.

¡La muerte del inocente reo quedó pérfidamente firmada!

" Pero, ¿no se comió, acaso, el conde Ugolino a sus propios hijos en la Torre del Hambre?" obserbó como argumento final, Ignacio.

De Locumba a Yaras hay una corta jornada que se salva con facilidad.

El nuevo campamento se levantó sobre las alturas, al lado Sur del río Sama, sobre el punto denominado Buena Vista. Por ser esta la sola estación que aún nos quedaba antes de llegar al término completo de la expedición, era preciso mantenerse siempre sobre los armas, ya que la insignificante distan-

cia de que nos separaba de las posiciones enemigas exigía toda prudencia.

El valle quedaba así protegido por nuestra línea que, prolongada sobre el borde de la meseta, ocupaba una extensión considerable.

Con ramas y arbustos del bosque fabricábamos nuestras chozas, muy preferibles a las tiendas o carpas de tela que el calor del sol hacía insoportables.

La certeza de que en unos cuantos días más estaríamos al frente de los aliados, hizo que en preparativos se nos pasaran, sin sentirlos, los pocos que aún nos quedaban para empeñarnos en la batalla.



El 22 de mayo un gran reconocimiento, compuesto de soldados de las tres armas, se llevó a cabo con éxito completo. Acercándose las tropas hasta a tiro de cañón de las fuerzas atrincheradas, y simulando una serie de ataques con el objeto de conocer la actitud que el enemigo asumiría el día de la acción, el Estado Mayor pudo formarse una idea completa del modo cómo convendría dar el golpe.

Antes de ponernos en marcha, el general en jefe de nuestras fuerzas hizo distribuir profusamente una elocuente y entusiasta proclama.

En ella se recomendaba especialmente la moralidad, la disciplina y la constancia a toda prueba, al mismo tiempo que se apelaba a la nobleza tradicional de nuestros soldados, recordándoles que el valor en consorcio con los sentimientos humanitarios es prenda de los buenos y de los verdaderamente bravos.

No quedaba ya más que hacer, y el 25 de mayo,

tomadas todas las medidas del caso, abandonamos el último campamento para ir en línea directa a buscar a los peruanos en sus posiciones calificadas después por su propios generales de inexpugnables y consideradas por el jefe de su ejército "como punto estratégico de primer orden, inaccesible y protegido de todos modos por la naturaleza".

Frente al Enemigo

Aunque en los apuntes que me sirven de guía para escribir estas páginas hállanse anotadas muchas de las circunstancias que tienen relación con las operaciones del *Esmeralda,* desde mi puesto de subalterno érame de todo punto imposible darme cuenta entonces de las disposiciones adoptadas por los directores de la guerra. El círculo que abarcan las observaciones de un simple oficial de regimiento, cuya única consigna es obedecer y cumplir ciegamente con los deberes del honor, tiene que ser por fuerza muy reducido: de allí que al entrar ahora en la parte más importante de estos recuerdos, las apuntaciones de mi borrador préstenme muy poca ayuda. Con efecto, los proyectos del cuartel general eran desconocidos para nosotros, a cuyas tiendas apenas si llegaban, de cuando en cuando, disfrazados e imperceptibles, los ecos de la discusión del plan de ataque.



No se extrañe, pues, que apartándome aquí del orden trazado por las citadas anotaciones me apoye a veces en los datos que hoy poseo y que se hallan dispersos entre diferentes artículos de la prensa y documentos oficiales, para tratar de una manera especial en este período de la campaña, tan intere-

sante para el regimiento en que prestaba yo mis servicios, algunos puntos que le atañen.

En mi simple esfera de cronista particular, al hacer cumplido honor el recuerdo querido de mis antiguos jefes y compañeros quienes, lo espero, leerán algún día estos apuntes con complacencia, séame permitido aprovechar también la ocasión de entrar en detalles relativos a la hoja de servicios de la división a que pertenecíamos, detalles que, quizás, arrojarán alguna luz sobre el juicio erróneo y nada imparcial corriente en ciertas versiones que no ha mucho encendieron los ánimos y dieron ocasión a debates acalorados y virulentos.



Sin que sea mi intención resucitar esas disensiones, muertas ya por el tiempo, hoy cuando los espíritus se han calmado, me parece, sin embargo, oportuno hablar con franqueza, por más que esa franqueza haya de herir la susceptibilidad de unos cuantos.

Y si se me tachara de indiscreto, alegando que mis apreciaciones no caben dentro del cuadro que me he trazado al dar a luz estas páginas, tómese en cuenta el espíritu de justicia y de compañerismo que me guían para emprender la defensa de mis jefes, defensa que intentaré, ajustándome únicamente a mi conocimiento *personal* de los hechos y sin propósito de herir la susceptibilidad de nadie, ni mucho menos con pretensión de abarcar un juicio *general* y relacionado con el resto de las operaciones.

Al amanecer del día 26 de mayo los regimientos chilenos acampados desde las primeras horas de la

noche anterior en medio de un inmenso plano, teniendo a retaguardia el desierto y al frente la cadena de cerros que formaron el denominado Campo de la Alianza, fueron despertados en su momentáneo descanso por el ruido continuado de un fuego de fusilería a no larga distancia.

Sin otra señal y como movidos por un resorte, oficiales y soldados nos pusimos de pie, echando éstos mano al rifle y cargándolo apresuradamente, mientras los jefes y ayudantes saltaban sobre sus cabalgaduras que habían dormitado allí ensilladas y con la brida al cuello.



Un segundo después las cornetas tocaban generala, alinéabanse las filas, distribuíase una nueva provisión de cartuchos a bala y, al redoble del tambor, hacíase terciar armas al hombro para la última revista que en aquel momento dirigían, perorando a los soldados con palabras animosas y entusiastas, los comandantes de cuerpo y jefes de división.

Recuerdo que hacía un frío que penetraba hasta los huesos. Los primeros albores de la aurora comenzaban a despuntar, permitiéndonos darnos cuenta de lo que pasaba.

Habíamos hecho alto al caer de la noche anterior en una eminencia desde la cual se dominaba todo el llano. ¡Adelante, extendiéndose hacia el Sur, es decir, hacia la fortaleza en que, medio borrados por la bruma matinal se divisaban ya los pabellones aliados, el desierto, el mismo desierto monótono y amarillento iba a morir a los pies de los cerros y colinas que daban sustento a sus trincheras!



Las lomas accidentadas que rodeaban el punto en que se alzaba el fuerte central del enemigo destacábanse coronadas de tropas cuyas columnas retrocedían, al parecer apresuradamente y como si tratasen de llegar a la cumbre para tomar posesión de ella. Novicios los más de nosotros en el arte de la guerra, creímos en el primer momento que serían parte de nuestras fuerzas avanzadas; pero fijando la atención comprendimos que en tan corto espacio de tiempo, por mucho que la vista nos engañara, no podían los soldados de nuestros regimientos salvar tamaña distancia.

Pronto salimos de la duda. Los destacamentos de vanguardia que se replegaron un momento después al centro de nuestras fuerzas nos hicieron saber que el enemigo, conocedor de nuestra aproximación, había intentado una sorpresa durante la noche; pero que, extraviado probablemente en su camino y comprendiendo que al amanecer sería descubierto, se había retirado rápidamente a sus trincheras.

Y a fe que era tiempo, pues nuestra caballería, protegida por la artillería de campaña, les habría puesto en seria dificultad si su contramarcha no hubiera sido resuelta tan oportunamente. Por corta providencia, y como para ensayar los cañones, dos baterías, colocadas sobre una altura conveniente, les enviaron una serie de andanadas que introdujeron la mayor desorganización entre sus columnas. A la simple vista nos era fácil ver cómo caían las

granadas levantando un remolino de arena al estallar entre las filas compactas, desordenándolas al principio y dispersándolas completamente algunos minutos después.

Hasta ese momento aún no habíamos recibido órdenes. Fácil era, sin embargo, comprender que el plan sería el ataque de flanco, ya que por los distintos pendones enarbolados de trecho en trecho al frente y sobre una línea que se extendía en un espacio apreciable en más de dos leguas, las fuerzas enemigas debían de aguardarnos parapetadas tras de sus trincheras, en las alturas, sobre el cordón formado por los cerros. Tacna quedaba, por consiguiente, a la espalda de sus defensores, que así protegían el centro de sus recursos y todos los accesos practicables hacia la ciudad, desde los pueblos del Este hasta la mitad del trayecto que los separaba de Arica, su puerto principal.



Tomada Tacna, después de abrirnos paso por entre las trincheras, la caballería debería cortarles la retirada por el valle hacia el interior, quedando entonces el enemigo obligado a replegarse sobre Arica, en donde tendría que defenderse a la vez de los asaltantes de tierra y del ataque de la escuadra que bloqueaba la plaza.

La sola vista, pues, del campo de batalla y los pocos datos que los subalternos teníamos sobre la disposición del ejército aliado nos permitían darnos cuenta suficiente de nuestra posición, reducida a lo siguiente: si vencíamos, Tacna, y en seguida Arica,

caerían fatalmente en nuestro poder; si, por lo contrario, éramos derrotados, ¡la muerte, la muerte horrible en el desierto o a manos de los enemigos!

Tal era la partida, sin que hubiera la menor probabilidad de otra solución posible para los expedicionarios.

Recuperadas sus antiguas posiciones por los aliados, no había duda de que sería forzoso ir a buscarlos en ellas, por desventajoso que fuese este medio para nuestras armas.



Formados en línea de batalla, nos hallábamos ya casi listos para avanzar, cuando recibimos el primer disparo de cañón enviado con dirección perfecta por los artilleros de la alianza. Era éste nuestro bautismo.

Por un sentimiento instintivo, al ver desprenderse del borde de la fortaleza el penacho de humo que acompaña al disparo, apenas tuvimos tiempo de inclinar bruscamente la cabeza, alzando los hombros con ese movimiento peculiar del que siente que se le viene algo encima. Antes de que se oyese el estampido, ya el proyectil pasaba silbando con ruido infernal por encima de nuestras filas y, describiendo una curva acentuada en el espacio, iba a estallar en mil pedazos a cincuenta metros de distancia, haciendo un torbellino de cascos, fuego y humo, mezclados con el polvo de la arena.

A pesar de la impresión nerviosa que en aquel instante conmovió hasta al más sólido de nuestros hombres, un ¡hurra! formidable, seguido de vivas

a Chile y kepis que volaban por el aire, saludó este primer cañonazo, señal del combate terrible que tres horas después debía hacerse general.

Aseguran algunos que se han batido y quieren hacer alarde de valor y sangre fría, que desde el comienzo de la refriega, al oir el zumbido de las balas que cruzan, se han quedado impasibles y así como quien asiste a un ejercicio de fuego con pólvora en el Campo de Marte. Yo, con otros muchos que han agotado esta materia, me atrevo a poner en duda semejante aseveración y tengo la franqueza de confesar que en tales circunstancias me encontré agitado por una especie de convulsioncilla y sensación especial que tenía mucho de parecido con el miedo. Igual o muy semejante cosa debía de sucederles a todos aquellos con quienes en esos instantes comunicaba mis impresiones, porque, a pesar de que, como yo, animaban a los soldados y lanzaban vivas hasta aturdirse, estaban pálidos y se sacudían, como queriendo arrojar lejos de sí aquel malestar inoportuno que les invadía muy a su pesar. El mérito de todos era sin duda grande, por aquello de que



Sentir nervioso el miedo es ser prudente:
El saberlo vencer es ser valiente.

El *Esmeralda,* compuesto de novecientos hombres, más o menos (pues las enfermedades y otras causas habían disminuido el número), pertenecía a la primera división bajo las órdenes del coronel Amengual, que desde la salida de Iquique había sido reemplaza-

do en el mando especial del regimiento por el inteligente y caballeresco comandante D. Adolfo Holley. Los otros batallones que la completaban eran el *Valparaíso*, el *Naval* y el *Chillán:* tres mil y tantas plazas en todo.



Colocados enfrente del extremo izquierdo de la línea enemiga, deberíamos, sin duda, marchar diagonalmente para atacarla de flanco. Nuestra división formaba la vanguardia, de modo que, tanto por orden de número (he dicho que teníamos el primero) cuanto por ser tres de sus regimientos de la Guardia Nacional movilizada, era lógico hacerlos avanzar adelante, reservando para apoyar y sostener el ataque los batallones de línea veteranos y fuertes y, por consiguiente, más aptos para decidir el éxito de la acción, una vez que fueran llamados a entrar en ella.

No tardamos en saber que estas habían sido las disposiciones del Estado Mayor general.

Impuesto de todo el jefe de nuestra división, ocupábase en pasar revista a sus soldados animándolos, como lo he dicho, con palabras de fuego que atizaban más y más su entusiasmo y les hacían entregarse a manifestaciones de toda especie.

La distribución de los tiros de repuesto se hacía en aquellos momentos a los distintos cuerpos, tocándoles a razón de doscientos cartuchos por soldado. El *Esmeralda* y los demás de la división que debían empeñarse en el combate simultáneamente con los de la segunda, hicieron presente a los ayudantes que sólo poseían cien cartuchos por fusil, can-

tidad insuficiente, si, como era de suponerlo, el asalto de las trincheras duraba algunas horas.

Por razones que hasta la fecha no han sido debidamente explicadas, cuando el coronel Amengual puso en conocimiento de quien correspondía esta circunstancia, sea que el jefe del Parque se hallase muy ocupado con otros cuerpos en aquel momento, sea que no tuviera él las órdenes necesarias para atender a esta reclamación (lo que es más probable) o sea, por último, que ello se considerase de poca importancia, trascurrió un tiempo, precioso en aquellos momentos, sin que las municiones solicitadas nos llegaran; de modo que cuando la orden definitiva de *cargar paralelamente con la segunda división, protegidas ambas por los fuegos de la artillería,* fue trasmitida a nuestros jefes en alta voz (y tanto que muchos de nosotros pudimos oirla de boca del mismo ayudante), ninguno dudó de lo arriesgado de la empresa que se nos encomendaba.



Y no sólo esto debía considerarse como una irregularidad; había otro punto que quedaba en blanco e importaba otra necesidad no satisfecha por el jefe de Estado Mayor general, tan celoso siempre del cumplimiento de los altos deberes de su cargo y tan brillante organizador de las medidas que dieron por resultado la victoria.

No tengo la pretensión de censurar su conducta; pero así como en una ocasión, de feliz memoria para mí, en que halléme colocado próximo a él en un banquete amistoso que en casa de un pariente muy cercano mío se daba a un ilustre Jefe, tuve la fran-

queza de hacerle presente mis ideas delante de muchos de sus compañeros de armas que recordarán el hecho, así también hoy, al tratar de nuevo este punto, me permito declarar que no ha podido ni debido condenar la conducta del bizarro jefe de la primera división, ya que —involuntariamente sin duda alguna— había el mismo concurrido a producir las dificultades en que pocas horas más tarde se le colocó.



Asegúrase, en efecto, que Amengual manifestó la absoluta necesidad de que se le confiara, como es de rigor en tales casos, alguna fuerza de caballería y artillería de montaña con qué protegerse en momentos difíciles, y que esta justa petición que denotaba previsión y competencia superiores en quien la hacía, le fue negada por el mismo Estado Mayor, con pretextos poco aceptables.

Fácil es, pues, comprender que sólo un deseo, mil veces laudable, de dar verdadero ejemplo de ciega obediencia a las órdenes de lo alto, manifestándose, ante todo subalterno disciplinado y fanático de su deber, pudo obligar al hidalgo veterano a aceptar para sí y sus soldados las dificultades, diré casi el sacrificio, que se les imponía. Más tarde, sin embargo, eso no ha sido comprendido, y hay quienes han visto en todo segundas intenciones y móviles de ambición loca. "El jefe de la primera división —han dicho— acarició la idea de ganar, solo, la batalla, soñando con hacer suyos todos los laureles de la jornada". Tan candoroso modo de discurrir no atenúa, sin embargo, la satisfacción que se siente cuando se tiene la conciencia del deber cumplido has-

ta la abnegación. Y si no, allí están para probarlo las numerosísimas bajas con que cada uno de los cuerpos de la vanguardia selló su sacrificio en las alturas del campo de la alianza, debiendo contarse entre ellas, sólo en el *Esmeralda*, las de uno de sus jefes, trece oficiales y doscientos treinta y ocho soldados — la mayor cifra de bajas en toda la división.

Contrariado Amengual con las dificultades que encontraba, sólo pensó en superarlas a fuerza de heroísmo. Hizo una señal a su corneta de órdenes y la división comenzó a avanzar a paso redoblado bajo el fuego de los fuertes enemigos.

Un hecho, por demás conmovedor, sobrevenido en aquellos momentos, me obliga a hacer un pequeño paréntesis para recordarlo de paso.

Afianzadas las armas (pues teníamos orden de no hacer fuego hasta no encontrarnos a distancia en que hubiera seguridad de no perder los tiros de que nos hallábamos escasos), habíamos adelantado sólo unos cuantos metros por el llano, cuando vimos aparecer por nuestra derecha, al galope tendido de un brioso alazán, al capellán general del ejército D. Florencio Fontecilla, quien dirigiéndose a los jefes les pidió hicieran alto algunos segundos para decir dos palabras a los soldados de los regimientos.

Accesible a tan justo deseo, y dando el primero el ejemplo de descubrirse, el comandante Holley ordenó rendir armas.

¡Nada más imponente que aquella ceremonia! Novecientos soldados, resueltos a morir antes que inclinar su cabeza en presencia de todo un ejército



enemigo, a un redoble de tambor, caían respetuosos de rodillas a los pies de un solo hombre, sin otras insignias que la roja cruz sobre el hábito, y se descubrían con reverencia para recibir la absolución de sus manos!

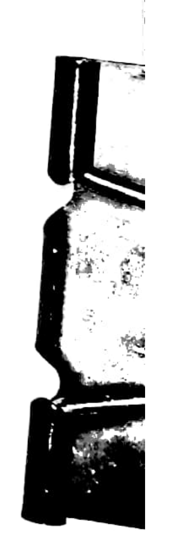
Volvióse a afianzar, resonaron de nuevo los rede los parches en medio de ¡vivas! atronadores, la banda preludió los primeros compases del himno nacional y la línea se puso otra vez en marcha...

En la Batalla

Apretadas las unas contra las otras, las compañías guardaban perfectamente su colocación, a la vez que las hileras de guerrillas, avanzando todavía en la posición recta, se alistaban para abrir el fuego a vanguardia.

La distancia que nos separaba del pie de las trincheras disminuía visiblemente, y ya las alturas se dibujaban con toda claridad.

Durante más de dos horas continuamos, con paradillas de sólo algunos minutos, esta fatigosa marcha que ha dado ocasión después a tantos comentarios.



En efecto, el brío de las tropas novicias de que constaban nuestros regimientos no podía ser fácilmente contenido, de manera que sin disminuir en casi todo el trayecto el compás de una marcha acelerada, nos encontramos, en poco tiempo más, un gran espacio de terreno adelante de la segunda división, con la cual, según la orden, *debíamos marchar paralelos*. Esto constituye uno de los más serios cargos hechos al coronel Amengual, a quien se ha criticado el que no hubiera contenido el ardor de sus tropas, arriesgándose así, como lo hizo, a recibir

mucho antes el fuego del enemigo y aun a ser envuelto por falta de apoyo.

Muy lógico será, sin duda alguna, este razonamiento, muy ajustado a las reglas de la táctica militar y todo lo que se quiera; pero, para mí, tengo por mucho más natural y sensato el que en aquellos momentos debió hacerse el heroico jefe de la primera división y que podría resumirse en estas palabras: "Si me dicen que marche paralelo *con* la segunda división, lo natural es que ésta, a su vez, haya recibido con respecto a la mía la misma orden... ¿A cuál le toca, pues, mantener su nivel?... Si se atiende al orden numérico, lo justo es que la segunda siga a la primera; si, por lo contrario, la intención de la orden ha sido que yo me ajuste a la marcha de mi vecina, hay aquí una simple cuestión de brío..."

Resuelvan los demás el problema; pero tomen antes en consideración que la delantera la llevábamos los soldados de la primera y que nada había en la famosa orden del *paralelismo* que indicara al jefe de aquélla la necesidad de poner un freno al empuje de sus soldados.

Pudiera, en contradicción a estas ideas, aducirse el argumento de que marchando en línea y de frente, lo regular es alinearse tomando como guía la izquierda, ya que nosotros ocupábamos la derecha; pero, sin echarlas de táctico consumado, me atrevería a responder que no constituyendo ambas divisiones una línea *unida*, no sé hasta qué punto habría sido necesario ajustarse a esa regla, sobre todo cuando

el uso hace que sea un guía *central* el que determine el nivel de las dos alas: derecha e izquierda.

No es mi ánimo, sin embargo, lo repito, emitir juicio sobre la disposición general de este avance, para lo cual me reconozco incompetente: digo sólo lo que creo basta para explicar nuestra manera de obrar. Tampoco (y esto deseo acentuarlo) abrigo por un instante siquiera el deseo de echar la menor sombra sobre la conducta de la segunda división y su heroico jefe, quien se ciñó estrictamente, durante la marcha, a lo que era su deber, maniobrando según su modo de apreciar la orden. La brillantísima conducta de esa porción del ejército al entrar en un combate y la manera como hasta el fin sostuvo su pabellón, ganando a cada momento mayor terreno y dejando al fin el campo cubierto con sus muertos y heridos, están sobre toda intención de sospecha y bastan para demostrar de una manera clara y evidente que tanto sus conductores, como sus oficiales y subalternos, eran todos de temple superior.



Mis reflexiones van dirigidas a terceros, a esos oficiosos —*cucalones* lo más— que de voz en cuello nos culparon más tarde y comentaron acremente y de la manera más antipatriótica las disposiciones de nuestro jefe.

El resultado era, pues, inevitable. Al cabo de pocas horas nos hallábamos ya casi sobre las trincheras de los aliados, solos y sin más protección que la que podrían prestarnos una hora más tarde (y no antes) las fracciones del ejército que habíamos dejado a larga distancia.

En aquel momento, y como para no darnos el tiempo de reflexionar, una granizada de balas dirigida sobre nuestras filas cruzó por entre los soldados, en quienes la impresión del silbido del plomo que pasaba rozando los cañones de los fusiles se tradujo por una brusca conmoción y ruido general de bayonetas y caramayolas sacudidas.

Las guerrillas alistaron la recámara de sus *Gras*, apuntaron e hicieron fuego. La contestación fue una nueva lluvia de proyectiles, esta vez mejor dirigida, que hizo gran número de claros en nuestra línea. Los primeros heridos comenzaron a caer revolcándose por el suelo y dejando escapar lastimeros gemidos o juramentos y rabiosas imprecaciones. A nuestra vez, tomamos parte en el tiroteo y nos ocupamos al frente de nuestras mitades en dirigir el fuego, que se hizo pronto general.

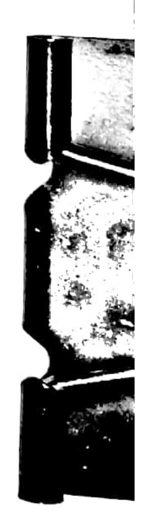
Los aliados nos fusilaban a mansalva y de mampuesto, sin que nos fuera posible devolverles con igual frutos sus tiros, pues, colocados tras sus trincheras de sacos de arena amontonados los unos sobre los otros, sólo podíamos divisar las bocas de sus fusiles, que a lo largo de todo el parapeto trazaban una inmensa línea semicircular de lenguas de fuego convergentes al espacio ocupado por la nuestra.

Difícil, si no imposible, me sería definir en este momento la impresión que sentí cuando me ví envuelto en medio del fuego mortífero que nos diezmaba. Creo que mi primer impulso fue el de no seguir avanzando. Con sorpresa, sin embargo, me encontré en mi puesto al frente de mi mitad, un tanto

desorganizada por las desigualdades del terreno y por la confusión que, naturalmente, habían introducido en todos los batallones los primeros disparos del enemigo, casi a boca de jarro.

Mis soldados se batían concienzudamente, obedeciendo, al mismo tiempo, las órdenes emanadas del capitán de la compañía, órdenes que les trasmitíamos. En algunos segundos la línea volvió a quedar cerrada, y avanzando, avanzando siempre, medio agazapados, hacia la cumbre, pudimos darnos mejor cuenta del campo de batalla, a pesar del humo que se hacía cada vez más intenso.

El enemigo, viendo que le atacábamos de flanco, hubo de reconcentrar sus fuerzas sobre el costado amenazado, que a cada momento se robustecía con nuevas fuerzas, nutriendo más y más su fuego.



Mi tropa se renovaba a medida que se reducía: cuando caía un soldado, otro lo reemplazaba en su puesto, con el mayor orden posible. Nosotros recorríamos nuestras filas gritando para hacernos oir en medio del tiroteo, y el avance constante. A izquierda y derecha las otras compañías estrechaban, a su vez, la distancia y mezclándose con las de los demás cuerpos de la división que ocupaban más o menos la misma zona de terreno, avanzaban juntas con igual rapidez. Mientras disputábamos el campo por ese lado, a continuación, el resto de la división sostenía el fuego. El comandante Holley, seguido de dos ayudantes, pasaba frente a la línea y nos gritaba: ¡adelante...!

Muy cerca de mí, llevado por el ardor de su ca-

rácter impetuoso, Martiniano Santa María (teniente de la cuarta compañía, y por tanto, mi vecino) cumplía admirablemente con su deber. Florencio Baeza, mi capitán, peroraba a sus soldados y cambiaba conmigo sus observaciones: todo ello con la mayor sangre fría. Tan bravo como Martiniano, el valor en él se manifestaba de distinta manera. Arístides Pinto Concha, muy próximo también a mi puesto —pues era el teniente de la segunda (yo pertenecía a la tercera)—, caía herido, después de batirse con denuedo y entusiasmo. Semejante a él, Joaquín, su hermano, se posesionaba de las necesidades de la situación y combatía con calma, haciendo el elogio de los soldados que se distinguían y atizando así su amor propio y patriotismo.



Quédame sólo Montalva, que era mi compañero de mitad, a quien perdí de vista en un momento de confusión. Después pude ver que una bala le había atravesado el pecho, dejándole sin conocimiento. Doce horas más tarde expiraba de su herida.

Los oficiales citados fueron los que tuve ocasión de ver durante la acción. En cuanto a los demás, cada uno en su puesto, pero ocultos a mi vista por el humo del combate, se distinguían por su sangre fría y bravura, según lo expresó en el momento de la victoria el jefe del regimiento.

Y entretanto, el fuego continuaba vigoroso y graneado y haciendo a cada instante nuevas víctimas.

Mas de media hora trascurrió así, y ya la intensi- del humo espeso que casi nos ahogaba, me quitó toda conciencia de lo que pasaba a mi alrededor.

No perdía, sin embargo, de vista los fusiles enemigos cuyos fogonazos resplandecían al frente, sirviéndome como de guía, junto con la voz de las cornetas y las indicaciones de los ayudantes.

Notaba que la acción se empeñaba. Entre los míos, arrastrados por la fiebre de la pelea, descubría a veces el kepis de algún *Chillán* o *Naval*, separados inconscientemente de sus filas. Los accidentes del suelo constituían una verdadera dificultad para regularizar la formación, de modo que había llegado el caso de combatir en guerrilla.

Empeñado en reunir mi tropa hallábame, cuando oí a mi lado una voz:

"Parece que ganamos terreno, subteniente".

Quien así me hablaba era un oficial del batallón porteño, mezclado con un piquete de los suyos entre los *Esmeraldas*.

"Así lo creo también", le contesté...

"¡Cargar un poco sobre la derecha...! ¡A coronar aquel morro.! ¡Adelante...!" Reconocí en estas voces la de Joaquín Pinto, con quien nos reunimos repitiendo la misma reflexión hecha por el oficial del *Valparaíso*.



Medio muerto de cansancio, jadeante y con la frente cubierta de sudor, el amigo Joaquín se servía para enjugársela de un inmenso pañuelo, mitad negro y mitad rojo, famoso por sus antecedentes y no abandonado durante toda la expedición...

"Guarda ese *trofeo*", le dije. "Vas a presentar con él mucho blanco al enemigo..."

"Y, sobre todo", agregó el oficial porteño, "se-

parémonos un poco por la misma razón, y..."

No alcanzó a terminar la frase.

En ese momento, como atraída por sus palabras, una bala dióle en medio de la frente, haciéndole caer de espaldas, sin un quejido, sin un suspiro siquiera. ¡La muerte había sido instantánea y apenas si de la herida salía, corriendo por la sién y perdiéndose entre sus cabellos, un hilo finísimo de sangre!...

Sin detenernos sobre el cadáver, Pinto y yo nos separamos silenciosos y nos perdimos entre el humo y los soldados...!



Mientras arrinconábamos al enemigo en sus trincheras, avanzando siempre, las divisiones de retaguardia se acercaban, aunque no con la rapidez que nos hubiera convenido.

Una hora de combate contra fuerzas mucho mayores, que se reemplazaban a medida que nuestros batallones, enardecidos por la pelea, les iban haciendo enormes brechas, agotó nuestra provisión de municiones, hasta el extremo de que algunos soldados se encontraron en el caso de pedirlas a sus compañeros. El cansancio, por otra parte, atenuaba poco a poco nuestros bríos, y ya muchos, rendidos por la fatiga, se encontraban sin aliento para seguir combatiendo.

Era preciso, sin embargo, sostenerse.

El número de bajas aumentaba a cada paso; de modo que ya los claros hechos en nuestras filas no se llenaban sino muy insuficientemente. La pelea, sin embargo, se mantenía encarnizada y redoblábanse

las voces de mando, que los ayudantes trasmitían cruzando a todo galope frente a las hileras. Entre ellos, Patricio Larraín Alcalde, a quien ví cruzar varias veces, unas llevando órdenes, otras trayéndonos las pocas municiones de refuerzo que podía procurarse.

Ya algunas piezas de la artillería enemiga habían caído en nuestro poder. La primera línea de trincheras capitulaba, al mismo tiempo, bajo el impetuoso asalto de los tres batallones chilenos. En cuanto a las guerrillas del *Valparaíso,* destrozadas y reducidas a unos cuantos hombres, se batían aún con valor espartano.



En aquellos momentos, y cuando nos preparábamos a caer sobre la segunda línea de trincheras, la vimos coronarse, tupiéndose, por decirlo así, de casacas rojas. Eran los famosos *Colorados de Daza,* enviados, según se supo más tarde, en reemplazo de los fugitivos del batallón peruano *Victoria,* que acababa de ceder dispersándose.

Los bravos bolivianos se apoderaron en un segundo de los parapetos y desde allí empezaron a hacernos, con el ímpetu natural de una tropa que entraba de refresco al combate, un fuego vivísimo que durante largo tiempo contuvo nuestro ataque, pero sin hacernos ceder hasta entonces el terreno ganado.

La situación se hizo terrible.

Quemamos los últimos cartuchos, diezmadas nuestras filas, cayéndonos de fatiga, no era posible sostenernos más. En vano mirábamos hacia atrás para ver si las divisiones que debían apoyarnos en-

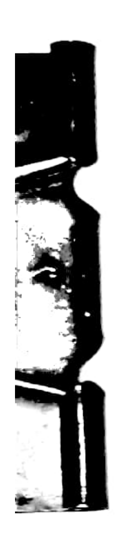
traban ya en la línea de combate: muy lejanas aún, comprendimos que no les sería posible reunírsenos antes de muchos minutos. Y en esos momentos, ¡cuán largos no parecen los segundos...!

¿Qué hacer?

Esta fue la pregunta que todos nos dirigimos.

No había más remedio que sacrificarnos.

Impuestos, sin duda alguna, los jefes enemigos del estado de suprema angustia en que nos encontrábamos, dieron la orden de atacar. Hasta entonces se habían mantenido a la defensiva, cediendo terreno; de modo que al salir de sus trincheras en formación perfectamente regular, comprendimos, solamente, cuán formidable debería ser ese ataque.



Aparte de la ventaja real que les daba su número y condiciones, tenían la de combatir avanzando cuesta abajo, al revés de nosotros que debíamos sostener y rechazar su empuje sobre un plano inclinado, subiendo o manteniéndonos firmes.

Esto fue lo que hicimos.

Resueltos a vender caras nuestras vidas, nos cerramos, estrechándonos firmemente y, siempre haciendo disparos, tratamos de resistir el choque...

¡Al recordar hoy este instante, que veo con los ojos de la memoria, confuso y como al través de un velo opaco, no me sería de ninguna manera posible definirlo sin incurrir seguramente en graves inexactitudes. Envuelto en un círculo de fuego, en medio de nubes de humo, sólo sé que oí gritos y gemidos, choques y silbidos de balas. En cuanto a lo que

sucedió... no lo sé: una confusión horrible de hombres que saltaban o se agazapaban, unos corriendo hacia adelante, otros retrocediendo medio despavoridos. No había duda: el enemigo recuperaba su terreno perdido, y el irresistible ímpetu y empuje de sus filas compactas arrastraba masas de soldados, entre los cuales me encontré mezclado y confundido como los demás, sin saber ya qué dirección tomar y sin darme cuenta de si estábamos aún entre filas amigas o contrarias.

Desatentado cogí un fusil que encontré a mis pies al pasar tropezando por sobre el cadáver de un soldado horriblemente destrozado y quise hacer fuego; pero a la verdad que no supe a dónde dirigirlo: por todos lados había una confusión tal y eran tales también el humo y el polvo de la refriega que no supe orientarme.



Sólo recuerdo que sin cesar me sentía más y más arrastrado hacia el fondo de un valle formado por dos montículos de terreno arenoso...

Si esta situación hubiera durado diez minutos más, es seguro que no habría quedado uno solo de nosotros con vida después de la jornada. Una circunstancia que nos pareció providencial en aquellos momentos salvó el resto de la división y devolvió el orden a las filas.

Un destacamento de caballería colocado sobre la derecha —desde donde podía observar nuestros movimientos—, viendo la confusión que reinaba entre los diversos pelotones arrastrados más y más por el enemigo, tomó su distancia correspondiente y

volvió bridas para caer cargando con furia sobre las columnas enemigas con el propósito de desbandarlas.

Precipitándose desde la altura, enfilados y a rienda tendida, los briosos corceles estremecían el suelo con sus herrados cascos.

Confundidos chilenos y bolivianos, es posible que entre el humo de la pólvora hubieran caído unos cuantos de los primeros bajo los vigorosos sablazos de los jinetes.

Al retirarse las guerrillas de los aliados, el campo se despejó y sólo entonces pudieron observarse los estragos hechos por el combate. Zanjas, alturas, trincheras, llano, todo era un montón de muertos y heridos.



Mientras nos reuníamos, íbamos reconociendo los uniformes de los soldados de los cuatro batallones de la división, mezclados con los del enemigo. Por todos lados sables, fusiles, intactos o desmontados, cañones, cartucheras, kepis y, en medio de todo, cadáveres de hombres y animales, mutilados atrozmente: ¡la guerra con todos sus horrores...! ¡por dondequiera, la desolación y la muerte...!

Entretanto, las demás divisiones entraban al combate. Atacando simultáneamente el centro y el ala derecha del enemigo, al cual obligaban a replegarse por minutos hacia sus últimas fortalezas, se envolvían en un fuego sostenido y prolongado durante más de cinco horas.

Para reemplazar la falta de municiones (se recordará que el *Esmeralda* no había recibido repuesto alguno al entrar en acción), tomábamos del cinto

de los que iban cayendo los pocos cartuchos que así podíamos procurarnos y los repartíamos entre los soldados.

La fatiga, el hambre, la sed, por otra parte, iban dejando tendidos en el suelo a los menos fuertes.

Llevábamos ya, como lo he dicho, más de cinco horas de combate y de marcha, cinco horas de agitación física y moral incesantes, ¡y era preciso, sin embargo, avanzar aún, seguir trepando aquellas colinas arenosas, al rayo del sol y con el equipo indispensable a cuestas; gritar sin reposo y a toda voz, para animar a los soldados; ir y venir de grupo en grupo ordenando a los que las peripecias de la lucha alejaban con exceso o reunían con peligro; retroceder a menudo para colocar a un herido en sitio apropiado tras de elevaciones accidentales o concavidades de terreno que pudieran resguardarlo un tanto de las "balas locas"; volver en seguida al puesto primitivo, y así, ganando y perdiendo terreno alternativamente, quintuplicar las distancias recorridas, extremar el cansancio y agotar más y más las fuerzas.



Llegó un momento en que extenuado, a mi vez, del todo, me sentí languidecer.

Nubláronseme los ojos, se me doblaron las piernas y caí.

Mis soldados siguieron adelante. Así se lo ordené.

La provisión de agua se había agotado por completo en mi caramayola: los dos o tres hombres que me rodearon al caer no la tenían tampoco...

"Adelante!", les dije, "sigan ustedes avanzando: descansaré yo un momento aquí y los alcanzaré luego. ¡Adelante!"

Y desaparecieron tras de la colina.

Quedé allí solo, en el fondo de una hondonada de treinta o cuarenta metros de radio, al término de los cuales, las cimas arenosas que la cerraban por todas partes parecían poner límite a la tierra haciendo desaparecer a mi vista todo otro horizonte circundante, como si me hubiera hallado en las orillas interiores de un cráter o en la cuenca disecada de una laguna.



Allí desfallecía, cuando ví aparecer a un soldado *Esmeraldino* a quien el cansancio había hecho quedarse sin duda atrás como a tantos otros.

"¿Qué le pasa, mi subteniente?", me dijo al divisarme.

"Aquí estoy, extenuado, como ve. Descanso un momento".

"¿Tiene sed?"

"Bastante, pero no me queda ni una gota de agua".

"Yo tengo. Y mezclada con café, que es lo mejor. Tome; es muy poca, pero no la necesito: he bebido ya".

Y me alargó la caramayola.

"Por lo demás", agregó, "dicen que ya estamos casi encima de Tacna y que hemos vencido. ¡Viva Chile! Hasta luego, mi subteniente. Yo sigo mi camino".

Y desapareció.

El valiente y generoso compañero que tan oportuno y desinteresado servicio me prestaba, era aquel mismo soldado, altanero y rebelde, a quien varios meses antes le había hecho yo aplicar, como escarmiento, un terrible correctivo, y que, al decir de algunos, como se recordará, había jurado vengarse en la primera oportunidad... Era Francisco Canchú.

Un cuarto de hora después, ocupados de nuevo en reorganizar el resto de nuestras compañías y en proveernos de nuevas municiones, que sólo entonces nos fueron repartidas, pudimos volver al ataque, pero sin tomar ya en él parte del todo activa.

Las divisiones restantes arrollaban las filas de los aliados y las arrastraban poco a poco hacia la campiña, dentro de la cual se anidaba la ciudad, que no tardó en aparecer a nuestra vista.



Reclinada en el fondo del pintoresco valle, la famosa Tacna parecía dormir tranquila, a pesar de la batalla que tronaba en las alturas.

Nuestra artillería no descansaba un momento. Ya muchas piezas habían coronado las cimas de los cerros y quedaban listas para hacer fuego sobre la ciudad.

Se veía claramente que la victoria no tardaría en decidirse por nuestra parte. Los ayudantes pasaban anunciando buenas noticias y los jefes pedían a sus soldados aún un esfuerzo... "¡Van retrocediendo...!" gritaban... "¡El triunfo es nuestro...! ¡Seguir avanzando...!"

Eran las dos de la tarde. A las tres el enemigo

se batía en retirada, y una hora después se dispersaba por el valle, perseguido por nuestra caballería, que recogía multitud de prisioneros.

¡Antes de ponerse el sol, la batalla quedaba concluida y Tacna en poder de las armas de Chile...!

En el curso de este capítulo he hecho mención de la confusión momentánea de la primera división, extendiéndome intencionalmente sobre ella para dar a conocer las causas que la motivaron y que no han sido hasta hoy suficientemente establecidas.



Los hechos se reducen a lo siguiente:

Una fracción del ejército, compuesta sólo de tres mil plazas, desprovista del número necesario de municiones y elementos requeridos para operar, según el papel a que se le destinaba, llevada del entusiasmo de su joven dotación, se avanza gran trecho, es sorprendida después de una larguísima marcha por el *fuego cerrado* de fuerzas inmensamente superiores, y lo sostiene enérgicamente, *durante más de dos horas,* antes de recibir el menor apoyo y auxilio.

En este tiempo, logra desalojar tres líneas de trincheras enemigas y apodérase de buen número de cañones.

Rendida de fatiga, concluidas sus municiones y perdida *"más de la tercera parte de su gente"**, vese obligada a detenerse un segundo bajo el empuje

* El *Santiago*, el *Esmeralda* y el *Atacama* fueron los cuerpos que más bajas tuvieron en el Campo de la Alianza.

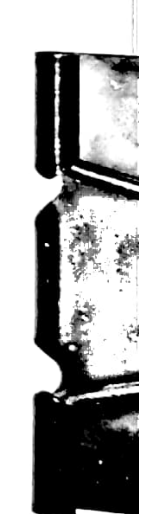
irresistible de masas enemigas, aumentadas y renovadas sin cesar.

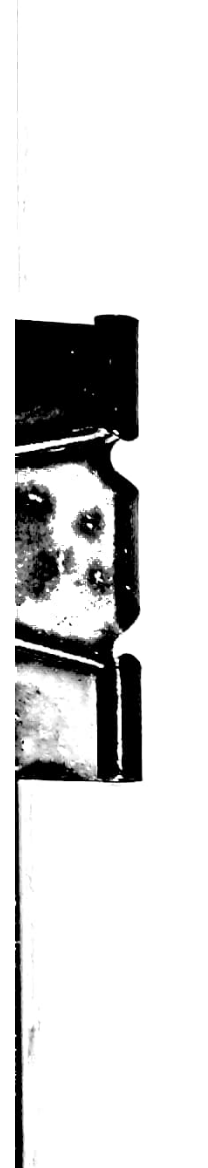
En tales momentos, protegida por una brillante carga de caballería, logra rehacerse y toma de nuevo parte en la batalla hasta concurrir a la victoria, dejando al fin de ella el campo sembrado de sus muertos y heridos, entre los cuales cuéntanse varios jefes y gran número de oficiales...

"¡Bien merecido, por ambiciosos e indisciplinados!" han dicho los descontentos...

Y yo —haciéndome eco de esas palabras, y a riesgo de ser tildado de parcial por los que crean que no me toca dar la voz—, cada vez que veo brillar sobre el pecho de los bizarros soldados de nuestra división la medalla del 26 de Mayo, repito con ellos:

¡Bien merecida...!





Después del Combate

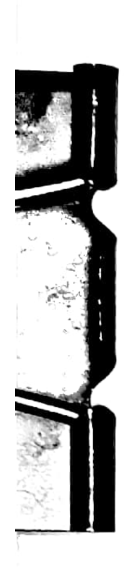
¡Oh hermosa noche, plácida, admirable!
Transido y fatigado
En torno a esta fogata deleznable
Cuya luz ilumina el campamento,
Por fin voy a dormir...!
Mi bravo Regimiento
En las altiplanicies acampado
De un arenal estéril, que domina
El valle verde y gris, donde termina
En alto promontorio convertido,
Reposa en este instante
Entregada su suerte a la cautela,
Al ojo vigilante
De alerta y abnegado centinela...



¡Ay! cuántas reflexiones en mi espíritu
Encienden los reflejos vacilantes
De este fogón, que en medio de la calma
Y plácido silencio circundantes,
Por la más leve brisa alborotado
En rauda variedad de ondulaciones,
Ya rugiente, ya altivo, ya humillado,
Ora vibrando en flámulas,
Ora en chispas, petardos y explosiones,
Remeda con voluble inconsistencia
Del espíritu humano la demencia!

¡Cómo hablan a mi alma
Esos soberbios astros
Cuya serena calma
De hondo contraste sirve a las pasiones
Hirvientes y fogosas
Que agitan nuestros fieros corazones!

Arriba paz: abajo encono, guerra;
Luz en el cielo y en la tierra sombra...
¡Incomparable ceguedad que asombra!
¡Odiosa ley que la conciencia aterra!



"¡Vayan por lo que valgan estos versos, improvisados al verdadero "amor" de la lumbre, pues nunca fue para mí tan dulce el calor de unos tizones!

Y vaya también por lo que tenga de cierto el dicho, mediante el cual se asegura que lo que se ve negro entre las sombras nocturnas suele resultar azul o color de rosa con luz de sol al siguiente día.

Tal es mi caso. ¡Viva y mil veces viva, y otras tantas bendito sea el capricho que me vino un día de meterme a guerrero!

Así comienzan las páginas del borrador de mi diario, después de una forzosa interrupción de varios días.

Los incidentes de la batalla, recién narrados, tenían allí reservadas las hojas necesarias para anotarlos.

¡Más vale tarde que nunca!

Hoy solamente, al terminar el capítulo que pre-

cede, me ha sido dado llenar esos claros que dejaban incompleto mi manuscrito.

Para no serle del todo infiel, concluiré copiando lo que sigue y conservándole, por tanto, la forma original, que constituye para mí su mérito único.

Muy verdadera será la copla cantada por el aporreado sargento de aquella zarzuela española que motivó mis primeras emociones teatrales en la época de mi niñez:

Siempre sin comé,
Siempre sin cená;
¡No hay vía más perra
Que la del melitá...!



¡pero ni la sed, ni los cabeceos, ni las piernas porfiadas, ni estas remendadas botas, este traje destruido y estas barbas de chivato (con todo lo cual debo parecer un postillón después de cincuenta leguas de diligencia), son bastantes a disminuir el regocijo con que pienso en la hora de mi entrada triunfal al frente de mi mitad, y en los aplausos de mis parientes, amigos y conocidos...! ¡Haberse batido ayer en Tacna y hallarse hoy sano y salvo y cristiano de pólvora...! ¡Dormir pronto en la ciudad, probablemente en una deliciosa casa, como en Locumba! ¡Comer en el hotel *con un* château! *Tirar estos harapientos arreos de uniforme! ¡Pasearse, como hecho de nuevo, por las calles, guiñar el ojo a las tacneñas...! ¿Hay felicidad mayor en el mundo...?*

28 de mayo de 1880.

El día ha amanecido hoy hermosísimo.

La acción ha debido costar al enemigo gran número de bajas y pertrechos de toda especie, pues en la tarde, al recorrer el campo, he podido apreciar en toda su importancia nuestra victoria.

Algunos amigos, artilleros, nos invitaron ayer a comer en su campamento.

Alrededor de las fogatas, encendidas con leña del valle de Tacna, hemos recordado de nuevo los diversos incidentes de la batalla y cada una de las observaciones hechas particularmente. Todos estamos de acuerdo en creer que los peruanos no volverán a atacarnos y que mañana muchos de nosotros dormiremos en la ciudad.

Se hacen grandes elogios de la conducta de nuestros oficiales. Según ellos, los que han podido observar el comportamiento en la batalla de algunos como Ignacio Carrera, José María Pinto, Federico Maturana (el bravo ayudante mayor y uno de los más entusiastas y atrevidos entre todos), Elías Casas Cordero, Eduardo Lecaros, Rafael Ovalle, Patricio Larraín Alcalde y tantos otros, no han podido menos que admirar su resolución y sangre fría. Del comandante Holley se dicen muchas cosas buenas.

Yo puedo atestiguar el brillante comportamiento de Joaquín y Arístides Pinto, Martiniano Santa María y Florencio Baeza, a quienes tuve de vecinos.

La visita al campo de batalla ha renovado todas mis impresiones de anteayer. He tenido particular

complacencia en recorrer los puntos en que, si la memoria no me engaña, debí hallarme en mayor peligro.

De paso he reconocido los cadáveres de muchos soldados de mi regimiento y, en especial, de mi compañía, por serme más familiar el rostro de éstos. Entre ellos, ¡oh sarcasmo del destino! el de Francisco Canchú, muerto al final de la batalla, al volver, entusiasta, al fuego y ya en el borde mismo de las barrancas desde donde se divisaba la ciudad.

La vista de su cadáver me conmueve hondamente...

Ayudado por un compañero, le doy yo mismo sepultura.

También he reconocido a otro individuo a quien defendí en un consejo de guerra que se le siguió en Iquique por desertor... ¡Infelices! ¡Quién les hubiera dicho entonces que el escapar a los rigores de la pena capital no sería sino para caer, más tarde, bajo el plomo del enemigo!



Nuestro parlamentario ha sido recibido a balazos. No me extraña semejante actitud de parte de un pueblo que en estas circunstancias ha desconocido hasta los más simples y rudimentarios principios del derecho internacional. Los cónsules extranjeros han hecho, sin embargo, entrega de la ciudad a nuestras autoridades, y se susurra que, entre los primeros, entraremos nosotros. ¡Ojalá sea así, pues tarda ya demasiado el momento en que hemos de ver premiados nuestros sacrificios!

Durante todo el día las ambulancias han reco-

rrido las alturas de la Alianza y a cada instante pasan camillas con heridos de las tres nacionalidades. Los pobres cholos *llevan un aire de víctimas sacrificadas y de cierta expresión de dulzura en el semblante. Los bolivianos, por lo contrario, no sé si será idea, pero parecen tener más conciencia de que han caído prisioneros y denotan una especie de ferocidad rebelde que no les va mal. ¡Cómo se ve la diferencia de caracteres entre ambos pueblos!*



En cuanto a los nuestros, a pesar de que las torturas de sus horribles heridas les descomponen la fisonomía, se manifiestan altivos y ufanos del triunfo. Todos les dicen palabras de confraternidad y alivio y les baten palmas.

Los que han logrado bajar al pueblo y vuelven llenos de provisiones, tales como frascos de licor y cigarros, se apresuran a rodear a los heridos para participarlas con ellos.

También a nosotros nos ha tocado alguna parte, pues los asistentes *nos han brindado con el resultado de sus expediciones, y gracias a las pocas monedas que han hecho el viaje por el desierto, se han procurado botellas de cerveza, algunos fiambres y un queso especial que hace las delicias de nuestros paladares, no acostumbrados ya a tales regalos.*

Nos ha parecido inútil levantar tiendas: hemos dormido bajo nuestras mantas extendidas sobre pabellones *de fusiles.*

Los heridos del Esmeralda *son numerosos. Entre ellos hállanse el mayor Coke y tres oficiales: en cuanto a individuos de tropa aún no es posible apre-*

ciar su número. Muy sentido ha sido entre todos el teniente Aníbal Guerrero Vergara, excelente compañero y excelente amigo, que, por uno de esos presentimientos inexplicables, anunciaba su fin. ¡Entre un montón de cadáveres lo hemos encontrado atravesado por siete balazos!

El tiroteo cesa enteramente en los alrededores y los últimos ecos de la batalla han expirado en todo el valle.

Mañana ocuparemos militarmente Tacna.



Tacna

Unas Cuantas Anécdotas

Primero de junio de 1880.

Por más que haya un adagio que dice que el hábito no hace al monje, *es lo cierto que esto de un pantalón más o menos nuevo, con un cuello de camisa más o menos blanco y planchado, una barba acepillada y con forma, en vez de otra desgreñada e inculta, son cuestiones de tal manera importantes en la vida, que me imagino que en ocasiones habrán debido decidir de la suerte de muchos individuos.*



Recuerdo que hace tiempo leí un libro lleno de talento, en el cual figuraba un personaje que hizo camino en el mundo sólo gracias a aquellos accesorios. El autor de la novela propúsose probar que a menudo la sociedad juzga a un prójimo por el modo cómo lleva cortada y arreglada la ropa y, en páginas admirables de ingenio, logró establecer su teoría hasta el extremo de convencer al lector de que nada hay en el mundo como una levita salida de los talleres del mejor sastre, y un cuello cortado por el modelo del camisero más en boga.

Y si no, pregúntenlo los incrédulos a quienes, como nosotros, de la noche a la mañana se hayan vis-

to transformados de andrajosos y sucios peregrinos en dandys *irreprochables, por el poder de cepillos y peluqueros. . .*

Hace tres días que entramos en la ciudad, habiendo cruzado las principales calles antes de hospedarnos en el cuartel que se nos ha designado.

Perfectamente formados los restos del regimiento y marchando por cuartas *en columnas, con la banda de música a la cabeza, en el mayor orden, hemos sido objeto de inspección constante por parte de todos los curiosos, nacionales y extranjeros, que ocupaban los balcones de las casas y las puertas de los almacenes.*



De cuando en cuando nos ha parecido, también, ver entreabirse una cortina y asomarse tras ella, tímidos,. pero más curiosos aún que tímidos, unos ojos negros, que nos miraban un instante al través de los vidrios.

Pero ¡ay. . .! nuestra ilusión sólo duraba un instante, pues apenas veía ella *que la observábamos desaparecía!*

¡O, quién sabe, también, si el vernos tan feos, con nuestros trajes llenos de polvo y nuestros cabellos largos de patibularios no les infundía miedo. . . pobrecillas! Y así debía de ser, en efecto, pues hoy, acicalados y relucientes, hemos vuelto a pasar frente a la misma ventana y los mismos ojos nos han mirado, y esta vez con más atención. . . ¡hasta podría asegurar que nos han seguido algunos momentos. . .!

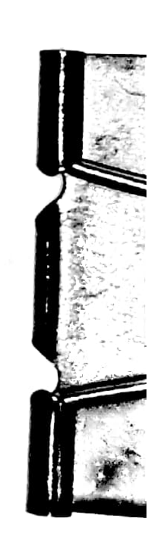
Tacna es una bonita ciudad. Sus calles, aun-

que algo angostas, con edificios bajos como los de la generalidad de las que conservan el carácter que les imprimió la dominación española, guardan, sin embargo, cierta regularidad.

La tarde de nuestra entrada nos ocupamos en recorrer la población.

Por hallarse del todo tranquila, se nos permitió libertad absoluta, quedando sólo en el cuartel los oficiales de servicio.

Dispersos en grupos, visitábamos cuanto juzgábamos digno de llamar nuestra atención, y a la verdad que en esta operación no nos mostrábamos exigentes, pues la falta de costumbre de ver tiendas, carruajes, hoteles y teatros nos hacía encontrarlo todo maravilloso.



Me han llamado sobre todo la atención las indias bolivianas, denominadas rabonas, que se hallan en gran número, por no haber podido las más seguir a sus fugitivos camaradas.

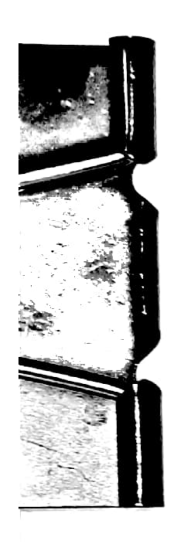
Son éstas unas mujeres que recuerdan todas a la Maritornes de Cervantes: chatas de cara, y de cuerpo robustas, desgreñadas y vestidas con bayetas de colores fantásticos; muchas de ellas llevan sus hijos a la espalda, en una bolsa, a la manera de los indios del Chaco y de Arauco. Hablan un idioma especial que no es precisamente el quichua, y que se asemeja más al aymará, pero que, probablemente, participa de ambos

Según se nos ha dicho, estas indias sirven mucho a su ejército durante las marchas, ayudando a

los soldados a llevar el rollo, la caramayola y aun el rifle, pues son tan fuertes como ellos e igualmente resistentes a las fatigas.

La miseria que reina en Tacna entre el bajo pueblo parece horrorosa. Y, sin embargo, el ejército no carecía de víveres a pesar del bloqueo de Arica.

Dicen los extranjeros que todos los días había bailes y fiestas, y que los más celebrados entre los jefes han sido los bolivianos, mientras estuvieron al frente de las fuerzas.



De cierto jefe se asegura que se hacía escoltar en las calles por un séquito de más de veinte ayudantes, de modo que a larga distancia podía saberse por el ruido de los sables la aproximación de tan interesante persona. Parece, también, que el mismo empleaba la mayor parte de su tiempo en banquetes y darse bombo. Tenorio por naturaleza, hacíase notar entre las bellas por sus fastuosos obsequios y por los retretazos, *a modo de serenatas, que encomendaba a las mejores bandas de sus regimientos.*

Muy indignados están, en general, los extranjeros y aun las mujeres peruanas con la conducta de sus defensores. Si ha de creerse a la vox populi, *los derrotados que pasaban por las calles saqueando los almacenes y, en especial, los puestos de licores, eran apostrofados por las mujeres del pueblo, quienes les querían obligar a volver al campo de batalla, con todo género de insultos pero, sin lograr hacerse oir.*

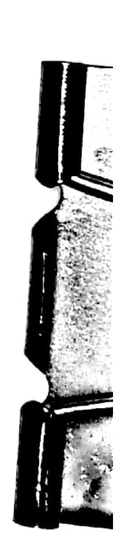
Los peruanos culpan de su derrota a los bolivianos y éstos a los peruanos. La verdad es que los

regimientos de Campero han sufrido un sinnúmero de bajas.

He visitado los hospitales en compañía de algunos amigos. Nuestros soldados están bien atendidos y se manifiestan conformes con su suerte. Dicen que la patria los recompensará, y esperan ansiosos la vuelta al hogar.

Las señoritas de Tacna se han demostrado humanitarias y valientes. Muchas de ellas se ocupan en atender a los heridos, sin distinción de nacionalidades.

Ayer, sobre todo, ha sido muy frecuentado uno de los hospitales. En la sala de los amputados tuve la fortuna de cruzar mi primera palabra con una encantadora tacneña, rubia, de ojos divinos y talle flexible. Se ocupaba, en compañía de otras dos, igualmente hermosas, en distribuir cigarros a los pobres heridos, cuando la casualidad me acercó a ellas.



Iba yo acompañado de Ignacio Carrera. No necesitaba más.

Con un pretexto cualquiera, el galante mocho *(sobrenombre que familiarmente le dábamos) se aproximó, resuelto a entrar en conversación, y comenzó por ofrecerles sus servicios como auxiliar. La respuesta fue un delicioso movimiento de desdén de esos que llamamos un* torcido *o un* dengue *y que se manifiesta tan especialmente por cierta actitud altiva de la cabeza acompañada de una dilatación o estiramiento brusco del labio inferior.*

Pero Ignacio no era hombre de desconcertarse por tan poco. Manifestó cuánto sentía que su ofer-

ta hubiera hallado tan mala acogida y, quitándose del ojal de la casaca un botón de rosa *té que llevaba a pesar de la severidad del uniforme, que nadie como él sabía respetar, expresó el deseo de que, por lo menos, esa fuera más afortunada.*

"¡Será robado...!" le replicaron, y en seguida: "porque todos ustedes son unos ladrones, *que nos han arrebatado nuestra Tacna!"*



Recuerdo que un viejo pariente mío, reputado como muy conocedor de la índole femenina, decía que no hay nada más significativo que esos enojos de mujer y esos modos de que ellas se valen intencionalmente cuando desean que se las festeje. En su manera de ver, en la contestación de nuestra linda rubia debía entenderse algo así como si quisiera decir: "Sigue, sigue ofreciéndome la flor, porque si no creeré que eres un nene". Era, pues, preciso contestar al duro apóstrofe hecho con la cara más mona del mundo, y contestarlo con mucha oportunidad.

"¿Y por qué, entonces", insistió mi amigo, "si somos así como ustedes nos creen, ninguno de nosotros se ha robado aún el oro de esas magníficas trenzas...? ¡Vamos, confiesen ustedes que habríamos comenzado por ahí...!

No había réplica: la rebelde enemiga quedaba vencida y no tenía más que... aceptar la flor.

A partir de ese momento, quedamos en situación de que se nos escuchase y, aunque mi compañero Carrera había hecho todo el trabajo de ataque, cumplíame también participar del botín. Un cuarto de hora de conversación, durante el cual debimos defen-

dernos de mil cargos, fue el premio del asalto.
Y ya que cito este hecho, no estará de más que anote aquí mi primera "aventura", que se refiere al modo cómo Joaquín Pinto Concha y yo encontramos un alojamiento inesperado la primera noche que dormimos en Tacna, y que fue precisamente la de la misma tarde del hospital.

De calle en calle y visitando tiendas, almacenes y monumentos, habíamos caído en una especie de avenida que conducía a varias encrucijadas un tanto separadas del centro de la población.

Al doblar la primera esquina, nos detuvimos enfrente de una fotografía que nos pareció bien montada y ocurriósenos entrar con el objeto de mirar los retratos.



Pisábamos apenas el umbral de la puerta y ya el dueño del establecimiento, que al divisar uniformes chilenos se había levantado respetuosamente, nos hacía mil cortesías con otros tantos ofrecimientos apresurados de su casa, sus planchas, su amistad y "cuanto pudiera sernos agradable". Llevados de la curiosidad, nos hicimos mostrar algunas fotografías, pidiendo a nuestro buen peruano que escogiera las de las bellezas más reputadas del lugar.

Entre montones de tarjetas que nos iba exhibiendo, con mil disculpas por el desarreglo, motivado, según él, por el poco negocio que se hacía a causa de la guerra, nos llamó la atención un grupo de adorables cabezas de mujer. Dos preciosas caritas con ojos inmensos, profundos y velados por pestañas que les hacían aparecer adormidos a su sombra;

bocas con labios provocadores, cabellos que invitaban a ser entretejidos por manos apasionadas... ¡tales eran las que formaban el grupo.. !

'¿Quiénes son estas hermosas muchachas...?" preguntamos.

"Las de G..."

"¿Tacneñas...?"

"Sí, señorías..."

Este título nos era dado indistintamente con el de comandantes, *extrañándonos no oir el de* excelencias, *¡que hasta ése habría podido dictar el miedo a nuestro anfitrión!*



"¿Y viven esas señoritas aún en el pueblo...?"

"Muy cerca de aquí: a cinco minutos de camino".

"Gustosísimo, pues *(el famoso* pues *o* puis *de los peruanos aparecía ya). ¿Quieren ustedes que los encamine el* zambo...?"

"¡Pues venga el zambo...!"

El que así se denominaba era un negrillo de trece a catorce años. Apareció temblando.

En un segundo quedó impuesto de lo que se trataba. Para quitarle el susto le dimos una moneda acompañada de un coscorrón, que le hizo mostrar, tranquilizándolo, sus dos hileras de dientes, blancos como granos de choclo.

El negro adelante, nosotros siguiéndole, a medida que andábamos íbamos deliberando cómo haríamos para divisar a nuestras deidades del grupo. La cuestión era llegar hasta la casa, rondarla un poco, o sino, golpear a la puerta con un motivo cualquiera

y siempre imbécil en tales circunstancias, y entrar después en relación con el padre, la madre o Perico de los Palotes, con tal de verlas. Nuestras intenciones eran perfectamente inocentes, y al fin, ¿qué tendría de particular salir por una vez de las reglas tiránicas de las conveniencias estrictas, cuando se trataba de dar gusto a la vista, privada durante tanto tiempo de semejantes regalos...?

Al cabo de un momento de discusión, durante el cual habíamos fijado diez proyectos que rechazábamos en seguida, por no parecernos convenientes, se nos ocurrió uno que, lejos de ser nuevo, debía habérsenos venido a la mente antes que otro cualquiera. Era aquello lo del huevo de Colón. Buscábamos alojamiento: los hoteles estaban llenos de oficiales, éramos jóvenes de modales más o menos caballerescos, que debían necesariamente infundir confianza; no podíamos pasar otra noche en despoblado o mezclados entre las tropas; la cosa era clara: pedíamos hospitalidad a los vecinos, ofreciendo en cambio, con nuestra sola presencia, la tranquilidad en el hogar, turbado sin duda por el temor de atropellos nocturnos de parte de los soldados chilenos, ya que a pesar de su calma y disciplina ejemplares, el hecho sólo de ser vencedores y ocupantes por asalto de una ciudad, podía hacerles temibles, sobre todo cuando para juzgarlos se había dado crédito a todas las especies falsas propaladas maliciosamente de antemano con el fin de intimidar. Pues, señor, la dificultad quedaba resuelta y el plan de ataque combinado.



A tiempo llegábamos a esta conclusión, pues el negro, que se había detenido al frente de una casa de aspecto pasable, nos la indicaba como la que buscábamos. Listos, le dimos otra moneda y lo despachamos, sin coscorrón esta vez, que para ello no nos dio siquiera ocasión... ¡con tal ligereza de piernas echó a correr...!

Llamamos a la puerta y nadie nos respondió... Volvimos a golpear.. inútilmente. ¡Diablos... la cosa empezaba mal...! Redoblamos, sin embargo, los golpes, pues estábamos resueltos a no abandonar la aventura hasta no haber quemado el último cartucho. Esta vez el éxito coronó nuestra constancia. Bastante turbado y con aire de sorpresa, un señor alto, grueso y de largas patillas, apareció tras de la puerta, medio entornada aún, y asomó hacia afuera la cabeza.



Antes de interrogarle nosotros y junto con ver nuestros uniformes:

"Dispensen ustedes, señores", nos dijo, "pero como no recibimos a nadie, no esperaba el honor de la visita de ustedes...

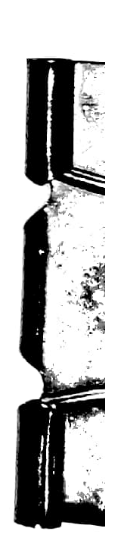
"Caballero" le replicamos, "tócanos a nosotros dar antes a usted todo género de excusas; pero colocados en la difícil situación de quedarnos sin alojamiento por esta noche, llenos como lo están nuestros cuarteles de tropas y repletos los hoteles de jefes y empleados civiles, nos hemos permitido llamar a su puerta para pedirle una cama por esta noche y mientras nos llega nuestro equipo que aguardamos de un momento a otro. Aceptaremos (y ex-

cusado es decirlo) las condiciones que por la hospitalidad quiera imponérsenos. Somos oficiales y garantizamos la honorabilidad de nuestras personas.

Nótese que habíamos dicho condiciones *en vez de* precio: *de ninguna manera hubiéramos querido ofender en los más mínimo la delicadeza de quien debía ser excelente papá de nuestras deliciosas cabecitas del grupo.*

"¡Sean ustedes bienvenidos...!" fue la contestación que con la mayor amabilidad del mundo recibimos, y tanto que no pudimos menos que mirarnos con extrañeza, pues no nos esperábamos tal fortuna...

Sin embargo, llamábanos la atención notar en en el acento de nuestro anfitrión algo de catalán o portugués, que nos hizo pensar o que el fotógrafo nos había engañado maliciosamente o que el bellaco negro se había equivocado, y en vez de la casa buscada nos hubiera señalado... ¡terrible sospecha...! algún hotelillo o fonda española o lusitana...



Pero sin darnos tiempo para reflexionar más...

"Pasen ustedes, pasen ustedes", agregó.

Hicímoslo así sin melindres, y nos encontramos casi de repente en un saloncito coquetamente amueblado, que nada tenía por cierto del de un establecimiento de aquel género...

"Caballeros" repitió nuestro bondadoso desconocido, "no extrañen ustedes que les reciba con tanta franqueza y sin más ceremonias; pero en mi carácter de neutral...

Al oir la palabra neutral *no pudimos evitar un*

movimiento de sorpresa que íbamos ya a manifestar, cuando vimos abrirse la puerta de comunicación, que probablemente conducía a las habitaciones interiores, y por ella adelantarse una señora alta, hermosa y de fisonomía simpática y bondadosa.

"¿Cómo están ustedes?" nos dijo con una entonación andaluza de las más puras; "¿en qué podemos ser a ustedes útiles...?"

Caracolillos, dijimos para nuestras casacas, ¡a este paso...!



"¡Nuestra casa está a la disposición de ustedes...!"

"Mil gracias", replicamos inclinándonos, pero a cada momento más y más intrigados.

Y no era para menos... ¿Cómo esta familia de peruanos nos brindaba así, sin más auto ni traslado, su hospitaildad, en circunstancias en que el enemigo había forzado a bayonetazos el paso a la ciudad que les viera nacer...?

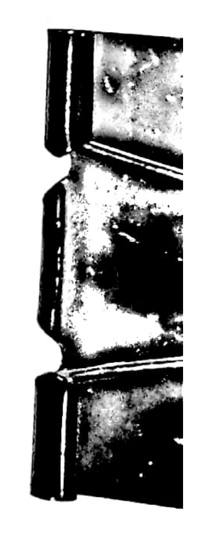
Tal idea nos preocupaba, sobre todo cuando, por lo que habíamos oído y presenciado en Iquique, las familias de nacionales se habían negado siempre, con dignidad perfecta, a recibir en sus salones a los enemigos de su patria... ¿Qué podía ser, pues? Pero... ¿quién nos metía a discurrir.. ? ¡Cada uno conoce su cuento, pensamos, y es muy cierto lo de que más sabe el loco en su casa, que el cuerdo en la ajena!

Sin vacilar más, por tanto, dimos las gracias otra vez, cortésmente, pero mirando de cuando en cuando, y así como si la vista se nos fuese de aquel

lado, hacia la puerta que acababa de abrirse, ya que, según marchaba la aventura, no sería raro, en algunos segundos más, ver entrar por ella a nuestros dos pimpollos del grupo que, a su vez, habrían de ofrecernos su amistad y sus sonrisas.

"¡Si supiera usted!", continuaba entretanto nuestra interlocutora, "cuán asustadas hemos estado y cómo hemos pedido a Dios que la batalla se decidiera por uno u otro bando indistintamente, pero con tal que no durara mucho tiempo, para evitar la efusión de sangre...!"

"Señora, es demasiada galantería de parte de usted el decir que el triunfo de los suyos o de los nuestros le habría sido igual; descuide usted, nosotros comprendemos muy bien sus sentimientos y no tema que tomemos a mal..."



"¡Pero no", interrumpió "nosotros... como extranjeros...!"

"¡Cómo...! ¿No es usted peruana...?"

"No, señor, españoles", contestó el esposo, "y aunque lamentamos muy de veras, como es natural, la desgracia del Perú, no tenemos, por lo demás, motivos de odio a Chile.. "

"¿El nombre de usted, si no es indiscreción?"

"Me llamo P..."

¡P..., había dicho; P..., bien claro; y el señor a quien buscábamos se llamaba G...!

¡Tarde lo veíamos; el bribonazo del fotógrafo nos había engañado...! ¡Canalla...! Si en aquel momento le hubiéramos tenido por delante, le habríamos dado de planazos... ¡Y ya no había remedio!

....Esto nos lo dijimos con los ojos, seguramente, y con la mirada también debimos hacernos mutuamente comprender que lo mejor sería poner "a lo hecho pecho", como suele decirse, y quedarnos, por tanto, metidos en el lance que, al fin, ¿quién sabía cuántos buenos resultados no podía reservarnos...?

La cosa no se hizo esperar.

Después de un momento de charla en que los esposos P... se demostraron personas de educación exquisita y excelente corazón, como buenos españoles, y nosotros jóvenes discretos y de fiar, quedó hecha la declaración de parte de los dueños de casa de que con aceptar, no sólo por esa si no también por las siguientes noches y días, una cama y un asiento a la mesa, llevábamos la más absoluta tranquilidad y confianza a la casa, tanto más cuanto que las muchachas...



"¡Hum...!"

"¡Hum...!"

"Tanto más cuanto que las muchachas *no habían podido dormir aquellas últimas noches por miedo a un asalto".*

"¡Pobrecitas...! Pues dénles ustedes todo género de seguridades: estando nosotros aquí nada tendrán que temer... ¿Tienen ustedes hijas?"

"No, señores; una sobrina solamente: pero por el momento hay además en casa hospedada una amiga nuestra, viuda, peruana (aquí el señor P... bajó la voz y habló con misterio) con sus dos hijas; todas excelentes señoras, cuyos parientes, un tío y un primo, hállanse en el ejército, sin que sepan la suerte

que han corrido: no creen, sin embargo, que hayan muerto, pues pertenecía el uno a la reserva y el otro era médico de ambulancias..."

Se nos presentaba una ocasión de hacernos idolatrar y estábamos resueltos a aprovecharla. Si los guerreros en cuestión (uno de ellos a lo menos) se hallaban prisioneros, nos sería fácil atenuar su suerte. Prometímoslo, pues, al señor P..., quien no tardó en comunicar la noticia a sus huéspedes.

Este solo hecho bastó para que un momento después, reunidas en conversación, triste y lloriqueadora al principio, pero agradable y aún alegre más tarde, olvidando por un momento rencores y aun el riesgo que probablemente corrían (sobre todo si iban corriendo) *el primo y el tío, todas las personas de la casa, sin que faltara ni la viuda ni sus hijas, nos hicieran pasar un buen rato, hasta que, sonando la hora de* llamada, *nos vimos obligados a despedirnos, habiéndosenos antes dado el santo y seña, con que después de la* retreta *deberíamos anunciarnos al volver por la noche para tomar posesión de nuestro alojamiento.*



Salimos, pues, encantados con nuestra suerte y pensando de antemano en la cara que pondrían los compañeros al escuchar la narración de nuestra aventura.

A la hora señalada nos hallábamos de nuevo enfrente de la casa del señor P..., frescos, bien peinados, los tiros y conteras relucientes, cual cumplía a perfectos militares, y armados, por añadidura, de

sendos bouquets, *confeccionados por la mejor florista disponible de Tacna.*

Para abreviar concluiré diciendo que hoy aún nos encontramos viviendo en casa de nuestro amigo español, quien se manifiesta cada día más atento con nosotros. La sobrinita es deliciosa: una andaluza completa de figura y gracia, con ojos hermosísimos y mucho garbo y mucho "salero", como dicen sus paisanos.

Entre la charla y el juego de naipes hemos pasado estas últimas noches.



El departamento que nos han dedicado los esposos P.. es cómodo y elegante. Tenemos en él cuanto necesitamos: nuestras camas son deliciosas, y tanto que enrollados en sus sábanas se nos han pasado ya dos listas *de diana.*

El recuerdo de nuestras penurias de la campaña y la consideración de que no hay para qué ser por el momento demasiado severos con nosotros, nos han merecido disculpa de parte de los jefes.

¡Gozar del sol mientras dure...!

Pero debo una explicación sobre lo sucedido con el fotógrafo y el negro, que manifestará cómo por una equivocación de este último las muchachas del grupo se quedaron sin nuestra visita; lo que, por otra parte, en nada ha de haberles afectado, supongo...

Llamado el zambo a comparecer a nuestra presencia, fue interrogado acremente por su amo, quien le exigió la descripción de la casa enfrente de la cual nos había hecho detenernos: esto es, de sus puertas

y ventanas, del color de sus paredes, etc....

Lo sucedido era lo siguiente: el negro había tomado otra parecida, muy parecida en verdad, según lo atestiguamos después; pero con algunas diferencias notables, entre otras las de tener cinco ventanas en vez de seis...

"Pero, en cambio, interrumpimos nosotros, y para consuelo del negro, hemos encontrado tres muchachas en vez de dos... con que ya lo ve usted... ¡nos sobra el material...!"



La plaza fuerte de Arica, último baluarte peruano, con su morro colosal y sus minas de dinamita, sus baterías flotantes y todo el material del ferrocarril cayeron, como Tacna, en nuestro poder, después de una reñidísima refriega en que la guarnición, compuesta de más de dos mil hombres, fue pasada a cuchillo.

Refugiada en sus posiciones y bien provista de pertrechos de guerra, la división del coronel Bolognesi se decidió a sucumbir antes que rendirse.

Los detalles de la acción, bastante honrosa para los batallones peruanos, nos fueron llegando poco a poco, pues nuestras divisiones destrozadas habían quedado en Tacna, mientras la reserva sola acometía el asalto de las fortalezas del puerto.

Sabíamos que el enemigo había empleado los últimos recursos permitidos por el derecho de gentes para defenderse y que aun esos les habían sido insuficientes.

Se han citado después hechos heroicos de al-

gunos peruanos, y se ha dicho que jefes como Moore (el antiguo comandante de la *Independencia*, perdida por él en el combate de Iquique) lavaron con muerte gloriosa un pasado poco honroso.

Desesperando los pocos que sobrevivían de hallar salvación en la clemencia de los nuestros, que no les daban cuartel (encolerizados como estaban por los medios de que se echaba a mano para resistirles), se arrojaban desde lo alto del morro al mar, haciéndose trizas sobre las rocas al caer en el fondo del precipicio. ¡Cuántos perecieron así! Este nuevo desastre del Perú nos daba por el momento la absoluta dominación de la provincia de Tarapacá.



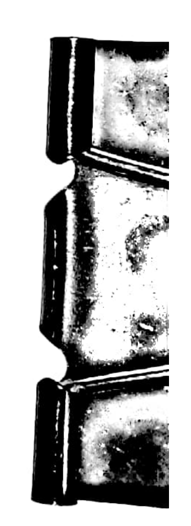
Entretanto, el ejército acantonado en Tacna y distribuido en divisiones escalonadas, que se extendían hasta muy cerca de la frontera boliviana, se reposaba de las fatigas de la campaña y atendía al restablecimiento de sus heridos.

La ciudad tomaba cada día nueva animación. Las familias de extranjeros se dejaban ver y aún recibían las visitas de muchos oficiales que en poco tiempo se hacían amigos de la casa. ¡Hubiérase dicho que Tacna preveía ya que los reivindicadores de sus derechos no habrían de abandonarla tan pronto...!

En cuanto a las familias nacionales, a pesar del luto que las desgracias de la patria les hacía llevar forzosamente, algunas, que directamente no estaban obligadas a guardarlo por no haber perdido deudos en las batallas, fueron poco a poco abriéndonos sus puertas, aunque siempre con alguna reserva, lo

que, por otra parte, era perfectamente natural. Nosotros correspondíamos con toda delicadeza a esa distinción: jamás tratábamos la cuestión de la guerra. No se "hacía música" ni se bailaba; pero en cambio se disponía de todos los otros recursos que presenta la buena sociedad.

Diversas tentativas hechas durante el primer mes para obtener de los dueños de casa que consistieran en que, por fin, los pianos dejaran oir sus voces, fueron inútiles. Por lo demás no insistíamos demasiado, temerosos de herir su susceptibilidad. Sin embargo, no desesperábamos.



Recuerdo que una noche estábamos de visita en casa de una familia muy amable: eran los días del jefe de la casa y nos habíamos reunido unos cuantos oficiales y algunas muchachas amigas de la familia.

Sabiendo de antemano lo que sucedería, nos habíamos complotado para obtener a toda costa música y baile.

Las primeras horas pasaron en conversación grave: un momento después el *ponchecito,* el *champagne,* comenzaron a hacer su papel y a encender los entusiasmos.

De repente resonaron en un rincón de la sala, y como perdidas entre la charla y animación, las palabras *piano, baile*...

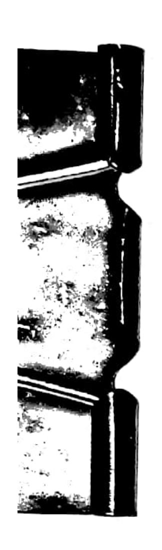
Todos pudieron oirlas perfectamente y, sin duda alguna, como todos, los dueños de casa.

Sin darse por entendidos, no pudieron, sin embargo, disimular una sonrisa, suficientemente percep-

tible para los que estábamos empeñados en apoderarnos de la menor oportunidad que pudiera sernos propicia.

Por cierto que no dejamos pasar la que se nos presentaba.

"¡Baile, música...!" dijimos en coro; y entre los "que no se puede", "¡que sí se puede...!", "que es impropio...", "¡que no lo es...!", una de las muchachas, menos escrupulosa que los papás, interrumpió, dejándose oir con toda resolución:



"¡Pongámosle una condición a los chilenos!" exclamó.

"¡Venga la condición...! ¡venga la condición!" repetimos a una voz.

"Pues canten ustedes la canción peruana en coro antes!", prosiguió.

¡La canción peruana...! Preciso era confesar que la cosa era fuerte... Pero, ¿qué significaba para nosotros, jóvenes todos, muchachos los más, gritar a toda voz:

¡Somos libres, seámoslo siempre!, etc.

palabras con que principia el himno de aquella nación tan desgraciada...?

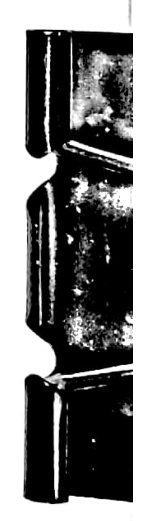
Esto lo pensamos probablemente en un segundo y casi todos al mismo tiempo, pues después de consultarnos un instante con la mirada, nos precipitábamos de golpe al piano, y mientras unos afinaban la garganta, otros comenzaban ya la primera copla, seguidos por las muchachas que, saltando por

sobre los aturdidos *viejos*, a quienes no habían dado un segundo para volver de su asombro, se disputaban el placer de "atacar" el instrumento.

Entre risas y desentonos, acabóse la primera copla.

En este punto las cosas, y aprovechándose de una ligera pausa en medio de la confusión, uno de los compañeros, excelente músico, tomó posesión del banquillo y preludió los compases de un lindo vals de Strauss... El efecto fue el del "baile irresistible", del cuento de Sarmiento. Diez parejas formáronse como por encanto y el baile se hizo general...

En adelante, ya mi libro empieza a hacerse flojo y monótono.



Al entrar de nuevo en la vida de guarnición y mientras los ejercicios diarios y las fiestas de la ciudad ocupaban nuestro tiempo, mis anotaciones se limitaban a hechos sin interés, simples recuerdos privados, que hoy me hacen sonreir al recorrerlos...

Ansioso de volver a la patria, llamado constantemente por mi familia, cuando ya se preparaba la expedición a Lima, que debía inaugurar la segunda campaña, obtuve, previo formal compromiso de honor con mis jefes de regresar en un mes más, licencia para ir a Chile.

Por circunstancias especiales incluiré, en capítulo separado, la narración de la travesía, rumbo a la patria, a bordo del transporte *Lamar* y mis conjeturas sobre el misterioso naufragio del histórico navío, — escrito todo ello varios años después.



El "Lamar"

La hora era ya avanzada. El sol se ponía tras de la línea del horizonte, hundiendo lentamente su disco rojo y agigantado, que parecía crecer y enrojecerse aún al sepultarse en las profundidades del Océano.

El *Lamar*, que hasta ese momento se había mantenido amarrado a uno de las boyas del oeste, largaba, por fin los cables por la proa en el puerto de Arica y, cargado hasta los topes con un sinnúmero de soldados heridos o enfermos, salidos de los hospitales militares del campamento para ser trasladados a bordo en camillas, fijaba rumbo al sur, después de doblar rápidamente la punta del Morro.



Una hora más tarde, las casas del puerto asaltado, las colinas, los fuertes con sus muros y cañones formidables, el Morro mismo, minutos antes tan majestuoso, se borraban poco a poco a la vista y desaparecían, por fin, entre la bruma y la lobreguez crecientes...

Al caer de la noche todo era ya en torno nuestro un caos impenetrable. Pero a pesar de que a proa como a popa, a babor como a estribor, una espesa neblina nos envolvía en su oscuro y húmedo manto, el buque andaba a toda máquina sobre la superficie callada y tranquila de los mares de aquella región

excepcional del continente sudamericano, en donde, a menudo, traidoras *calmas*, suelen desesperar, por la frecuencia y tesón con que se presentan, a las tripulaciones de los barcos que, obligados de repente a detenerse en su marcha, aguardan allí en vano, y a veces durante días enteros, el soplo de la brisa bienhechora que ha de hinchar la lona del velamen e impulsarlos hacia el puerto de su destino.

En otras ocasiones, por lo contrario, tempestades terribles conmueven esa región. El viento de la costa se alza airado; la superficie del mar pierde súbitamente su serenidad; las olas comienzan a crecer y a rugir con furor; el huracán aumenta por instantes, y al cabo de una o dos horas, la más espantosa de las borrascas pone en riesgo la vida de los valientes veleros que hayan tenido la desgracia de ser sorprendidos allí y a quienes no queda, en tal caso, otro recurso que huir, torciendo el rumpo, a capear el temporal.



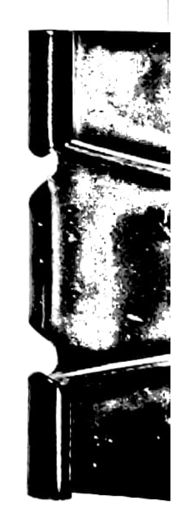
Dos días después estábamos al frente de Antofagasta.

Hasta entonces el tiempo había sido espléndido, y los pobres enfermos y heridos de a bordo que regresaban a la patria gozaban a plenos pulmones del aire fresco y vivificante que, casi sin precauciones, se dejaba penetrar por las escotillas del entrepuente, en donde se había organizado el hospital flotante.

Algunos, menos afortunados, sin embargo, habían sido relegados a la cubierta del buque, único sitio disponible, pues el gran número de pasajeros hacía que el espacio faltara en lugar más conveniente.

Allí, acondicionados en un rincón de la popa, hallábanse tendidos treinta o cuarenta de esos infelices, resguardados apenas de la intemperie y del sol por una tienda de lona que el viento de la marcha bastaba en ocasiones para desquiciar y desarmar casi del todo. Ello era causa de un continuo ir y venir de marineros que, bajo las órdenes del capitán, motivadas por las reclamaciones sucesivas de oficiales y *practicantes,* se dirigían hacia allá renegando, a renovar una costura o a reforzar una amarra.

Entre los heridos de cubierta había un cabo *dragoneante,* un pobre *chillanejo* horriblemente maltratado por la fractura de una pierna y la amputación reciente del brazo izquierdo: todo ello ocasionado por cuatro o cinco balazos recibidos con porfiada y cruel fatalidad en el heroico asalto de las fortalezas de Arica.



Extenuado por la fatiga del dolor y por la debilidad, sus sufrimientos se habían acrecentado aún con el ataque repentino de una terrible fiebre terciana, cuyo germen, cogido en el seno de los valles envenenados del interior, estallaba a la sazón, agravando su mal en tal manera, que sólo un cambio radical de clima podría hacer quizás —a juicio de los médicos—, el *milagro* de arrebatarle a una muerte segura.

Y el pobre Casimiro (este era su nombre) se había resignado contento, a abandonar el hospital militar de la guarnición, con la esperanza vaga de aspirar un soplo de vida en las brisas saladas y tónicas del mar, o morir en la travesía; pero "¡morir siquiera —como lo decía con voz desfallecida a sus

camaradas de martirio, al mismo tiempo que una sonrisa amarga y doliente dilataba sus labios—, ¡morir siquiera en el camino hacia la patria!".

Por pedido particular suyo, al trasportarle después al navío se le había acondicionado sobre cubierta, en "la carpa de los sobrantes", como decían en su lenguaje seco de soldados los oficiales encargados de su custodia...

¡Pobre Casimiro! Recuerdo que con empeño especial solíamos algunos de nosotros ir varias veces durante el día a informarnos de su estado. Siempre lo encontrábamos valiente, heroico, luchando con voluntad de hierro contra sus terribles sufrimientos.

"Anoche ha tenido delirio", nos decía el practicante que le asistía.

Y alguno de los otros heridos, sus vecinos de cubierta:

"¡Ya le va quedando poco!" agregaba con tono compasivo y amistoso. "¡Ya le va quedando poco! ¡Pobre Casimiro...!

¡Aquel barco sombrío, aquel cielo triste y a cada instante más opaco y plomizo; aquel aire frío enervante de tarde nublada de invierno; aquel infeliz moribundo tendido sobre una camilla desvencijada y estrecha, con su cuerpo a la intemperie, casi desnudo por consecuencia de su mal, y cubierto, sin embargo, de un copioso sudor tísico, devorado por el calor desesperante de la fiebre, agitándose convulsivamente con el extertor de una verdadera agonía ¡qué cuadro!

"Pobre Casimiro! ¡Cuán poco le va quedando!" volvían a exclamar los soldados, sus vecinos.

La mañana siguiente amaneció hermosa. El cielo despejado, la brisa fresca, pura y marina. El mar tranquilo.

Todo el día, navegando a distancia de la costa, avanzamos sin variar de rumbo, hacia el Sur.

Recuerdo que durante más de tres horas permanecí sobre el puente, paseándome a trechos a lo largo de la cubierta. Desde allí deleitábame en mirar cómo el buque rompía las olas con la proa y formaba estrías de espuma blanca, blanca como copos de nieve.

A lo lejos, muy lejos, por el lado de babor, una faja vaga, perdida, dibujaba en perfiles suavemente ondulados los accidentes de las primeras costas de "Chile viejo".



Aquello debía ya de ser *Atacama.*

Sólo, el barco, aislado en el azul inmenso, semejante a un punto perdido en una vasta circunferencia, parecía tener vida en medio de aquel desierto grandioso formado por el cielo y el mar.

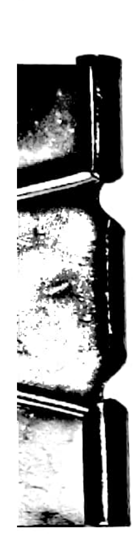
Sobre su cubierta había movimiento y ruido. Los marineros, sin trabajo por el momento, recostados de espaldas, cantaban y risoteaban, fumando sus pipas, cuyo olor acre y penetrante se mezclaba al de la brea, contrastando singularmente con el perfume delicioso de las emanaciones salinas, sanas, tónicas y vírgenes de todo germen de veneno y corrupción.

La noche llegó por fin, noche tranquila, melancólica. Los marineros dejaron de cantar sus canciones, y el eco de sus últimas voces quedó entonces ahogado por el sordo mugido de la mar sonora. Se

encendieron las luces a bordo, y el grumete de servicio izó lentamente por las cuerdas de la jarcia el fuego rojo del vigía que, allá en la cumbre, en lo más alto del palo mayor quedó por fin suspendido, solitario, brillando con el destello tenue de un rubí en medio de la oscuridad misteriosa de la noche.

Todo eso lo veía y sentía desde allí, adelante, en la proa, donde me encontraba.

Pero atrás, al otro extremo, hacia la popa, en la región del buque destinada a la tienda de "los sobrantes", ¡cuán distinto espectáculo!



Los enfermos, apiñados en los rincones de la triste ambulancia, al frágil amparo de una techumbre movediza de lona; tendidos en desorden sobre sus camillas estrechas, dormían en sueño agitado bajo el fulgor vacilante y turbio de un farolito de aceite, balanceado sobre sus cabezas por el movimiento del navío...

Ruido ninguno, ¡un vago eco de mar, o un quejido de dolorosa angustia!

¡Héroes sublimes de mi patria! ¿Serán algún día conocidos siquiera vuestros valientes sacrificios?

Al cuarto día de navegación, el tiempo comenzó a descomponerse. Hacia la hora del crepúsculo y cuando doblábamos precisamente una punta que supuse ser el cabo de Lengua de Vaca, un viento de proa, frío y veloz, que ya desde algunas horas antes había comenzado a soplar arremolinando y encrespando las olas, se hizo más sensible y violento.

El cielo, al mismo tiempo, fue cubriéndose de nubes pardas, oscurecidas más y más a cada instante.

"¿Tendremos tempestad?", pregunté al capitán, que en ese momento pasaba a mi lado, y parecía observar el horizonte con ojo inquieto.

"Mucho lo temo", me contestó. "Nos acercamos ya a la región borrascosa de Coquimbo. Vea usted", agregó, extendiendo el brazo en dirección a la popa, "aquella punta, aquella que acabamos de dejar allá atrás es el cabo de Lengua de Vaca.

Era el capitán Wakeley un verdadero lobo de mar.

Pequeño, sólido, esmeradamente afeitado, de ojos vivos y penetrantes, activo, inteligente, diestro en la maniobra, aunque de oficio marino mercante, servía por entonces bajo los pendones de la nación, con su barco —armado como él súbitamente en guerra por las premiosidades del servicio— en calidad de conductor de tropas y de pertrechos.



Su buque era su hogar y el océano su patria; su pipa su delicia, y su perro su único amigo, fiel e inseparable.

La tormenta no se hizo esperar. Al caer de la noche el viento soplaba ya silbando con furor entre la jarcia y los masteleros del transporte, que a cada balance crugía y se tumbaba de costado, al mismo tiempo que el agua se embarcaba por las bordas, salpicando el puente y los compartimientos de proa.

La borrasca aumentaba visiblemente por momentos.

Las olas, rebramando a su vez, rodaban furiosamente y chocaban entre sí hasta reventar en torbellinos de espuma.

Envuelto en su capa de hule impermeable, en-

capuchonado, de pie sobre la toldilla, el capitán Wakeley que, en previsión del peligro había tomado su puesto de vigilancia, lanzaba órdenes con voz breve, observando al mismo tiempo los movimientos convulsivos de su buque.

El cuadro que presentaba el navío en toda su extensión era en esos instantes desconsolador.



Arriba, tendidos sobre cubierta, aguantábanse los soldados enfermos y heridos, apretándose los unos contra los otros, resistiendo a duras penas a los balances; rodando, en muchas ocasiones, hasta estrellarse contra las bordas, renegando de la borrasca los más fuertes, y dejando escapar quejidos de dolor los más abatidos.

Más lejos, hacia el centro, al pie de la chimenea por cuyo boca se escapaba serpenteando una columna espesa de humo negro de carbón de piedra, uno que otro marinero amarraba un cable y ejecutaba con dificultad casi invencible las órdenes del contramaestre.

Y adentro, en el fondo, como si luchara también, la máquina poderosa, cuyas claridades se escapaban chispeando por las claraboyas y reverberos de cristal, palpitaba con convulsiones nerviosas y sonidos broncos que hacían estremecer el barco, como si sus calderas fuesen a estallar por exceso de vapor.

Era forzoso, en verdad, activar la presión, pues la nave, pugnando jadeante contra el viento y la mar contrarios, avanzaba con dificultad.

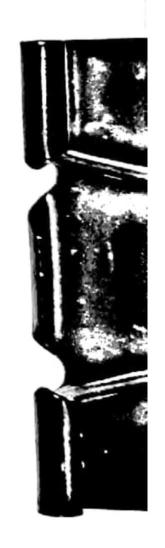
En esos momentos me acerqué al capitán, e interroguéle con una mirada.

"¡He ahí el verdadero y único peligro!" me contestó con su franqueza habitual. "Lo que siempre he temido para el *Lamar*, es que una tempestad de esta clase pueda hacerlo *pasarse por ojo*.

Un estremecimiento involuntario conmovió todo mi cuerpo al oir estas palabras.

No necesitaba, en efecto, ser del oficio para comprender el significado y la gravedad de ellas en boca del experto marino.

Ya lo había oído en otra ocasión: el *Lamar* era de construcción defectuosa. *Pasarse por ojo* quiere decir en lenguaje de marinos "hundirse de proa", sepultarse súbitamente tragado por una ola, en una brusca cabeceada.



Esta situación duró aún varias horas, al cabo de las cuales la tempestad pareció comenzar a agotar poco a poco sus fuerzas.

Una calma relativa siguió a la terrible borrasca, hasta que, por fin, en altas horas de la noche, cerca ya del amanecer, el viento "cayó" casi del todo y el mar se tranquilizó a su vez.

A la mañana siguiente, al subir de nuevo a la toldilla del capitán, pude observar que la superficie de las olas aparecía apenas rizada por una brisa fresca del sur.

Sobre el puente todo había recuperado ya su aspecto habitual.

Pero en la proa, allá en la tienda misma de "los sobrantes", un grupo agitado y bullicioso compuesto por un puñado de marineros y sirvientes de a bordo mezclados con los enfermos que, medio incorporados sobre sus lechos, con la palidez del terror en el

semblante, indicaban con señas las bordas del buque y las olas del mar a los curiosos que iban aproximándose, denotaba que algo extraño ocurría y ocupaba la atención general.

Llevado a mi vez por la curiosidad, me dirigí hacia la proa y abordando a un grumete:

"¿Qué ocurre?" le pregunté.

"Una desgracia irreparable, mi teniente", me contestó con voz sombría. "El cabo Casimiro ha desaparecido anoche, en medio de la tormenta, barrido, sin duda, por una ola... O si no" agregó pensativo, "como sufría atrozmente, desesperado, quizás, ha debido en un acceso de delirio arrojarse al mar...



El grito de alarma en tal caso (si alguno alcanzó a dar el infeliz Casimiro), no debió ser oído en el buque...

Las previsiones del capitán Wakeley no se cumplieron, por fortuna para nosotros, en aquella ocasión.

El *Lamar* fondeó por fin sin novedad, a los tres días, en el puerto de su destino.

Pero dos años después, en una tarde de invierno, en que, si mis datos no me engañan, la lluvia caía a torrentes sobre el mar, y el horizonte, a lo lejos, presentaba al navegantes el mismo aspecto negro, brumoso y amenazador de la noche de mis recuerdos, el histórico barco levó anclas en su fondeadero, con brisa fresca del norte, con su máquina en perfecto estado, sanas sus calderas, su tripulación re-

frescada, y desde entonces ¡no volvió a saberse de él...!

Ni quedaron tampoco indicios del naufragio: que cuando las aguas del mar se separan airadas para sepultar a su presa en sus senos infinitos, las olas borran al punto la huella pasajera de la catástrofe, sin que en la superficie quede la menor señal para dar fe de la siniestra historia, siquiera fuese ella escrita allí con caracteres de sangre.

Si su destino fue el que en la noche aquella de la borrasca descrita en estos recuerdos oí predecir al marino británico, que en la hora del naufragio (según lo he sabido después), por fortuna suya, no lo mandaba ya, la muerte del pobre *Lamar* ha debido ser rápida, instantánea...



Al *pasarse por ojo* en los mares bravíos donde la tempestad lo sorprendiera, habrá sido tragado por el abismo, de un solo golpe, súbito, voraz...

Y sin saber por qué, se me viene también y al mismo tiempo a la memoria el recuerdo del infeliz Casimiro, cuyo triste fin asocio al del barco fatal que un día le llevara sobre su cubierta, "camino a la patria".

¡Ay! ¡Uno y otro se quedaron en dicho camino; uno y otro no volvieron jamás a ella, y uno y otro hallaron, aunque en distintas fechas, idéntica y misteriosa tumba en los senos infinitos del mar!



Comandante Thomson, marino.



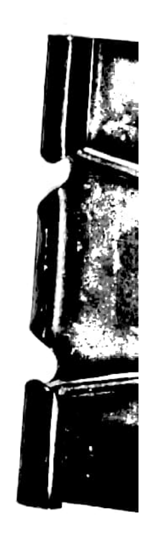
Villavicencio, oficial chileno.

Segunda Campaña

Preparativos

El regreso a la patria no pudo ser más halagador para mi alma de chileno y para mi amor propio de joven.

Visitas, banquetes, agasajos de todo género, cuyos ecos hallaban cabida honrosa en las columnas de los diarios; testimonios de cariño de los unos, felicitaciones de los otros; curiosidad, incienso ¡cuánta inmerecida recompensa al simple cumplimiento de un deber estricto y sagrado!



En el seno del hogar y rodeado de las más caras afecciones me tocó en aquellas circunstancias festejar el aniversario de mis veintiún años de edad. Llevaba ya, sin embargo, trece meses de campaña; trece meses durante los cuales había sentido mayor suma de emociones y observado más de cerca las virtudes y las miserias humanas, que en todo el resto de mi corta existencia. La vida de soldado es así: no sólo fortalece y disciplina el cuerpo, sino que nutre de enseñanzas el alma, ora haciendo apreciar en toda su grandeza los esplendores de la abnegación llevados hasta el heroísmo sublime, ora poniendo en evidencia las pequeñeces de la envidia o la ambición, susceptibles de degenerar en egoísmo vil.

Al regresar a Chile me encontré con que allí se creía de buena fe en el término inmediato de la guerra.

Pero pronto vino el desengaño.

La lección, por lo visto, no era suficiente: El enemigo nos retaba a un segundo duelo: "A muerte", decía; "queremos nuevos combates en los cuales no se dará ni pedirá cuartel!"



Nos invitaba a atacarlo cerca de su propia capital, en las afueras de la orgullosa Lima, donde, según él, hallaríamos, por fin, tumba cierta, como castigo a nuestras fechorías de "bandidos del Arauco" y "piratas del Pacífico"; de "vándalos alcoholizados", viles *rotos* de corvo y poncho", expresiones, todas estas, copiadas textualmente de artículos de la prensa del Rimac y de proclamas a prefectos y autoridades provinciales.

Nuestro pueblo y nuestro gobierno aceptaron el sacrificio.

Ellos lo quieren —se dijeron—, ¡pues sea!

Y comenzaron los preparativos de la expedición.

Preparativos formidables esta vez, destinados a asegurar el éxito, sin lugar a duda; acumulación de recursos para los cuales se llamaba a contribución todo lo que el país tenía de más enérgico y de más vital.

Se empezó por organizar el equipo para un ejército que no bajara de 30.000 hombres, ya que el enemigo aseguraba poder hacernos frente con más de 40.000, no sólo bien armados, sino ocultos, como de costumbre tras de fortificaciones y trincheras que

él —según costumbre también— calificaba de inexpugnables. El país correspondió ampliamente a las esperanzas que se habían fundado en su enérgico patriotismo. En pocos meses nuestro glorioso ejército quedaba vigorizado con el refuerzo de más de 18.000 hombres de las tres armas.

Batallones tras batallones fueron embarcándose para el Norte

El enemigo, entretanto, incapaz de hostilizarnos de frente, nos hería por la espalda. Dos celadas arteras tendidas a nuestra flota, daban mejor resultado que las minas del Morro y hundían sucesivamente en el mar al *Loa* y a la *Covadonga,* volados por torpedos automáticos, en cuya aplicación no había corrido riesgo alguno la mano cobarde que los abandonaba al azar.



Un barco solitario cargado de provisiones, en el primer caso, y un botecito-alhaja en el segundo, errantes uno y otro, a la deriva, más afuera y a merced de las olas, fueron el cebo ofrecido a la buena fe e hidalgo desembozo de nuestros marinos, quienes no se habrían rebajado jamás hasta el empleo de medios de represalia semejantes.

La famosa y audaz expedición Lynch, llevada a cabo varios meses después, a pecho descubierto, en el seno mismo del territorio enemigo, desafiando emboscadas y hostilidades —entre las cuales figuraba hasta la orden de envenenar las aguas que pudieran beber nuestros soldados—, fue la respuesta dada a aquellos actos de hostilidad traidora.

El ilustre Lynch supo, sin embargo, a pesar de

los terribles medios que forzosamente le fue necesario emplear para el desempeño de su tarea, mantenerse dentro de la corrección de forma más cabal y la legalidad de procedimientos más estricta, notificando al enemigo, con la anticipación debida, del ejercicio que iba a hacer de derechos legítimos, sancionados por los leyes universales de la guerra, e indicándole al mismo tiempo la manera de cumplir con las órdenes impartidas. Desplegó, en suma, aquella energía, aquella prudencia, y aquel tacto que le fueron peculiares, no sólo como militar, sino como administrador y hasta como diplomático, circunstancia esta última que tuve yo mismo ocasión de apreciar ampliamente, un año después, al servir bajo sus órdenes en calidad de secretario, con motivo de la misión extraordinaria y por demás honrosa que se le confió ante la Corte de España, una vez terminadas en Lima sus tareas de general en jefe del ejército de ocupación, con facultades casi de virrey antiguo, facultades que empleó tan sólo para el orden público, para bien de naturales y extranjeros y para el prestigio y dignidad de Chile.

Regresaba a mi puesto a fines de octubre, cuando tenían lugar a bordo del *Lackawanna* —buque de guerra de los Estados Unidos— las famosas conferencias llamadas "de Arica" entre dos ministros norteamericanos, que habían ofrecido la amistosa mediación de su gobierno, dos delegados chilenos presididos por nuestro ministro de la guerra en campaña, dos peruanos y dos bolivianos. Con orgullo supimos en el ejército que nuestros representantes,

tanto el señor Altamirano como los señores Vergara y Lillo, habían sostenido enérgicamente los derechos de Chile, la justicia de su causa, los privilegios a que nos hacía acreedores la victoria y los términos invariables y severos sobre los cuales únicamente nos sería dado entrar en arreglos; todo ello con elocuencia brillante, con cultura, pero sin vacilación.

Los delegados norteamericanos señor Osborne y Christiancy, se limitaron a tomar nota de lo expresado durante los debates y a inclinarse, por fin, ante la resolución inquebrantable —adoptada por una y otra parte— de no seguir tratando.

Se supo asimismo que Baptista, el delegado boliviano, había hablado largamente, logrando impresionar, — como que era y sigue siendo uno de los oradores más conceptuosos e ilustrados de su país.



No así García y García, el famoso contraalmirante peruano, conocido en nuestro ejército y marina con el apodo de "Corría y Corría", por sus constantes escapadas con la *Unión*. En un extenso discurso se demostró también orador de tiro largo, pero de corta puntería, como los cañones de su barco. Este fracaso de arreglo no hizo sino acentuar en nuestras filas el entusiasmo por la expedición a Lima. ¡A Lima! ¡Y pronto! fue el grito que desde entonces se oyó por todas partes.

El general Baquedano —ya ilustre— no perdía un segundo.

Recuerdo haberlo visto aproximarse muchas veces a nuestras tiendas de campaña para observar de cerca a los soldados en medio de sus propios pabe-

llones, y poder así examinarlo todo personalmente, dirigiéndonos investigadoras preguntas, con aquella dicción entrecortada que caracterizaba su lenguaje.

El tono empleado era grave y paternal a la vez; severo y sencillo, culto; pero sin apelación.

Llegado el caso de censurar, acostumbraba poner término a sus desaprobaciones con un movimiento de mano, seco, breve y cortante como el "punto" agudo de clarín con que el corneta remata el toque de "atención".



Aquel gesto peculiar suyo —especie de contundente "he dicho"— resultaba para nosotros mucho más eficaz que la soez interjección o el feroz puntapié con que el ilustre generalísimo de los ejércitos bolivianos D. Hilario Daza, solía finalizar sus reprimendos militares en el seno de los suyos. Nuestro querido general, no sólo gozaba entre nosotros de la reputación de bondadoso, activo y enérgico, sino tambien de la de sobrio, sobrio hasta la intransigencia.

Matinal, como ninguno, se le veía constantemente en movimiento, ora a caballo, ora a pie. Su rostro, tostado por el sol, hacía hermoso contraste con el blanco de sus canas, semicubiertas por un kepis de irreprochable corte, sobre el cual —bien así como sobre las presillas del uniforme— habían adquirido los bordados esa noble pátina que el tiempo, la intemperie y el humo de las batallas logran comunicarles, cuando el oro que ha entrado en su confección es de buena ley.

Y tratándose del general Baquedano, puede decirse, sin temor de equivocarse, que no sólo en

las insignias exteriores del vestuario, sino dentro del propio corazón, no lo habría admitido él sino de los más altos quilates.

Nuestro ejército se componía ya a la sazón de veinticinco mil hombres, listos para marchar a Lima.

En mi regimiento, sólo unos cuantos de los primitivos oficiales habíamos vuelto a las filas, Entre ellos Patricio Larraín Alcalde, Joaquín Pinto Concha, Juan de Dios Santiagos y yo.

Los demás eran, o trasladados de otros cuerpos, o "clases" del propio ascendidas al rango de la oficialidad.



Muchos de los compañeros antiguos del *Esmeralda* se hallaban en Chile convalecientes de sus heridas; otros habían muerto. Algunos, por razones serias, resolvieron quedarse atendiendo urgentes ocupaciones o deberes de familia, después de haber cumplido con su deber en la primera campaña.

Nuestro caballeresco y valiente coronel Holley, seguía mandándonos, felizmente.

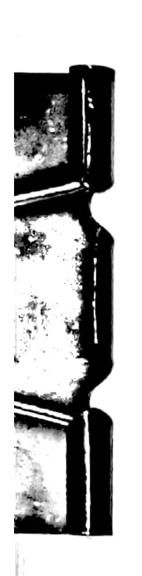
Le acabábamos de regalar una hermosa espada que Matías Bravo Rivera había arrebatado al enemigo durante la batalla de Tacna (nuestro regimiento tomó también allí dos estandartes) como prueba del cariño y de la admiración que su espíritu de justicia, su distinción y su valor nos merecieron siempre.

Los soldados se demostraban como nunca anhelosos. ¡A Lima! ¡A Lima! se decían alborozados.

Y luego agregaban en su lenguaje pintoresco y chistoso, habitual:

"¡Ya veremos qué hace la Santa Rosa peruana,

patrona del ejército enemigo, contra Nuestra Señora del Carmen, protectora de las armas de Chile! ¡Una simple beata, pretende pelear contra la Santísima Virgen!"



Casi no pasaba día sin que llegaran de Arica transportes con soldados y elementos de guerra o material sanitario.

La organización definitiva de las fuerzas expedicionarias tuvo lugar por entonces. Tres grandes divisiones se formaron, bajo el mando respectivo de los generales Villagrán, Sotomayor y Lagos.

Nuestro regimiento formó parte de la segunda, en su primera brigada, a las órdenes del coronel don José Francisco Gana.

Holley, como lo he dicho, permaneció de jefe del cuerpo, siendo su segundo el comandante don Francisco Lopetegui.

La primera división, compuesta de 8.600 hombres, zarpó el 15 de noviembre. Una de sus brigadas, al mando de Lynch, ocupó luego Pisco, sin resistencia. La otra desembarcó en Paracas.

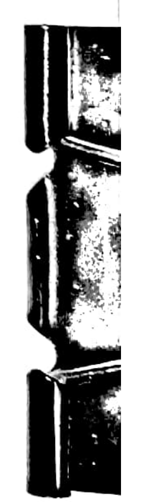
¡Nuestro turno se aproximaba...!

De Nuevo en el Mar

Pisco y Lurín

Durante su permanencia en Tacna, el Cuartel General, el Estado Mayor y varios regimientos chilenos, entre los cuales se contaba muy especialmente nuestro *Esmeralda,* recibieron grandes muestras de simpatía, no sólo de parte de los extranjeros, sino hasta de los mismos peruanos.

La caballerosidad de sus jefes, la juventud de sus oficiales, cuya educación e irreprochable conducta les habían abierto las puertas de los mejores salones tacneños, donde se les trataba con afabilidad y hasta con cariño, fueron causa de que nuestros preparativos de partida arrojasen un velo de profunda tristeza sobre la población, hasta entonces animada por el brillo de los uniformes, el eco de las bandas militares, el ir y venir de gente en las calles, los hoteles, las tiendas y los cafés.



La noche del 25 de mayo, última que debíamos pasar en la población, fue memorable.

Ninguno de nosotros, los más jóvenes a lo menos, se acostó. Despedidas tiernas y afectuosas las más, ahogadas en alegría y algazara las menos: todas emocionantes, ocuparon la velada.

Nos hallábamos listos desde la tarde anterior para volar al cuartel, al primer toque, a formar en las filas y partir, un momento después, con ánimo entero y el equipo en perfecto orden hasta en sus menores detalles. Al amanecer, en efecto, el veintiséis acudimos presurosos a la llamada.

Los adioses de Tacna habían tenido mucho de semejante con los adioses de San Felipe, en la propia patria.



¡Tan cierto es que el impulso que atrae irresistiblemente a los corazones de veinte años "no reconoce nacionalidad", — como nos lo decían en aquella ocasión adorables tacneñas, cuya amistad habíamos cultivado, cual cumple a caballeros, no sólo respetando su dolor, sino aliviando su infortunio, por medio de todo apoyo moral o material que no estuviese reñido con la dignidad de unos y otros!

Llegado el regimiento a la estación del ferrocarril, nos embarcamos allí distribuyéndonos en secciones.

Nuestra brigada se componía, a más del personal de su Estado Mayor con su dotación de artillería correspondiente, de los regimientos *Buin, Chillán* y de nosotros.

Una vez en Arica, nos trasladamos inmediatamente a bordo, correspondiendo al *Esmeralda* el vapor *Chile,* de grandes dimensiones. En el mismo barco iban también el Estado Mayor y la división de artillería.

Antes de ponerse el sol del siguiente día comenzó a moverse nuestra flotilla expedicionaria, com-

puesta de seis transportes, custodiados por la *Magallanes* y el *Abtao.*

Las bandas tocaban la canción nacional, seguida de dianas y animados pasodobles.

Poco a poco, avanzando, comenzamos a perder de vista la imponente silueta del Morro.

¡A Lima, a Lima, por fin! ¡Cuánto entusiasmo, cuánto anhelo!

¿A qué repetir aquí lo que queda anotado en otros capítulos?

La vida de a bordo durante los tres días de viaje fue semejante en todo a las anteriores; se deslizó entre chistes y proyectos de gloria.

Cada cual hacía conjeturas sobre lo que podría o no suceder, al internarse nuestro ejército en territorio enemigo para buscar a los peruanos.



El treinta llegamos al puerto de Pisco, donde permanecimos de guarnición veinte días, durante los cuales tuvimos noticias del arribo feliz a Chilca de la brigada Lynch, que nos había precedido por tierra; del contratiempo del general Villagrán, detenido aún en Tambo de Mora por dificultades materiales y por la preocupación de la suerte que correrían sus fuerzas si seguía internándolas, dada la escasez de recursos de que disponía; del desgraciamiento de este honorable jefe, víctima tan sólo de sus excesivos escrúpulos humanitarios y, finalmente, de su relevo y reemplazo por Lynch, seguido todo ello de la arriesgada marcha llevada a cabo por este al través de los bosques, riscos y cañaverales peruanos de aquella región, brillante hecho de armas con que el intré-

pido marino comenzó a cubrir de fama, en tierra, su nombre, ya conspícuo en el mar, y cuya significación y alcance he tenido oportunidad de comentar en el capítulo anterior.

Dos semanas después, el 18 de diciembre, hallándonos francos en el puerto, presenciamos el grandioso espectáculo de la entrada a la bahía de treinta grandes buques de vapor y de vela que llegaban del Sur cargados con tropas. Venía allí el general en jefe con su Estado Mayor y todo el resto de las fuerzas expedicionarias. Los recibimos con los vítores y dianas usuales. Momentos después, las aguas de la rada de Pisco, el hermoso muelle y las rocas de la orilla, se poblaban de espectadores que daban la bienvenida a sus hermanos, en medio del eco de las bandas de música y el bullicioso rumor de la soldadesca alborozada.

Sin pérdida de tiempo se alistó el nuevo embarco.

El veinte, con fuerte brisa marina y bastante oleaje, zarpamos, por segunda vez, a bordo del *Abtao*.

Una parte de nuestro cuerpo se acomodó en el transporte de vela *Elena,* que fue llevado a remolque.

El veintiuno estábamos en Chilca. Nos detuvimos allí sólo el tiempo necesario para hacer una pequeña exploración, tras de la cual se consideró sin duda inadecuado el sitio para desembarcar, pues seguimos navegando rumbo al Norte, hasta llegar a la Caleta de Curayaco, donde largamos definitivamente el ancla para poner pie en tierra.

Era el 22 de diciembre, fecha inolvidable, pues

al alejarnos del todo de nuestros barcos —último "suelo" de Chile — entrábamos de hecho en la segunda campaña y en pleno territorio enemigo.

El ir y venir de lanchas, en no interrumpido trajín marítimo, duró toda la tarde. Nuestra brigada fue la primera en desembarcar y en emprender la marcha hacia el valle de Lurín, donde debíamos formar campamento.

Costeando el mar y hundiendo el pie en la arena, avanzamos durante varias horas por entre colinas y montículos amarillentos, barrancones y hondanadas que debíamos subir y bajar sin descanso.

Marchamos así toda la tarde y toda la noche, haciendo alto sólo durante algunas horas para descansar, y a la mañana siguiente llegamos al pueblucho, que atravesamos en medio de la curiosidad de sus habitantes, hijos del Celeste Imperio en su mayor parte.



Los chinos nos sonreían y en el afán de demostrarnos sumisión y amistad, hacíannos toda clase de saludos, de la manera más cómica y servil.

La pintoresca bandera de su nacionalidad se hallaba enarbolada por todas partes, de modo que no podíamos adelantar un paso sin que nos saliera al encuentro algún dragón...

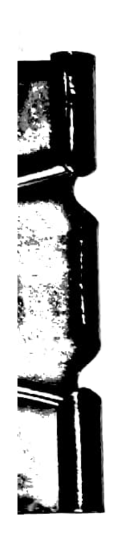
Después de atravesar el caserío llegamos a la altiplanicie, donde debíamos acampar.

Organizada la enorme línea de tiendas de campaña —ramadas en su mayor parte— permanecimos en un paraje cercano al pueblo y no muy distante de un magnífico puente de hierro, sobre el cual se

cruza de un lado al otro de las mesetas para seguir el camino que conduce a Lima, después de contornear las célebres ruinas de Pachacamac, cuyo derruido templo incásico divisábamos desde el campamento mismo.

Una vez organizados, pudimos visitar aquéllas a nuestro sabor.

Pero, a la verdad, que bien poca cosa queda allí de lo que realmente pudo ser de interés histórico o científico en otro tiempo, pues, según lo supimos más tarde la mayor parte de sus reliquias habían sido extraídas.



Los propios muros, sus relieves arquitectónicos, se hallaban devastados o mutilados sin piedad. Lo que no han hecho el tiempo y la intemperie, lo han llevado a cabo los chinos — vándalos inconscientes de aquella región. A poco de habernos instalado, tuvimos la satisfacción de presenciar el regreso de la brigada Lynch, que se nos incorporó triunfalmente, después de haber realizado su azarosa expedición.

Por sus oficiales pudimos apreciar la importancia real de la empresa, sus dificultades, las penurias que le fueron inherentes.

De boca de los propios actores oímos la narración de sus combates con montoneros; del hambre, la sed que tuvieron que sufrir, en medio de pantanos nauseabundos y emboscadas de todo género.

Llegaron con la expedición más de mil chinos, cerca de ochocientos burros y unos cuantos centenares de bueyes. El valle retumbaba con los mugidos y rebuznos de estos animales, con la algarabía

de los asiáticos, y a decir verdad, con el contento de todos.

Poco a poco fuimos adquiriendo en las tiendas de campaña noticias del enemigo.

El rumor corriente hablaba de 40.000 hombres, bien atrincherados en los alrededores y fortalezas de Lima, y a quienes el dictador alentaba con una proclama por día.

A juzgar por lo que transcribían los diarios de Chile llegados al campamento, poseía el enemigo, además, trescientos cañores, minas de dinamita y bombas explosivas automáticas.

Oíamos hablar constantemente del "Morro Solar", del "San Cristóbal" y del "San Bartolomé", que —por lo que aseguraban los oficiales de Estado Mayor— debían ser fortalezas de primer orden, pues la fama de algunas de ellas igualaba casi a la del famoso "Cerro de Moquegua", escalado por el *Atacama.*



"¡Las tomaremos, como las tomamos en Dolores, en los Angeles y en Arica!" decían nuestros soldados alegremente.

Y canturreando, comíanse un sabroso camote, una banana o una lúcuma, "granjeados" a hurtillas en los huertos de Lurín.

27 de diciembre de 1880.

Gran sensación en el campamento: dianas y retretas, kepis al aire y corrillos alborozados. El Curicó *y algunos compañeros del 3º de línea, se han batido*

cerca de Pachacamac con un regimiento peruano, extraviado en su marcha: el Húsares de Junín, *que venía del interior a Lima a reunirse con Piérola.*

El coronel, el sargento mayor, varios oficiales y muchos individuos de tropa han caído prisioneros y se les trae hacia acá.

Acudimos presurosos a verlos. Poco a poco van llegando.

¡Pobres cholos! Vienen abatidos y como espantados. Los nuestros les han tomado los caballos y los animales vacunos, que traían en gran cantidad. La banda militar enemiga ha caído entera.



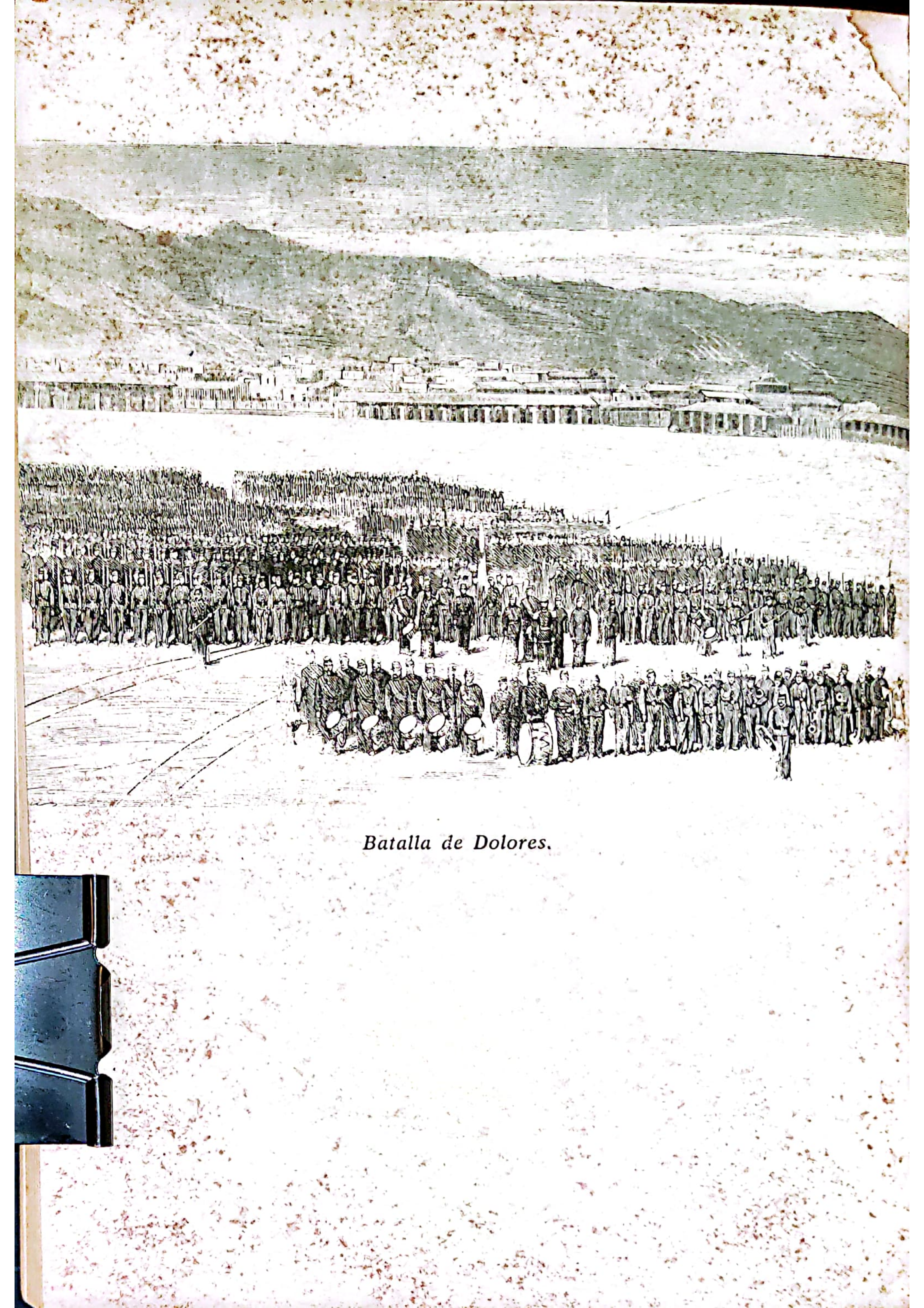
Dícese que son excelentes músicos estos zambos jetones y fornidos.

El coronel de los Húsares de Junín *se manifiesta muy sorprendido de que nos hallemos en Lurín. Creía este sitio ocupado por fuerzas propias que hubieran salido a atajarnos... ¡En tal caso hubiérale tocado a nuestra brigada que fue la primera en llegar, lo más alegre de la fiesta! Pero está visto que los peruanos no atacan; "se defienden", se defienden siempre...*

Juan García Valdivieso, teniente de artillería, se nos aparece poco después como rezagado, arreando por delante de su caballería cuatro burros, con otros tantos soldados enemigos montados en ellos y seguidos ¡a pie! por sus mujeres "rabonas". Estos infelices han sido sorprendidos bañándose en el río —mixed bathing—, *perfectamente descuidados y ¡parece increíble! ignorantes en absoluto de nuestra presencia en las cercanías. ¡Si así anda todo por allá...!*

Combate de Arica.





Batalla de Dolores.

Primero de enero de 1881.

Las doce de la noche del 31 de diciembre de 1880, nos ha encontrado, a los más íntimos, filosofando en grupo, dentro de nuestra ramada tienda, sobre el mundo y sus anomalías, la vida de soldados y los azares de la guerra.

Un recuerdo cariñoso para la patria, para la familia, para los amigos... y amigas ausentes y... ¡buenas noches! ¡a dormir! que nadie sabe lo que nos deparará el "mañana".

Al amanecer del día siguiente, como de costumbre, nos despiertan las dianas y los ecos lejanos de los cañones del "Morro", del "San Bartolomé" y del "San Cristóbal". Los peruanos ensayan sus punterías.



Del primero al 8 de enero de 1881.

Semana de preparativos y de comentarios; diarios frescos de Chile; recuerdos, expectativa anhelosa...

11 de enero de 1881.

Importantísima reunión de jefes en el Cuartel General.

Se trata ya de las últimas resoluciones. Así nos lo expresa —copa de pisco en mano— Domingo Sarratea, ayudante del Cuartel General, "el chueco", como familiarmente le llamamos, compañero simpático, inteligente, alegre, generalmente travieso.

Acaba de ser indicado para recibir a la delega-

ción china, presidida por su jefe Quintín Quintana, quien, a la cabeza de un verdadero cardúmen de connacionales, viene a pronunciar ante nuestro general en jefe un discurso de adhesión y de fidelidad a toda prueba, y a proclamar los servicios que él y sus subordinados están dispuestos a prestarnos en toda ocasión, pues quieren vengar de ese modo los sufrimientos, la tiránica esclavitud a que los tenían sometidos los peruanos, quienes, según ellos, los trataban como a "pelos" (perros).

Sarratea contesta, a nombre del general, agradeciendo y aceptando.



Su discurso es un modelo de humorismo chispeante.

Lo remata con un sonoro "¡Chinchín!", *seguido de vivas al dragón chino.*

A todas estas demostraciones hacemos alegre coro, con acompañamiento de vigorosos apretones de manos, mientras ellos —los "compales"—, se dan entre sí, a mano abierta también y en señal de regocijo, no menos vigorosos palmoteos... en aquella sólida y resistente región del cuerpo humano no nombrada por Confucio.

12 de enero de 1881.

¡Por fin llega el esperado momento de partir! ¡A Lima! ¡A Lima! Hoy nos marchamos y mañana al amanecer nos hallaremos, sin duda, frente al enemigo...

He aquí la hermosa proclama de nuestro general en jefe:

Señores jefes, oficiales, clases y soldados:

Vuestras largas fatigas tocan ya a su fin. En cerca de dos años de guerra cruda, más contra el desierto que contra los hombres, habéis sabido resignaros a esperar tranquilamente la hora de los combates, sometidos a la rigurosa disciplina de los campamentos y a todas sus privaciones.

En los ejercicios diarios y con las penosas marchas al través de arenas quemadas por el sol, donde os torturaba la sed, os habéis endurecido para la lucha y aprendido a vencer.

Por eso habéis podido recorrer con el arma al brazo casi todo el inmenso territorio de esta república, que ni siquiera procuraba embarazar vuestro camino. Y cuando habéis encontrado ejércitos preparados para la resistencia detrás de fosos y de trincheras, albergados en alturas, protegidos por minas traidoras, habéis marchado al asalto, firmes, imperturbables y resueltos, con paso de vencedores.

Ahora el Perú se encuentra reducido a su capital, donde está dando desde hace meses el triste espectáculo de la agonía de un pueblo.

Y como se ha negado a aceptar en hora oportuna su condición de vencido, venimos a buscarlo en sus últimos atrincheramientos para darle en la cabeza el golpe de gracia y matar allí, humillándolo para siempre, el germen de aquella orgullosa envidia que ha sido la única pasión de los eternos vencidos, por el valor y la generosidad de Chile.

¡Pues bien! Que se haga lo que ha querido. Si no lo han aleccionado bastante sus derrotas sucesivas en el mar y en la tierra, dondequiera que sus soldados y marinos se han encontrado con los nuestros, que se resigne a su suerte y sufra el último y supremo castigo.

¡Vencedores de Pisagua, de San Francisco, de Tarapacá, de Dolores, de Tacna y de Arica, adelante!



El enemigo que os aguarda es el mismo que los hijos de Chile aprendieron a vencer en 1839 y que vosotros los herederos de sus grandes tradiciones habéis vencido también en tantas gloriosas jornadas.

¡Adelante! A cumplir la sagrada misión que nos ha impuesto la patria. Allí, detrás de esas trincheras, débil obstáculo para vuestros brazos armados de bayonetas, os esperan el triunfo y el descanso; y allá, en el suelo querido de Chile, os aguardan vuestros hogares, donde viviréis perpetuamente protegidos por vuestra gloria y por el amor y el respeto de vuestros conciudadanos.

Mañana, al aclarar el alba, caeréis sobre el enemigo, y al plantar sobre sus trincheras el hermoso tricolor chileno, hallaréis a vuestro lado a vuestro general en jefe, que os acompañará a enviar a la patria ausente el saludo del triunfo, diciendo con vosotros: ¡Viva Chile!.

Como en Tacna, debía tocarnos de nuevo atacar una de las más fuertes posiciones enemigas: San Juan, centro de la línea de defensa.

Como allí, también, hallábanse los peruanos ocultos tras de trincheras protegidas por el fuego de cañones de grueso calibre y largo alcance, pues habían desembarcado hasta piezas de artillería de su escuadra, algunas de las mejores que aún les quedaban en sus desmantelados buques.

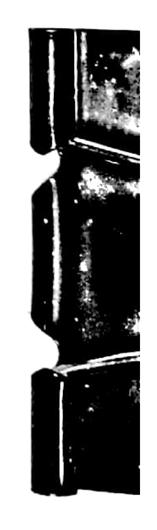
Pero... ¿a qué pensar en semejante cosa? ¿No era, acaso, nuestro único deber avanzar siempre, avanzar con resolución y brío al frente de nuestras unidades, correr al asalto de fosos y reductos, economizar municiones, apuntar bien y, sobre todo, no retroceder en caso alguno?

Tales fueron las órdenes que recibimos.

Cumplir estrictamente con ellas: he ahí la consigna.

¡Adelante, pues, como nos lo decía nuestro general en jefe en su vibrante proclama! ¡Adelante!

Marchando, ya en columnas cerradas, ya en hileras, durante dos horas, y alejándonos cada vez más de la primera división —que nos había precedido con rumbo oblícuo hacia el mar y hacia los fuertes de la costa—, vimos aparecer, sereno, impresionante, tras de las mesetas dejadas a la espalda, el disco luminoso de la luna llena, que en aquel mes y en aquella latitud brillaba con fulgor excepcional.



A su luz, la imagen de nuestra movible y prolongada fila reflejó su sombra, semejante a una serpiente enorme, que al subir y bajar alturas y concavidades, avanzara ondulando gigantescamente.

Pasada la media noche, acampamos en una depresión de terreno, suficiente para ocultarnos a la vista inmediata del enemigo. Allí descansamos sólo tres horas.

Antes del amanecer nos hallábamos ya de nuevo de pie y emprendíamos la marcha.

De pronto, y cuando no aclaraba aún, oímos una terrible descarga por nuestra izquierda, seguida de fuego graneado e incesante, al cual se mezclaba el estampido de piezas de artillería de campaña, y, a trechos, el mucho más sonoro e imponente de varios cañones de grueso calibre.

¡No había duda: la batalla empezaba por el ala derecha del enemigo, hacia el lado del Morro. ¡La división Lynch se batía ya!

Redoblamos el paso, en medio de un silencio profundo. El ruido del fogueo en la quietud de la noche, en la semiobscuridad, y cuando no se divisa aún al enemigo, tiene el poder de producir ese resultado: impone, perturba, conmueve y desconcierta.



La luna había palidecido poco a poco entretanto tras el velo de una neblina densa, que desorientaba el rumbo y nos obligaba a marchar con lentitud.

A cada instante pasaban ayudantes gritando a nuestros guías: "¡más a la derecha!" o, "al reves: ¡correrse a la izquierda!" En esos momentos marchábamos en fila.

Comenzaba apenas a clarear el alba cuando recibimos la orden de formar en columnas cerradas por compañías y seguir adelantando así, pues desembocábamos en una dilatada llanura, desde la cual no sólo pudimos oir claramente el eco de la batalla empeñada a nuestra izquierda, sino divisar, en la misma dirección, si bien a larga distancia todavía y sólo cuando la niebla se disipaba un tanto, el brillo de los fogonazos enemigos, que en las cumbres de su línea de defensa formaban un cordón no interrumpido de luces movibles, semejantes a luminarias de gas atizadas y extinguidas alternativamente por el soplo del viento en una noche de iluminación patriótica.

Momentos después, veinte o treinta piezas de artillería peruana, nos saludaban con descargas bastante certeras — ¡como que tenían perfectamente ensayadas las distancias!

Serían ya las cinco de la mañana; no había, pues, tiempo que perder.

Nuestro avance se convirtió desde ese instante en paso de ataque.

Inútil era hacer fuego todavía; los tiros se habrían quedado a mitad del camino y la orden de economizarlos era terminante.

No así los de nuestros artilleros, quienes empezaron a contestar, con el brío y precisión acostumbrados. ¡Es increíble cuánto retempla al soldado infante, cuánta confianza comunica a su espíritu en tales momentos el concurso de sus hermanos de aquella arma, concurso que muy apropiadamente lleva el nombre de protección!

Avanzábamos, pues, protegidos por los fuegos de la artillería, en dirección a tres fuertes que veíamos sobresalir de la línea de defensa, al frente; acelerando cada vez más el paso y animándonos los unos a los otros.



El Buin *y el* Chillán, *muy vecinos, habían desarrollado ya sus guerrillas y adelantaban, como nosotros, a la descubierta y a pecho desnudo.*

Llegó, por último, el momentos de contestar el fuego —¡y a fe que lo hicimos de buena gana! El verdadero asalto comenzó entonces, animoso, decidido, implacable.

Caían los nuestros por decenas, pero los que les sobrevivíamos, nos agazapábamos tras de sus cadáveres, de los cuales se servían los soldados para apoyar el codo y fijar mejor la puntería.

Disparaban, así, un tiro; volvían a incorporarse; cargaban de nuevo el arma y seguían adelante, ga-

nando más y más terreno, precedidos por nosotros los oficiales que, espada en mano, les íbamos indicando la dirección y el "alza" correspondientes.

El combate se había generalizado ya por toda nuestra línea de batalla, y en esa forma duró más de una hora, al cabo de la cual, a las siete de la mañana más o menos, llegamos al pie mismo de uno de los fuertes — el que quedaba más próximo al camino de San Juan.

Lo hallamos defendido por dos hileras de sacos de arena, delante de las cuales había una extensa y profunda zanja, que nos fue preciso salvar previamente a tiros, y luego a bayoneta.



Cruzado el foso, y asaltadas las trincheras donde perecieron muchísimos de nuestros soldados bajo el mortífero fuego que se les hacía, al amparo de tales defensas, empezamos a atacar el propio fuerte, escalándolo furiosamente.

Allí se trabó el más horrible de los combates.

Los peruanos nos presentaban el pecho desnudo, por vez primera, y en su resistencia desesperada peleaban como tigres: hay que confesarlo.

Nuestros soldados, a su vez, no les daban cuartel. Combatiendo cuerpo a cuerpo —aquéllos con las bayonetas, nosotros con nuestros revólveres— cayó allí el bravo teniente Santiagos, que pocos momentos antes, al recordar su herida de Tacna, me había dicho con decisión y voz entera: "¡Adiós, compañero del Solar: ésta es la definitiva para mí; las balas no me perdonan!"

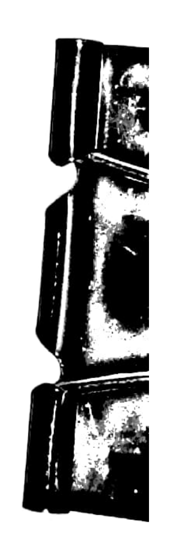
Al hundir, minutos después, su sable en la gar-

ganta de un "Zepita" —nombre de uno de los más afamados batallones peruanos—, quedó tendido en tierra por dos certeros balazos.

*Su cuerpo rodó al foso y allí permaneció hasta el día siguiente.**

Pero el enemigo comenzó a flaquear.

Antes de media hora caía el fuerte en nuestro poder, y momentos después nos dirigíamos, unos al villorio de San Juan, otros hacia Surco, con el objeto de apoderarnos de ambos, lo que se obtuvo tras nuevos y reñidos combates.



Chorrillos quedaba a la vista y a corta distancia.

Distribuyendo las fuerzas de nuestro regimiento, el coronel Holley — de acuerdo con órdenes recibidas del jefe de la brigada, quien se nos reunió en aquellos propios instantes dentro de las casas de San Juan para recomendarnos que no abandonáramos a los numerosos heridos que allí, dentro de la iglesia convertida en hospital se iban reuniendo, —el coronel Holley decía— marchó resueltamente al ataque de la espléndida ciudad balnearia, convertida en fortaleza y defendida por los fugitivos del ejér-

* ¡Pobre compañero! Después de la batalla de Tacna, durante la cual, nos tocó también reunirnos un instante y comunicarnos nuestras impresiones, había enviado él a los diarios de Chile una hermosa relación del combate, relación en la cual me señalaba en términos honrosísimos, que, por los sinceros y por venir de militar tan probado y valiente, tienen para mí y los míos importancia especial. Hubiera deseado reproducir en el apéndice de este tomo esa carta, junto con otras de interés más general, en su carácter de documentos relativos a la historia del *Esmeralda* y al papel que a este regimiento tocó desempeñar en la Guerra del Pacífico Pero no he podido obtener a tiempo las copias. (N. del A.).

cito enemigo que allí se iban atrincherando con el propósito de quemar el último cartucho.

Con trescientos esmeraldinos asaltó nuestro valiente jefe los edificios de la población, batiéndose en las calles, donde se hacía un fuego sostenido y oculto que diezmaba nuestros grupos.



Las azoteas servían a los peruanos de posiciones casi inexpugnables por el momento; las ventanas, con sus sólidos barrotes de hierro convertidas en troneras resistentes, prestábanles amparo seguro y eficaz.

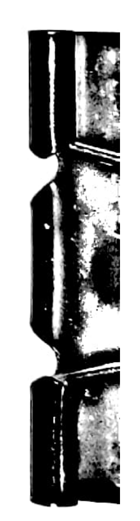
Fue, pues, necesario acudir a recursos extremos para desalojarlos: incendiar esos baluartes, lo que se hizo al cabo de poco tiempo.

Chorrillos comenzó a arder. Entretanto, en el pueblecillo de San Juan, cuyo centro era la iglesia invadida ya por centenares de heridos chilenos y prisioneros enemigos, se agrupaban y organizaban de nuevo los retardatarios que habían ido quedando atrás, fatigados o dispersos.

Por el Sur, la batalla tronaba todavía, y densas humaredas ocultaban el horizonte, semejantes a esas blancas y pesadas nubes que, desprendiéndose de las alturas, bajan de la cima de la mantaña al llano, donde se desparraman y diluyen luego convertidas en niebla sutil que todo lo empaña, empalidece y esfuma. No era posible, pues, divisar en tal dirección a los contrarios, si bien el menor silbar de balas, el estruendo de nuestras piezas de artillería, más cercano ya a las trincheras, el creciente lamentar de los heridos y los gritos de nuestros ayudantes

—que como en Tacna pasaban a carrera tendida de sus caballos exclamando: ¡ya huyen! ¡la victoria es nuestra! ¡adelante!— nos daban lugar a suponer que el término de la jornada se hallaba próximo.

¡Y era tiempo! ¡Ocho horas de marcha y combates encarnizados llevábamos ya: San Juan y el Surco quedaban en nuestro poder; el pueblo de Chorrillos ardía por dos extremos y de allí huían —como ratas que se escapan de sus cuevas— centenares de soldados que, al correr despavoridos, arrojaban sus armas y venían a caer en nuestras filas, donde se entregaban prisioneros, clamando los más por la vida.



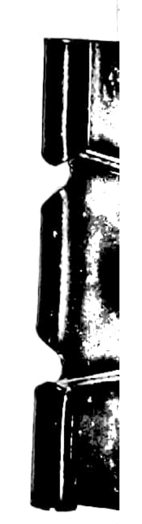
Otros, heridos de bala y medio sofocados por el humo del incendio, llegaban aturdidos y se desplomaban con un ¡ay! desalentado y lastimero, que en circunstancias distintas nos hubiera producido profunda compasión.

Mientras una parte del regimiento, con su jefe al frente, combatía dentro del pueblo mismo, otra ocupaba afuera, por asalto e independientemente, la magnífica Escuela de Cabos, donde siguieron amontonándose prisioneros y heridos, y en cuyos espaciosos patios y hermosas salas debíamos instalarnos después de la batalla.

Hacia el caer de la tarde quedaba ésta del todo decidida en favor de nuestras armas.



La Noche de Chorrillos



Desde las azoteas de la Escuela de Cabos pudimos dominar con la vista, pocas horas más tarde y a la luz del día aún, el campo de batalla.

Por el Oriente veíanse las praderas como salpicadas en toda su dilatada extensión por innumerables manchas blancas, con forma de estrías, que, contempladas desde allí, en no interrumpida serie, daban a la verde llanura el aspecto de la superficie del mar cuando lo encrespa una espumosa marejada.

Esas estrías eran los cadáveres de nuestros soldados, que, vestidos de brin blanco, y tendidos, de trecho en trecho, sobre el suelo de color de césped, albeaban a los rayos oblícuos del sol poniente.

Por el Norte, divisábanse las líneas de defensa de Barranco y Miraflores, intactas todavía y hacia las cuales se precipitaba el derrotado enemigo en tumultuosa confusión.

Las torres y las cúpulas de Lima, más lejos; el circuito enorme de la célebre plaza de toros, esfumado por la bruma y por la distancia...

Al Sur, el "Morro Solar", con su escolta de fuertes. Sobre todos ellos se veían brillar ya, al través

de los cristales de los anteojos, los colores de nuestra bandera, enarbolados por el ilustre Lynch y su heroica división.

Por Occidente, en fin, Chorrillos ¡Chorrillos entregado a las llamas! ¡Qué espectáculo! Dijérase un incendio sobre otro incendio, pues el sol, al ocultarse, inflamaba también el horizonte, convirtiéndolo en una inmensa iluminación de púrpura, que servía de fondo a los resplandores de la hoguera terrestre.



Pero, a medida que palidece el uno, el otro se aviva, alimentado sin cesar por el soplo de la brisa y acrecentado, en la intensidad de su aspecto, por las sombras de la noche, que, poco a poco, van sobreponiéndose a las claridades del crepúsculo.

La sangre había corrido a torrentes aquel día; el fuego había brillado sin cesar en las bocas de los fusiles y de los cañones. Llegaba su turno al incendio, fatal e inevitable en toda guerra, cuando es el resultado, no de una resistencia obstinada y heroica por parte del enemigo, sino del escondite indemne, utilizado con eficacia en la sombra, tras de parapetos a los cuales no es posible llegar y que es preciso, por consiguiente, destruir.

El espectáculo de aquella hoguera con sus negros penachos de humo siniestramente iluminados por el reflejo de llamaradas colosales; el chisporrotear de las maderas, convertidas poco a poco en ascuas que brillaban un momento con intensísimo fulgor y se derrumbaban después estrepitosamente, sepultadas entre los escombros —todo ello, visto y escuchado desde aquella altura, especie de atalaya al-

ta y elevada— daba la sensación de una segunda batalla, tan reñida y terrible como la primera.

Los comentarios no cesaban de transmitirse de grupo en grupo, motivados por la narración precipitada y nerviosa que cada cual hacía de los principales hechos en que había sido actor, o de los episodios presentados durante el día.

Me impresionó, entre todos, uno que me fue referido, en altas horas de aquella misma noche y a la luz del incendio, por uno de los oficiales peruanos prisionero en nuestras filas.

Al avanzar en su relato, el joven —cuya caballerosidad, cultura y digna entereza habían llamado desde el principio nuestra atención y conquistado nuestra simpatía— se demostraba conmovido y preocupado. ¿Habría cumplido con su deber o habría extralimitado un derecho?

El lector juzgará.

Dicho episodio probará, en todo caso, cuán terribles suelen ser para el soldado las responsabilidades de su oficio y cuántas veces en presencia de las grandes resoluciones siente su conciencia afligida por la vacilación y por la duda, por el formidable conflicto que provocan a menudo entre sí los mandatos imperiosos del deber militar, en lucha abierta con los más nobles impulsos del corazón humano.

He aquí la narración del prisionero*:



* Consecuente por mi parte con una palabra empeñada, reservo el nombre del protagonista al reproducir por segunda vez, aunque muy compendiada, la trágica historia que antes publiqué *in extenso* en la prensa y fuera de la edición primitiva de estos recuerdos de campaña.

El día de ayer —comenzó a decir— todo dejaba presumir en Chorrillos que antes de veinticuatro horas deberían desarrollarse sucesos de importancia: en especial, el casi total abandono de la ciudad por sus habitantes.

No todos, sin embargo, habían salido. Algunas familias, en su mayor parte extranjeras o muy humildes, ya porque esperaran el triunfo de nuestras armas, ya porque, aun previendo el de ustedes, confiaran demasiado en su carácter de neutrales, dormían tranquilos a la sombra del Morro y al amparo de nuestras formidables fortificaciones.



Entre dichas familias contábase la de un modesto empleado italiano, guapo mozo de unos treinta años de edad, casado, con una hechicera mujer, compatriota suya.

Comenzó el combate, y después de diez horas de lucha encarnizada, Chorrillos iba ya a caer en poder de ustedes.

En tales momentos, los que defendíamos el pueblo nos sentíamos perdidos. Muchos jefes nos abandonaban corriéndose hacia Lima y dejándonos sin dirección, sin órdenes, en medio de las calles de la ciudad.

Aturdidos, envueltos por las fuerzas enemigas que nos hacían fuego cada vez más cerrado, en medio del humo y de los horrores de la lucha, no nos reconocíamos casi. Chilenos y peruanos penetraban en las casas, heríanse mutuamente y, sedientos, alzábanse unos y otros con las botellas que al acaso hallaban a mano, bebían, vociferaban y continuaban peleando y llevando a término, más feroces aún si cabe, la obra común de exterminio, casi idéntica en el ataque y en la desesperada defensa.

Embriagados muchos de ellos por el vino, no reconocían ni respetaban jerarquía.

Los oficiales que aún quedábamos en nuestros puestos corríamos en todas direcciones y procurábamos agrupar a los que aquí y allá se repartían.

¡Tentativa vana! ¡O no lográbamos hacernos oir, o no podíamos contener a los que nos oían!

Aquellos a quienes dominaba el pánico, huían. Pero otros, embriagados, como lo he dicho ya, por el licor y por la pólvora, se habían convertido en fieras rabiosas.

Entre los que hasta el último instante lucharon desesperadamente me hallaba yo, tratando de abrirme paso al través del pueblo para salir afuera, ya que el seguir sosteniéndome en su interior era empresa imposible; cuando, en el trayecto, al pasar por una callejuela estrecha que conducía al malecón sentí unos gritos estridentes de mujer, que en medio de los disparos de fusil y el silbar de las balas llegaban claramente a mis oídos.



Impulsado por justa curiosidad, me dirigí hacia el punto de donde partían esos gritos, y a poco andar llegué a una modesta casita, que reconocí ser la del empleado italiano de referencia.

Tras de la puerta se oían al mismo tiempo voces avinadas de hombres, cuyo acento me hizo darme cuenta en el acto que se trataba de soldados nuestros.

Sin vacilar, golpeé fuertemente y grité con todo el vigor de mis pulmones.

"¡Abran!"

"¿A quién?" respondieron algunas voces del interior.

"¡A su capitán!"

"¡No reconocemos capitán ahora", respondieron.

"¡Miserables!... Echaré la puerta abajo".

"¡Echela, si puede!" fue la respuesta.

Sirviéndome entonces de todas las fuerzas que

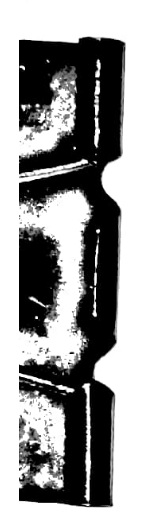
aún me quedaban, apoyé el cuerpo, y con violentos y reiterados golpes de hombro y de brazos, logré hacer saltar por fin la débil cerradura.

Horroroso fue el cuadro que se presentó a mi vista!

La escena representaba un aposento pequeño y modestamente amueblado.

Junto a una mesa, en el fondo del cuarto, estaba una mujer arrodillada a los pies de un pelotón de soldados ébrios que pugnaban por violentarla.

A poca distancia yacía el cuerpo inanimado de un hombre vestido con traje civil. Reconocí en él al empleado italiano a quien tan a menudo había visto con su linda mujer atravesar las calles del balneario.



"¡Deténganse!" vociferé.

Los soldados, electrizados un instante, se quedaron inmóviles.

Acercándome entonces, tomé del brazo a la mujer, joven como lo he dicho, alta, rubia, mórbida, excepcionalmente bella y de no más de veinticinco años de edad. Su fisonomía, demacrada por el terror, y sus ojos, enrojecidos por el llanto, revelaban que sufría atrozmente.

"Socorro, capitán!" exclamó abrazándose a mis rodillas.

"Nada tema", contesté; "yo la amparo. Y ustedes, infames" agregué, dirigiéndome a los soldados, "que abusan de una mujer indefensa, salgan en el acto!"

Un murmullo de amenazadora reprobación acogió estas palabras.

"¡Salgan!" repetí.

Entonces comenzó una escena lúgubre, terrible.

La mujer, abrazándose más estrechamente aún a mis rodillas —como se abraza el náufrago al madero que ve flotando junto a sí— indicaba al mis-

mo tiempo el cadáver del hombre que a poca distancia se hallaba tendido.

"Era mi marido, capitán; ¡ah! ¡lo han muerto! ¡sálveme!"

"¡Esa mujer es nuestra!" gritó de repente uno de los ébrios, adelantándose sobre los demás.

"¡Sí; es nuestra!" repitieron los otros en coro.

"¡No será, miserables, sin que muramos ambos o la mate yo antes!" repliqué temblando de cólera.

Nuevos murmullos rebeldes acogieron estas palabras.

"¡Ah! sí, capitán", exclamó la infortunada "sí, máteme; en el caso de que no pueda salvar mi honra; quíteme la vida, antes que dejarme abandonada a la feroz incontinencia de estos bárbaros...!

Y se retorcía las manos con desesperación.

"Júremelo, capitán".

"Se lo juro".



La agitación de los soldados iba en aumento. Infundiéndose poco a poco resolución entre sí, se me acercaban con gesto amenazador, mientras yo trataba de proteger como podía a la víctima.

Pero ¡ay! las palabras, la energía no bastaban ya!

Mi revólver estaba cargado con un tiro único, el último que me quedaba.

Los victimarios, convertidos por el alcohol en bestias feroces, habían llegado hasta mí; eran veinte contra uno y amartillaban ya el gatillo de sus fusiles... La fuga de ambos se había hecho imposible. No quedaba más remedio, pues, que o morir los dos o cumplir de una vez la terrible palabra empeñada.

No vacilé. Volviéndome bruscamente hacia la joven, le coloqué el cañón del revólver en la sién y disparé.

La hermosa mujer cayó en tierra bañada en sangre, y su rubia cabeza fue a estrellarse pesadamente contra el cuerpo sin vida de su esposo.

Aprovechando el primer estupor de los soldados, corrí a la puerta y huí precipitadamente. Chorrillos era ya pasto de las llamas. Los muros de las casas, rojos y ennegrecidos, despedían enormes lenguas de fuego, que muy pronto invadieron el barrio donde acababa de desarrollarse la tragedia, envolviéndolo en un círculo sin salida, de modo que si los ébrios intentaron huir en el estado en que se hallaban, no debieron lograrlo seguramente.



No pudiendo escapar por el Occidente, pues el fuego me lo impedía, corri, como otros muchos, hacia este lado donde, poco después, sin fuerzas y ya medio aturdido por el humo, caí entre los grupos de ustedes.

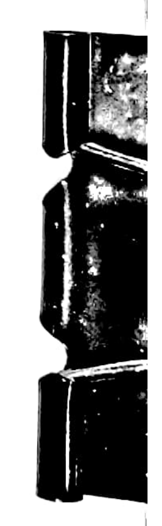
¡Horrible! ¡Horrible!

Y el narrador, al llegar a este punto, se cubrió la cara con las manos y no pudo reprimir un sollozo, arrancado a pesar suyo al alma varonil, como cuando un exceso de presión hace vibrar y abrirse la válvula de escape, sin la cual estallaría el robusto caldero donde se alimenta aquélla.

Miraflores

El día que siguió a la gran batalla fue de relativo descanso para nuestro regimiento. Se le dio como misión custodiar la Escuela de Cabos con los numerosos prisioneros y heridos que allí había, y defenderla a todo trance si era atacada por las tropas que el enemigo seguía reconcentrando en la vecindad.

Algunos de nosotros aprovechamos la mañana para recorrer el campo y recoger personalmente a nuestros heridos.



Habíamos tenido numerosas bajas: seis oficiales y más de ciento cincuenta individuos de tropa. Los demás cuerpos de la división no sufrieron menos, sobre todo el *Buin.*

Entre los prisioneros más conspícuos se contaban los coroneles Iglesias, Billinghurt, Valle Riestra y Mendizábal; el ayudante Sebastián Romano y varios oficiales más; jóvenes todos ellos, caídos —como dos hermosos estandartes— en poder del *Esmeralda.*

Hacia el anochecer, empezó a correr el rumor de que se "negociaba" entre los ejércitos beligerantes. Se decía que dos parlamentarios habían partido del cuartel general con el objeto de intimar al Dicta-

dor la rendición incondicional de Lima, mediante lo cual se evitaría las consecuencias de un nuevo y estéril derramamiento de sangre, sobre todo si, como podía colegirse de los preparativos que se divisaban en el campamento enemigo, se proponía éste resistir aún al avance de nuestras armas victoriosas.



Entrada ya la noche, supimos que, en efecto, habíase enviado a D. Isidoro Errázuriz como parlamentario, pero que éste no había tenido éxito en su gestión. Piérola se preparaba a resistir de nuevo, y reconcentraba sus fuerzas en Miraflores.

Una segunda batalla tendría lugar, pues, al día siguiente.

Rendidos de cansancio, nos acostamos con tal convicción.

Muy temprano el día quince, supimos que los peruanos, cambiando bruscamente de idea, se resolvían a entrar en arreglos.

Aquella misma noche habían llegado al cuartel general varios miembros del Cuerpo Diplomático extranjero con proposiciones de paz.

Esto era lo que se decía y lo único que por el momento sabíamos los subalternos. En todo caso, la orden de mantenernos a la expectativa nos había sido dada formalmente.

Algo, pues por el estilo de lo que se susurraba debía de ocurrir en realidad.

Por lo que toca a nuestro Cuerpo, se le confirmaron las instrucciones dadas respecto de la custodia de la Escuela de Cabos, con la variante de que

una de sus compañías —la tercera del primer batallón, mandada por Florencio Baeza y en la cual servía yo— recibió el encargo de permanecer dentro del caserío de San Juan, custodiando, a su vez, a los numerosos heridos y prisioneros que allí se había depositado.

A las siete de la mañana, más o menos, los que se hallaban en la Escuela de Cabos vieron desde allí aproximarse al campamento un tren con bandera blanca. Venía de Lima.

La curiosidad fue grande.

Dos horas después sabían aquéllos, y lo supimos también nosotros un poco más tarde por un mensajero llegado del cuartel general, que había armisticio y que nuestra compañía debía continuar entretanto en su puesto, descansada, pero vigilante.



Nada más pudimos averiguar aquel día.

Pero aguardamos tranquilos.

Las cuatro de la tarde serían, cuando de pronto sentimos por el Norte el eco de una descarga, seguida de otra y luego de otra más...

El fuego se producía hacia el lado de Miraflores, y arreciando poco a poco en intensidad, acrecentaba su fragor con el bronco estampido de piezas de grueso calibre.

Al cabo de diez minutos no era ya el eco de descargas aisladas lo que oíamos: era el cañoneo de una verdadera batalla.

"¿Qué sucedía?"

No tardamos en saberlo: los peruanos, violando informalmente el pacto, nos atacaban de sorpre-

sa en momentos en que nuestras tropas, desprevenidas del todo, ocupábanse, unas en ordenar sus filas, otras en acarrear agua; cuáles en preparar su rancho, cuáles en transportar heridos a las ambulancias o lavar la ropa, etc., todo al amparo de un armisticio solemne.

Sin perder tiempo acudimos a las armas. El capitán Baeza hizo formar su pequeña fuerza, la sacó afuera y rodeó con ella el caserío, aprovechando del mejor modo posible el corto número de soldados de que disponía.



Los heridos chilenos se hallaban tranquilos; los prisioneros peruanos sumamente agitados.

Pasamos así media hora de angustiosa incertidumbre, al cabo de la cual vimos que, por el Norte, y a paso de carga, avanzaba en dirección a nosotros, con el propósito evidente de atacarnos en nuestra aislada y débil posición, un fuerte destacamento de caballería enemiga perfectamente organizado.

Resueltos a defender a todo trance la ambulancia y la custodia de los prisioneros, nos reconcentramos al frente para batirnos, allí primero, y atrincherarnos más tarde, si llegaba el caso, dentro del propio caserío.

Al llegar a una distancia suficiente, los jinetes peruanos se detuvieron y, abriéndose, comenzaron a descargar sus carabinas. Contestamos al fuego con brío.

Pero nuestra fuerza era por demás insuficiente: los restos de una compañía casi deshecha el día anterior. El enemigo no sólo se presentaba en nú-

mero y condición muy superiores, sino que, reforzado por los prisioneros que, en grupo considerable, podían hostilizarnos por la espalda, aunque sólo fuese con el propósito de contribuir a desorganizarnos si nos veían envueltos por los suyos, constituía un verdadero y serio peligro.

En tal situación, y considerando que la Escuela de Cabos se hallaba relativamente a corta distancia, me ordenó el capitán Baeza que tomara un caballo y a toda carrera tratase de llegar hasta el *Esmeralda* a pedir refuerzo.

Para llevar a cabo esta arriesgada comisión era preciso pasar muy cerca del enemigo, abrigándose a medias tras de los tapiales del camino, pero exponiéndose inevitablemente a ser visto.



"Se le presenta una hermosa oportunidad, compañero", me dijo mi capitán, "¡aprovéchela!"

Y luego agregó:

"Si antes de llegar usted a su destino, ve que estas fuerzas vuelven cara y se retiran, deje sin efecto la comisión y regrese inmediatamente".

Naturalmente, no me hice repetir las órdenes. En aquellos momentos, y a tal edad, cualquiera otro se habría sentido dominado por el mismo entusiasmo con que salté sobre el primer rocín que me tocó hallar a mano y desaparecí en dirección de la Escuela de Cabos.

Inclinando el cuerpo y protegiéndome como mejor podía, a lo largo de unos cercos, que no alcanzaban a ocultarme del todo, no tardé en ser descubierto por el enemigo, quien, para no darme lugar a seguir avanzando, me dirigió una serie de tiros, tan

certeros que uno de ellos dio a mi cabalgadura en la paleta del anca, inutilizando del todo sus movimientos.

Como, a pesar de ello, seguían haciéndome disparos, se me ocurrió tirarme al suelo de bruces en un movimiento brusco, destinado a hacerles creer que me habían muerto.



El porrazo fue, en efecto, mayúsculo; pero pude levantarme, y me preparaba ya a seguir adelantando, agazapado y oculto tras del cerco con el fin de poder llegar a pie hasta la Escuela de Cabos y dar allí cumplimiento a la orden recibida, cuando ví que de entre los matorrales, surgía de pronto un bulto movible, una forma negra que se incorporaba a medias y adelantaba luego atolondradamente en mi dirección.

Era un sacerdote, un capellán del ejército.

"Señor", exclamé al reconocerle, "¿usted, aquí?"

"¿No te han muerto, muchacho? ¡Loado sea Dios!" prorrumpió mi querido y viejo amigo el presbítero D. Salvador Donoso.

Y luego prosiguió:

"Al verte caer te creí perdido, y corría ya a darte la absolución *in extremis*, cuando...

Pero yo no podía detenerme.

"Acompáñeme, si quiere", le dije interrumpiéndole, "llevo una orden urgentísima. Por aquí vamos bien; a lo largo del cerco no pueden vernos. Voy a la Escuela de Cabos a pedir refuerzo, porque aquel escuadrón se dirige a San Juan a atacarnos y somos muy pocos. ¡Corramos!"

Afianzándose entonces como pudo la sotana, co-

menzó D. Salvador a trotar conmigo, aunque perdiendo terreno poco a poco.

Mas pronto juzgamos que no había lugar a seguir dándonos tanta prisa.

El destacamento de jinetes enemigos, en presencia del nutrido fuego con que le recibían los nuestros, y creyendo, seguramente, por la decisión y bríos de aquel puñado de valientes, que su número sería mucho mayor, o juzgándose, quizás, amenazado por retaguardia, sostuvo sólo un momento el duelo en retirada. A mitad de camino volvió bridas definitivamente y desapareció a todo galope, con no pocas pérdidas.

Sólo entonces me creí autorizado a detenerme para tomar aliento y hablar con mi inesperada aparición.



El virtuoso y simpático párroco, presbítero don Salvador Donoso, cura del Espíritu Santo, y más tarde, gobernador Eclesiástico de Valparaíso, había desembarcado aquel día, a merced del armisticio, como muchos otros, de uno de los buques de la escuadra.

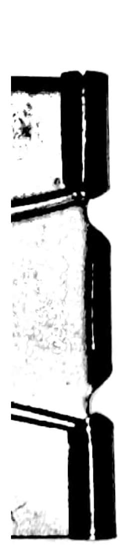
Creyéndose seguro en tierra, había ido a visitar el campo de batalla de Chorrillos y sus alrededores.

La felonía de los que burlaron de pronto el armisticio lo había sorprendido solo, descuidado, vagando en plena llanura (prueba, esta, irrefutable, entre otras, de la confianza que todos abrigábamos en que el pacto sería cumplido) y al desconcertarlo bruscamente, en medio del desorden —que aun en lo más aguerrido de nuestras filas produjo el primer momento de confusión—, lo había impulsado

a buscar refugio en aquellos cercos, mientras le llegaba la ocasión de ejercer su ministerio allí mismo o de volverse a su buque.

Oído este breve relato, nos dijimos adiós.

El señor Donoso siguió hacia Chorrillos y yo, cumpliendo con las instrucciones de mi jefe, regresé a reunirme a mi compañía, donde se celebraba con entusiasmo la correteada al escuadrón peruano.



Baeza había logrado no sólo detener a éste, sino batirlo, saliéndole resueltamente al encuentro, con lo cual lo había obligado a volver bridas después de derribarle buen número de jinetes: todo lo cual, como yo he dicho ya, debió de hacer creer a los atacantes que tenían que habérselas con un batallón entero por lo menos.

Desde ese instante, trepados en las alturas cercanas y mediante dos o tres anteojos de larga vista que pudimos procurarnos, poniendo a contribución hasta a los propios oficiales prisioneros (muy "calmados" ya —sea dicho de paso— de la volteada de cola de sus irresolutos defensores), logramos todos darnos cuenta, aunque imperfectamente, de lo que ocurría en los otros cuerpos combatientes.

Juzgábamos, por lo que nos era dable observar, por el visible y progresivo avance hacia el Norte de masas enteras de tropas precedidas de nuestro tricolor, por manera cómo la caballería, rodeando o saltando tapias y corriendose más hacia el mar, se reconcentraba sobre puntos determinados, y sobre todo por la firmeza con que nuestros artilleros sostenían y avanzaban sus posiciones, por todo ello, juzgábamos, repito, que las armas de Chile afianza-

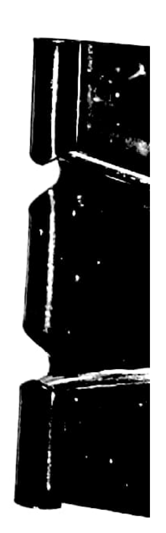
rían poco a poco la victoria definitiva con otro triunfo inmediato y grandioso.

Y así fue, en efecto: al terminarse el día, los fulgores de un nuevo incendio —que no era por cierto el de Moscú— empezaron a iluminar el horizonte.

¡Miraflores ardía como Chorrillos!

En "Barranco" flameaba nuestra bandera; los cañones del "San Bartolomé" y del "San Cristóbal" habían enmudecido...

Pero los de nuestra escuadra tronaban aún, en sus salvas victoriosas, a la vez que al fuego graneado de las filas sucedían toques marciales de trompas y clarines; vivas entusiastas; esclamaciones ardorosas y hasta repiques de campanas: todos esos ruidos triunfales, en fin que, escuchados por nosotros desde lejos, llegaban a nuestros oídos como un hosanna inmenso en loor de la victoria ¡himno supremo brotado del pecho de nuestros héroes, al cual se complacían en hacer coro las vibraciones sonoras del bronce y las voces potentes del acero!



Y, como para completar la sublime apoteosis, hacia la hora de la puesta del sol y entre la atmósfera humedecida por la niebla que, poco a poco, había empezado a velarnos la visión lejana del combate, surgió de pronto en el horizonte un hermoso arco-iris...

Apoyando uno de sus extremos en las altas mesetas de la Tablada y el otro sobre los escombros humeantes de Chorrillos, abarcó durante algunos minutos todo el campo de batalla, como el más bello de los arcos triunfales, o la más diáfana de las aureolas de gloria... y de paz.



Guarnición en Lima

El ejército formado en columnas y a "paso de vencedores", hacía su entrada triunfal en la Ciudad de los Reyes, mientras los *Esmeraldas* nos quedábamos en las casas de San Juan y Escuela de Cabos, custodiando prisioneros y enterrando muertos.

Hacía un calor de todos los demonios, de modo que la atmósfera, al cabo de cuatro o cinco días, comenzó a viciarse con las emanaciones de miles de cadáveres en putrefacción, obligándonos a huir lo más lejos posible del campamento. Era aquello insoportable.



Desde el amanecer hasta la hora de almorzar, nos repartíamos por el campo y hacíamos allí el oficio de sepultureros, no sin cierta repugnancia.

Cuatro o cinco paladas de arena sobre los cuerpos hinchados y amoratados bastaban para cubrirlos: lo demás quedaba a cargo del tiempo.

Un pulpero chino, de San Juan, que durante todo el combate había permanecido oculto en el

* Este capítulo, salvo ligeras variantes, aparece aquí tal cual lo publiqué en la edición primitiva de 1886. (N. del A.).

fondo de la bodega de su cuchitril, fue descubierto allí por nuestros soldados, quienes, con o sin razón, sacáronlo a pescozones de su escondite para obligarlo a ayudar a recoger a los heridos y a transportarlos hasta las ambulancias vecinas.

Trabajó tenazmente todo aquel día el hijo del Celeste Imperio, ayudando no sólo a los acarreadores, sino también a los cirujanos en la ambulancia. Pero es sabido que los chinos de exportación son por lo general perezosos. Al día siguiente había desaparecido de la ambulancia el improvisado practicante.



Se recibió orden de buscarlo, y cuando se dio por fin con él, encontráronlo atrincherado tras de una ventanilla enrejada de su vivienda, con la resolución, tan evidente como pacífica, por otra parte, de no volverse a mover de allí. Y aquí viene lo curioso:

Al intimarle el sargento que había ido a buscarlo orden de rendición, comenzó el sitiado a sacar, al través de los barrotes de la ventanilla: primero un brazo mutilado de cadáver; en seguida una pierna; después una oreja arrancada a la cabeza a que había pertenecido; una mano, una quijada, etc.

A medida que exhibía unos tras de otros estos fúnebres despojos, exclamaba: "¡Vean si tendrán ustedes razón para hacerme trabajar: éste (la pierna) es mi padre, ferozmente asesinado por ustedes; este otro (la oreja) mi tío, muerto también por un bárbaro soldado; he aquí (la mano) a mi pobre madre; contemplad por último (la quijada) a mi hijo

mayor, sacrificado ignominiosamente a los horrores de la guerra!"

Ante tales lamentos iba ya a enternecerse el soldado cuando ocurriósele que no debía dejarse llevar por sólo las apariencias.

Tras de un ímprobo trabajo, quieras que no quieras, consiguió hacerse abrir la puerta y penetró en el interior de la casa.

No fue poco su asombro al encontrarse con los restos del cadáver de un cabo chileno, recién descuartizado, aunque muerto probablemente la víspera. En él, como se comprenderá, había resumido mañosamente el hijo del Celeste Imperio a toda su supuesta parentela.



En este trabajo y en el de recoger armas pasáronse ocho días, al cabo de los cuales las exigencias de la higiene por un lado, y por otro el fin de nuestra tarea, decidieron al general en jefe a llamarnos a Lima.

Pocas veces he tenido un placer mayor que el que sentí cuando se nos comunicó la orden de alistarnos para emprender la marcha.

Diariamente recibíamos noticias de la capital, por los que venían en comisión: sabíamos que, aparte del magnífico hospedaje, los cuerpos que mantenían la ocupación gozaban ya de los atractivos de una gran ciudad y se resarcían con usura de los pasados sufrimientos de la campaña.

Nuestra última palabra, fue, pues, al abandonar el miserable y fétido cautiverio de las vecindades de Chorrillos, una burda maldición y un voto, que

venía directa, sinceramente del corazón, de no tener jamás motivo para volver a visitarlo.

Comenzaban a encenderse los faroles del alumbrado público, cuando entramos en la ciudad.

El primer golpe de vista me pareció espléndido. Lima, por contraste con los campamentos, me hizo, en su esfera el mismo efecto que París, en la suya, dos años más tarde. Las numerosas iglesias, todas muy elevadas y dotadas generalmente de cúpulas, le daban a mis ojos, y entre las sombras, aspecto casi monumental. Sus calles, caprichosas y abundantes en edificios de estilo morisco, mirada entonces a la claridad débil del gas que les disimulaba, como a una vieja sus arrugas, lo que tienen de más chocante —falta de aseo, frescura y prolijidad en el exterior—, me impresionaron por lo mismo muy agradablemente.



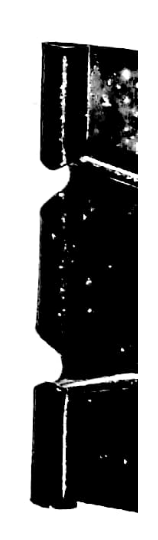
A pesar de que nuestro ejército ocupaba desde hacía dos semanas la ciudad, parecióme que la tranquilidad de sus habitantes no había sido recobrada del todo.

Y no eran, por cierto, los nuestros quienes debían infundirles temor, ya que sólo por ellos se veían libres del pillaje y saqueo que antes de la ocupación había alarmado durante días y noches, mortales especialmente para los comerciantes y propietarios, a toda la población.

En dirección a la plaza principal, y desfilando por frente a *Santo Domingo*, después de haber pasado por los edificos de la *Exposición, Penitenciaría* y otros llegamos al portal de *Botoneros* y cruzamos

a lo largo, dejando a nuestra izquierda el famoso palacio de los *Pizarros*, que de tal no merece por cierto el nombre, pues a pesar del lujo y grandeza del interior, el frontispicio y los costados más parecen cuartel que casa de gobierno. Las numerosas revoluciones han dejado su huella en las paredes, agujereadas como arneros por las balas de los asaltantes, cuyo objetivo era siempre la persona misma del primer magistrado de la nación.

Veinte minutos más y quedábamos espléndidamente alojados en la suntuosa escuela de Artes e Industrias, uno de los mejores monumentos de Lima.



Como en Tacna, en Lima nos pareció encontrarnos en el Edén. La seguridad de las calles estaba garantizada por la policía chilena, así es que con plena confianza podíamos aventurarnos, a lo menos por el centro de la población.

Sin espacio aquí para hacer una descripción de la capital del Perú, que, por otra parte, no tendría interés, pues la mayor parte de mis compatriotas deben ya conocerla —por relaciones—, diré únicamente, que juzgándola por sus monumentos, edificios, paseos públicos, teatros y demás (ya que ni sus instituciones, ni la marcha general de los diversos ramos de su industria y comercio podían ser apreciados en aquellas circunstancias anormales), debía considerársela suficientemente avanzada en aquella época.

Lima ha tenido siempre la reputación de ciudad de placer, notable en sus mejores días. La riqueza,

la independencia de carácter, el genio alegre, bullicioso, hospitalario de sus habitantes, la belleza de sus mujeres, el fácil acceso que allí encuentra el pasatiempo, han inspirado juicios que, emitidos por extranjeros de diversas nacionalidades, la han dado a conocer generalmente bajo tales puntos de vista.

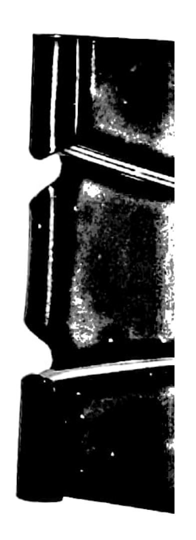
Mucho se ha dicho sobre el modo de ser de los limeños y de los peruanos en general. Por mi parte, y habiendo permanecido entre ellos sólo varios meses —ya que, sea dicho en su honor, ni uno solo de los salones de la sociedad nos fue abierto durante ese tiempo—, no me juzgo suficientemente informado para apreciarlo. Sin embargo, considerados los antecedentes de su historia, la índole general de sus hijos, la tendencia de sus ideas, tengo para mí (y he podido convencerme de ello más tarde en España misma), que, salvo la exagerada hidalguía y el "chauvinismo" que son prendas de la raza española, tienen los peruanos muchos puntos de contacto con los hijos de la Península. En efecto, el español es amigo de los pronunciamientos y vive siempre a la pesca de una ocasión propicia para medrar a costa del gobierno que sube: el peruano, a su vez, ama la revolución y espía el momento de llegar al fin que se propone por medio de la caída de una administración que se instaló sobre las bases inseguras.



El español, si se dedica a la cosa pública, lo hace en cuerpo y alma, como suele decirse; vive para ella, sueña con ella y anhela, ante todo, que su nombre quede recordado por la posteridad después de su muerte, como sostenedor de tal o cual idea. Orador

por naturaleza, y orador impetuoso, se exalta por el menor incidente y pierde lastimosamente su tiempo en alargar un debate de interés mínimo. Pero lo más curioso es que no obra por vanidad: obra en conciencia y de buena fe; cree que no sería *hidalgo* si no obrara así: el verdadero quijotismo en el siglo XIX.

El peruano, menos generoso y menos abnegado, vive sin embargo también para la política, a la cual convierte en ídolo, sacrificándole sus intereses propios y privados. Sin conciencia perfecta de lo que son las necesidades bien entendidas de su país, es bullicioso y altanero, batallador y revolucionario por inclinación. El Portal de Botoneros con sus ociosos, es la Puerta del Sol con sus *cesantes*.



En Madrid la plaza de toros subleva el entusiasmo de todo un pueblo: en Lima la misma hace furor de igual manera.

Por fin, las loterías, verdaderas plagas que fomentan el ocio y pervierten en las clases bajas la afición al trabajo, hallan igual sanción en una como en otra ciudad.

He ahí faltas que bastan por sí solas para entorpecer el adelanto material y moral de una raza.

Por lo contrario, el secreto de nuestros triunfos está en el espíritu de trabajo, de unión y de progreso que distingue al pueblo chileno, en la rectitud de sus gobernantes, en la pureza de la administración, en la sencillez de sus costumbres.

Por eso, después de la guerra hemos presenciado el espectáculo más grandioso y conmovedor para

un país que, con justicia, se titula grande, culto y civilizado, y que tras largas horas de una lucha mortal en que se contempla por fin afortunado vencedor, a la vez que levanta orgulloso la frente coronada por el laurel de la victoria, coge con su diestra la hermosa palma de la paz, y unido por vínculos de la más noble solidaridad, a la sombra de sus gloriosos estandartes, se trasmite los poderes y cargos públicos de una a otra mano, sin que el menor asomo de rivalidad o envidia venga a turbar la sencilla pero significativa ceremonia.



Para disculpar la ambición y legitimar la tiranía, los ambiciosos inventan un pretexto por insensato que él sea: Piérola tomó el de los *cholos*. Le era preciso hacer su causa aceptable a los ojos del pueblo, y para ello el dictador no encontró mejor medio que el de presentársele como su defensor. "Protector de la raza indígena" se llamó desde entonces, y bajo el amparo de este nombre absurdo llevó a cabo su obra de ruina y destrucción.

Si hago mención de estos hechos, es sólo con el propósito de demostrar cómo, por causas que no podían menos que concurrir a un mismo fin, esa desgraciada nación fue labrando poco a poco los males que hoy expía tan duramente. Muy lejos, pues, de mi ánimo la idea de denigrar a un pueblo vencido.

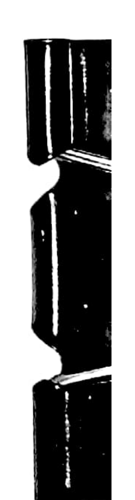
Ya en Tacna, donde, como en toda ciudad de provincia, nos fue más fácil hallar acceso a algunos salones, me había llamado la atención la soltura y facilidad de palabra, que es don especial de casi to-

dos los que han nacido en países tropicales y, sobre todo, la rapidez de concepción para armarse siempre, en un segundo, de alguna contestación picante y oportuna. Esas imaginaciones espontáneas, como las de los colombianos, son más raras entre nosotros y hacen siempre ameno y brillante el trato de quienes tienen la fortuna de poseerlas.

Las limeñas, en especial, se distinguen, según opinión general, por esta cualidad que se hace notar hasta en la clase baja.

Como prueba, y repitiendo previamente aquello de

> Y si, lector, dijeres ser comento,
> Como me lo contaron te lo cuento,



citaré dos ejemplos que he oído narrar a mis compañeros, quienes responden de su autenticidad.

Dos o tres días después de la ocupación, pasaba a caballo por las calles de Lima un sargento de artillería, largirucho y seco y un tanto estropeado por las fatigas de la campaña. Esto no impedía, sin embargo, que el animal que montaba fuera uno de esos briosos *tordos* que tanto llamaron la atención por lo lozanos y bien mantenidos cuando desfilaron por la calle de Mercaderes, en presencia de una multitud de extranjeros y de nacionales.

Muy cerca, cruzando en dirección opuesta, y contorneándose como una manola, una zamba limeña, de esas de "cintillo en frente", getonas y pasudas, pero en medio de todo garbosas y zafadas, lle-

vaba en la cabeza, a modo de adorno, una rosa blanca de dimensiones colosales, fresca y olorosa y digna por tanto de mejor suerte.

No hay una sola de estas mujeres que, con todo y ser morena como aceituna, no haya servido de *blanco* a las bromas chocarreras de los ocupantes, en especial de los soldados, que no perdían ocasión de decirles al pasar alguna fresca o *lisura,* como ellas las llaman.

Esta vez tocábale, pues, a nuestro sargento, que echándolas de chistoso, la apostrofó de la manera siguiente:



"¡Hola, hola, comadre! ¿Sabe que lleva allí una flor que no es muy a propósito para disimularle el color. . . ?"

"Pues, y usted" replicóle sin desconcertarse y en *impromptu* rápido la interpelada, "¿sabe que no monta usted una bestia muy a propósito para disimularle la facha. . . ?"

En otra ocasión (cuentan las crónicas de que soy porta-voz) un oficial, que atravesaba apresurado y distraído uno de los portales más frecuentados, topóse con una muchacha de las llamadas de *medio pelo,* dándose ambos, al pasar, un encontrón de padre y señor mío.

Esta vez, con mucha más razón, tocábale al joven compatriota deshacerse en disculpas.

"No hay de qué, *tocayo*", fue la respuesta que obtuvo.

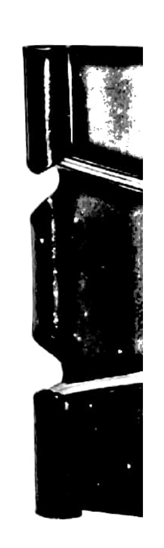
"¿Tocayo?" ¿tocayo había dicho? Pues la cosa era para intrigar a cualquiera.

"Señorita, dispense usted", agregó volviéndose, "pero me parece que me ha llamado usted *tocayo.* ¿Conocería usted por ventura, mi nombre...?"

"No, señor; pero como yo me llamo *Bárbara*... suponía que... ¡ya lo comprenderá usted!"

Y siguió muy oronda su camino.

Sentí mucho no conocer a Ricardo Palma, escritor de talento clarísimo y poeta chistoso. Mucho antes de visitar el Perú había saboreado ya sus versos picantes y su estilo ligero y juguetón. Desgraciado como su patria, tuvo la mala suerte de perder su biblioteca y algunos de sus escritos que en hora aciaga fueron devorados por el fuego. Si en manos de cualquier chileno hubiera estado el salvarlos, no habría habido quien dejara de poner de su parte todos los esfuerzos a su alcance para lograrlo. Mal informados andaban, pues, los corresponsales maliciosos que propalaron el rumor, corriente en cierta época en Buenos Aires, según lo he sabido después de que Palma había sido maltratado por los nuestros. En esa falsa aseveración, como en otras muchas, vese clara y patente la manos de los mismos peruanos, empeñados siempre en empañar nuestro prestigio en el extranjero, para lo cual nadie como ellos ha sabido descubrir los resortes capaces de producir el mayor efecto. Las simpatías de que Palma goza en la República Argentina debían, pues, ser explotadas y lo fueron.



He de recordar, finalmente, antes de terminar estos párrafos, algo de lo más curioso que puede verse en Lima: el teatro de los chinos.

Una palabra antes sobre ellos.

En el Perú, casi todo el trabajo de las *haciendas* y, en general, el servicio más pesado en muchos ramos se hace con individuos del Celeste Imperio. Desde Iquique al Norte no hay un solo pueblo donde no abunden, y tanto, que muy a menudo las autoridades se ven obligadas a adoptar medidas severas para refrenar el pillaje y el desorden que constantemente ocasionan.

No sé por qué motivos el Perú ha protegido la inmigración de chinos. La única razón que se me ocurre para explicármela, es que, siendo muy fácil obtenerlos a causa de la inmensa cantidad de habitantes con que el país de su origen se desborda y, contentándose, por otra parte, los que emigran, con escasísimo salario a cambio de su trabajo, las ventajas para el agricultor o fabricante deben ser muy positivas. Por otra parte, el Perú comercia mucho con la China, y aún hay en Lima opulentos propietarios de almacenes —surtidos de cuanto produce de más notable aquel país— que han logrado labrarse una fortuna considerable.

Desde que la Inglaterra inició los tratados de comercio con la raza amarilla, muchos países americanos han seguido su ejemplo. Los Estados Unidos solos han monopolizado, casi, el de los japoneses, con quienes entraron en relación allá por los años de 1850, gracias a mil curiosas astucias de que se valió el comodoro Perry para vencer la repugnancia con que aquéllos veían violadas las tradiciones religiosas de su patria. Según parece, les habían pro-

nosticado éstos la caída del imperio para la época en que las plantas extranjeras hollaran los sagrados dominios del *Mikado*.

En Lima se calcula en casi un quinto de la población el número de chinos que la habitan. Raquíticos, sucios y maltraídos, pendencieros y flojos, suelen ser manejados a látigo como las bestias, a las cuales llegan a asemejarse cuando el abuso del opio los ha embrutecido casi del todo. Se comprende, pues, que confiado a tales manos el trabajo, sea mal terminado y poco fructífero. El empleo de chinos en él tiene a más el inconveniente de privar a la gente indígena, cuya ociosidad ha debido entrar por mucho como causa en las desgracias del país, de la ocasión de ganar su pan honradamente. Piérola, con todo y su título de "Protector de la Raza", no hizo nada por concluir con la plaga de chinos y de negros.



Como estos últimos en *Malambo,* los *compales* (que este es el nombre que se da allí a los chinos) tienen su barrio especial —por el estilo de *Ghetho* de los judíos en Roma o el de los *Gitanos* en Granada— en otra parte de la ciudad. Allí viven agrupados en repugnante aglomeración, empleados los más en un comercio de pacotilla que se sostiene con las necesidades del mismo barrio, y entregados, los que viven de la ratería y del juego, a su pasión favorita: el opio.

Nada hay más peligroso que aventurarse solo por entre las guaridas de la población china. En medio de una muchedumbre andrajosa y desgreñada, grupos de hombrecillos secos y apergaminados, con

caras que se pintan la miseria y el vicio —descalzos, mugrientos y fétidos— envilecidos y degradados por la absoluta falta de dignidad y conciencia, hacen recordar la pintura, hecha por el Dante, de la *Lujuria* y la *Envidia,* de quienes parecen ser la imagen.

Ríen y gruñen, chillan y cantan en tumultuosa e incomparable algarabía, mientras juegan alrededor de mesas desvencijadas y grasientas un juego especial, de azar, según parece, en que obran como principales elementos dos palillos larguiruchos y unos cuantos puñados de garbanzos o *porotos* a cuenta de monedas, sembrados sobre la superficie —que, con el cuchillo o navaja, que a veces decide de la suerte del tahur encarnizado—, constituyen un conjunto curioso, casi fantástico, que se graba profundamente en la imaginación del observador.



Por las noches, sobre todo, cuando se encienden los faroles del barrio, al través de cuyos vidrios turbios y amarillentos se divisa chisporrotear la luz pálida de sus velas de sebo, hay en aquel cuadro cierto colorido lúgubre que infunde en el ánimo una impresión difícil de definir, pero en la cual van mezclados la superstición y el asco...

Engolfándose por una de esas callejuelas y pasando por entre puestos de carne sospechosa y cocinerías que despiden su olor acre y penetrante, se llega al famoso teatro, que es centro de la "población" donde se reunen a todas horas los ociosos y los jugadores.

Otros han descrito ya los espectáculos de la escena chinesca. Básteme, pues, agregar que, por lo

que me fue dado ver y oir, las nociones que allí se tienen del teatro manifiestan que así debieron nacer entre nuestros tatarabuelos los primeros indicios del arte dramático.

Nada, por cierto, pude entender en aquella grotesca pantomina de saltos y garrotazos, interrumpida de cuando en cuando por aullidos y gritos con acompañamiento de platillos y cajas destempladas, cuernos, gongos, pitos y cascabeles, todo lo cual, con los trajes feéricos y absurdos de procesiones inacabables de saltimbanquis y mandarines, formaban un conjunto endemoniado y fantástico que trasportaba a uno de esos sitios descritos por Hoffman o Edgar Poe, en sus cuentos de este mundo y del otro. Según se me dijo, los dramas duran días enteros y a veces semanas y meses, pues interpretan las diversas hazañas o simples hechos de la vida de un hombre. Todo con música.



Y, sin embargo, a pesar de que los orientales y los chinos en especial, no han conocido la armonía tal cual nosotros la comprendemos, hay, no obstante, en su polifonía embrionaria ciertos rasgos que acusan un arte constituido, según un sistema especial, que les es propio, de tal modo, que poseen escala musical compuesta de intervalos de una duración consecuente.

A cada grito el público aplaudía furiosamente y reía con alborozo: la cosa no debía ser para menos, sin duda, y muy cómico y espiritual sería lo que se estaba diciendo, pues los actores gesticulaban y se retorcían como hechizados que piden exorcismo.



Recuerdo que hacía un calor horroroso en la sala. Yo ocupaba, con algunos compañeros, un palco que nos había sido graciosamente ofrecido por un chino respetable y muy considerado por los suyos. Por supuesto que él nos acompañaba y nos explicaba con la mayor conciencia las escenas que se iban desarrollando.

Una de ellas me llamó entre otras la atención.

En el paréntesis hecho entre una procesión de mandarines y otras dignidades trenzudas, apareció, seguido a cierta distancia de dos muchachas, cierto individuo armado de una caja que ocultaba cuidadosamente bajo el brazo, lanzando miradas intranquilas y como recelosas a su alrededor.

Las muchachas se le acercaron poco a poco y, acto continuo, comenzaron a pasarle la mano por la cara y hacerle insinuaciones tales y tan marcadas que no se necesitaba ser chino para comprender que se trataba de algo así como la tentación de San Antonio.

En medio de su pantomina, creí notar que el objetivo principal de las desenvueltas damiselas era la caja, a que a cada instante se aferraba más y más su atribulado dueño.

Acudimos a nuestro intérprete, quien nos explicó que el hombre era un mercader de joyas y las muchachas unas mozas alegres que se interesaban por la mercancía y trataban, por tanto, de seducir a su afortunado poseedor.

Inteligentes y nada lerdas debían de ser las chicas, pues viendo frustadas sus tentativas, apelaron

a un medio que, por lo visto, es tan eficaz en China como en cualquiera otro país del mundo. El soborno por medio del licor.

Para abreviar; entre quieres y no quieres, no habían pasado cinco minutos sin que el mercachifle se hubiera bebido ya dos botellas, y quedado tan borracho como nuestro buen padre Noé en circunstancias no del todo parecidas.

Mientras una de las aventureras le vendaba los ojos, la otra le sacaba el paletó, y luego el chaleco, y luego los pantalones, y luego la camisa, y luego... ¡figúreselo el que lea...!

En un abrir y cerrar de ojos despaviláronle en seguida de las alhajas y, sin cuidarse de cubrirle, siquiera por respeto a nosotros, ya que el *naturalismo* parece ser el principal rasgo peculiar de la escena chinesca, le dejaron sin sentido y maniatado.



Pero este suplicio no debía ser aún suficiente.

Temiendo tal vez que se resfriara y para acostumbrarle, sin duda, desde luego al frío, arrojáronle encima, muy bonitamente y sin desperdiciar gota, una palangana de agua que hizo tiritar visiblemente las carnes secas y medio encascaradas del infeliz chino.

"¿Y eso se hace siempre, así, tan a lo vivo y con la misma verdad?", preguntamos a nuestro intérprete.

"Sí" nos contestó muy formal, "*pué,* como hace tanto *calol,* al paisano no le disgusta..."

¡Y tenía razón el *compale,* pues nosotros nos sofocábamos ya, tanto por lo pesado de la atmósfera

de la sala, como por la risa que nos acometió en tal acceso, que nos vimos obligados a salir, desternillándonos, camino del cuartel!

Con este último recuerdo llega ya el caso de poner fin a estos apuntes. Revisándolos hoy, he vuelto, por decirlo así, a vivir los días que ellos rememoran.

Así como se ha dicho que la memoria del pasado constituye la nacionalidad de un pueblo, puedo yo decir que el recuerdo de la primera juventud en la existencia de un hombre afirma su nacionalidad al través del tiempo, cualesquiera que sean las vicisitudes del porvenir.

Todo lo bueno, todo lo noble, todo lo grande, cabe dentro de un recuerdo. La gratitud es el recuerdo del beneficio; el amor patrio es el recuerdo del deber. El heroísmo de los hidalgos suele no ser otra cosa que el recuerdo de la tradición evocado en la descendencia — ideal de honra tan propiamente sintetizado en el *noblesse oblige* de los franceses.

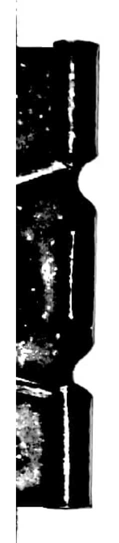
¡Y hasta la esperanza misma —por más que parezca ello paradoja— puede ser hija del recuerdo, cuando se inspira, para lo futuro, en los sanos ejemplos del presente!

En tal virtud, la difundición de este volumen, quizá no resulte del todo estéril...

Indice









cretario del primer embajador de Chile ante España (después de la ruptura de relaciones del año 1866) almirante Patricio Linch, y ahí, le tocó también trabajar junto al gran polígrafo chileno, José Toribio Medina.

Años después contrajo matrimonio con doña Enriqueta Dorrego, de la ciudad de Buenos Aires, donde vivió sus últimos años. Falleció el 9 de agosto de 1921.

BIBLIOTECA
FRANCISCO DE AGUIRRE

Colección: Guerra del Pacífico

1. Seis Años de Vacaciones
   Arturo Benavides Santos
2. Diario de Campaña
   Alberto del Solar Navarrete

Colección: Viajeros de Antaño

3. Insurrección en Magallanes
   Captain Chas. H. Brown
4. Diario de un Tipógrafo Yanqui
   Samuel B. Johnston

Portada de Richard-Gabriel Rummonds


Colección: Guerra del Pacífico